SOFÍA RHEI

Delitos que suceden en Otoño

NI LOS LUGARES MÁS IDÍLICOS
ESTÁN LIBRES DE CRÍMENES



NOVELA

DUOMO
NEFELIBATA

Delitos que suceden en Otoño

NEFELIBATA

SOFÍA RHEI

Delitos que suceden en Otoño

Duomo ediciones
Barcelona, 2025

© 2025, Sofía Rhei
© de esta edición, 2025, Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán, 2021
Todos los derechos reservados

Primera edición en formato digital: octubre de 2025

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11. 3.º 1.ª, izq. Barcelona, 08010 (España)
www.duomoediciones.com
Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-87574-38-3
Código IBIC: FA
DL: B 16.166-2025

Diseño de interiores: Agustí Estruga
Composición: Grafime, S. L.
Ilustración de la cubierta: © Julio Fuentes
Diseño de la cubierta: Setanta
Conversión a formato digital: www.brioworkx.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

CAPÍTULO 1

XELO



«Eres un botarate –pienso–. Un botarate con todas las letras».

Pero no puedo decir esas cosas, porque dar rienda suelta a ese tipo de pensamientos me ha traído consecuencias negativas en el pasado. De modo que sonrío de oreja a oreja, y me da un poco igual que se note que mi sonrisa es más falsa que un duro de seis pesetas.

No sé si es psicosomático, pero este muchacho me pone tan nerviosa que incluso siento una molestia en la mano. Me masajeo la muñeca esperando que sirva para algo.

–Ya me encargo yo, Marcos. Muchas gracias por traerlo hasta aquí.

Marcos resopla tras el esfuerzo de cargar el mueble, y se queda pasmado en el quicio de la puerta.

–¿Necesita algo más, señora Xelo?

«Que te largues antes de que te saque de aquí a patadas, alma de cántaro».

–No, Marcos, has sido muy amable. Ya te avisaré cuando vuelva a necesitar tu ayuda.

«Algo que no sucederá nunca, Marcos, por muy encantadora que sea tu madre».

Marcos sale de mi anticuario con su paso característico, dando tumbos como si no supiera muy bien dónde tiene el centro de gravedad, y yo me aplico en disfrutar del alivio que siento al haberme librado de él. Hay ausencias que resultan tremendamente balsámicas. En los menos de diez minutos que ha estado en mi

pequeña tienda, con objeto de ayudarme a mover el mueble nuevo, se las ha apañado para rayarme una silla Luis XV y para romper una vasija artesanal de estilo etrusco que esperaba vender por unos trescientos euros. Botarate no, lo siguiente.

Ignoro todo lo que puedo la pulsación en la muñeca. Después pasaré por el herbolario para comprar la infusión antiinflamatoria, pero no quiero dejar que una molestia me condicione.

Cuando he recuperado el control de mis nervios, me acerco al mueble, lo pongo encima de una de las mantas que tengo para estos casos, y deslizo la cómoda sobre la manta hasta llevarla al almacén. No hacía falta levantarla a pulso, como intentó Marcos, haciendo de elefante en una cacharrería. Me froto la muñeca, como si fuera a servir de algo.

Pero no, no debo llamar *cacharrería* a mi coqueto anticuario. Sí, tengo bastantes piezas, pero eso se debe a que ya llevo aquí casi dos años. Llegué con el primer grupo de gente dispuesta a hacer de este pueblo algo diferente, y a lo largo de esos años, he conseguido ir creciendo. No puedo sacarles a los clientes las cantidades fabulosas que me pagaban los burgueses catalanes cuando tenía la tienda en Travessera de les Corts, pero me va bastante mejor de lo que yo misma había esperado.

La campanita de la entrada repiquetea.

–¡Hola, Xelo! ¿Tendrías un camino de mesa que sea así como verde? Lo necesito para un bodegón.

–Creo que sí, Julita, vamos a mirar…

Al ver la encantadora sonrisa de la alfarera, se me pasa el disgusto de hace unos minutos. Y me recuerdo a mí misma que uno de los motivos por los que me gusta vivir aquí en Otoño es lo majísimas que son las señoras. Es un lugar donde los modales todavía tienen un sentido; donde la gente es relativamente feliz y quiere que los demás lo sean, y eso se nota.

Atiendo a Julita con una sonrisa en la cara, esta vez auténtica, al recordar que dentro de apenas una semana estará viviendo aquí, en el pueblo, mi querida amiga Olvido. Nos hicimos inseparables en Barcelona, y aunque hace algunos años que hemos dejado de

vernos con tanta frecuencia, sé que si ha emprendido la peripecia de venirse a vivir a este lugar es por estar cerca de mí.

–¿Cómo es el bodegón que vas a montar? –le pregunto.

–Pues ya te puedes imaginar que será de tema otoñal. Es para uno de los escaparates de la tienda, y quiero exponer piezas de cerámica portuguesa de esa que representa coles y verduras.

–¡Ah, sí, desde luego! Entonces te vendrá genial este terciopelo…

En ese momento veo entrar en la tienda a Facundo, el empleado del banco, que viene cada tres días a comprobar que todavía no he vendido un bodegón francés del XVII al que le tiene echado el ojo.

El teléfono móvil vibra dentro de mi bolsillo. Esto me causa un poco de fastidio. En Otoño la gente utiliza los móviles mucho menos que en el resto del mundo, por una buena razón, y ya me he acostumbrado a no estar pendiente del dichoso cachivache. Pero como los mensajes son, precisamente, tan escasos, suelen destinarse a cosas importantes. De modo que, a regañadientes, me saco el teléfono del bolsillo, me pongo las gafas tranquilamente y abro la mensajería.

«Ya he llegado».

El corazón se me detiene. El mensaje es de Olvido.

–Perdona un momento, Julita, tengo que hacer una llamada.

Ella levanta una ceja, algo extrañada. Pero yo corro hacia la puerta mientras inicio la comunicación.

–¡Olvido! ¿Ya estás en la estación?

–Hola, Xelo. No, vengo de la estación de Sabiñánigo, pero no había nadie para recogerme. Ya estoy en el pueblo, frente a la casa. La dirección es calle de los Anteojos, 7, ¿verdad?

–¡Quédate ahí donde estás! ¡Voy enseguida!

Un sudor frío me empapa el cuello. A la casa que hemos estado preparando para mi querida amiga le falta bastante para estar lista, y se supone que era yo la que tenía que encargarme de ello. ¡Estaba convencida de que no llegaría hasta la semana próxima! ¡Esta es la desventaja de vivir en un sitio donde nadie tiene prisa y nunca hay urgencias!

Temo que si Olvido ve la casa en ese estado es posible que dé media vuelta, se meta en otro tren, y ya no la vea nunca más.

–Julita, lo siento, tengo que cerrar. Llévate el camino y te lo cobro el próximo día.

–¿Va todo bien, Xelo?

–Sí, sí, es solo que… Es que ahora no tengo tiempo de contártelo –le digo mientras prácticamente la empujo para que me deje cerrar la puerta.

–Bueno…, ya me dirás.

Salgo corriendo a toda la velocidad que me permite mi querida artritis reumatoide hacia la calle de los Anteojos, mientras palpo en mi faltriquera los manojos de llaves para asegurarme de que llevo las de Olvido. Sí, están ahí, les puse el llavero de la Sagrada Familia.

Otra cosa buena de Otoño es que es un pueblo relativamente manejable, al menos por ahora. Quizá dentro de unos años haya crecido hasta convertirse en otra cosa. No tardo en llegar hasta la calle donde me espera.

–¡Olvido!

Corro hacia ella para darle un abrazo capaz de hacerla olvidar mi despiste. Mi amiga necesita un lugar tranquilo, lejos del entorno en el que ha pasado los últimos años. Se acaba de prejubilar de su empleo como detective privada, y de lo único que tiene ganas es de calma. Exactamente lo que Otoño se especializa en ofrecer a espuertas.

–Me alegro mucho de verte, Xelo.

Su sonrisa es auténtica, aunque se le ve cara de cansada.

–Perdona que no haya ido a buscarte a la estación. Creía que ibas a llegar dentro de unos días.

Ella resopla, levantando los ojos al cielo.

–Mira que lo pensé…, que a veces eres despistada y que debería haberte avisado un par de días antes. Pero eso de ser insistente es algo que a mí no me gustaría que me hicieran.

–Ya, ya, tú eres más respetuosa. ¡Pero yo a veces necesito que me espabilen!

Olvido señala con la cabeza sus enormes maletas, que están en el suelo.

–¡Sí, sí, aquí tengo las llaves! –le digo, intentando disimular el nerviosismo con buen humor–. Ante todo, ten en cuenta que faltan

los últimos retoques. Es culpa mía, lo suyo habría sido que te lo encontraras todo ya precioso y acabado.

–¿Qué quieres decir?

–Bueno, eso –digo con mi mejor tono de quitarle importancia a las cosas–. Que quedan algunas cosillas por terminar. Detallitos, nos ocuparemos enseguida.

Las llaves me tiemblan en la mano. Hace días que no he podido ocuparme de la casa, y me reprocho haber dejado algo tan importante para el último momento. Entonces recuerdo con horror a quién le encargué que se fuera ocupando de colocar los muebles: nada menos que al torpe de Marcos, el hijo de Victoria. Al botarate de Marcos.

Al abrir la puerta e ir examinando la casita, a las dos se nos cae el alma a los pies. Las paredes conservan su pintura vieja y desastrada, y los muebles han sido aparcados en cualquier sitio y de cualquier manera. A una ventana le falta un cristal, y en ninguna de ellas hay nada parecido a cortinas o visillos. El viejo barniz de la madera salta por todas partes. Lo peor es que en una de las paredes de la cocina incluso se ve moho. Y en la planta de arriba…, los dormitorios ni siquiera tienen colchones.

Olvido respira hondo.

–Xelo, una de las cualidades que más me gusta de ti es ese optimismo que tienes.

–Diantre…, es verdad que no son *detallitos*. ¡Me ha pillado el toro, qué le vamos a hacer! Pero ya verás que en un par de días…

–¿Un par de días? Todo esto no se arregla en *un par de días*. ¿Y dónde se supone que voy a quedarme mientras tanto?

–¡En mi casa, por supuesto! ¡Faltaría más! Mira, todo parece más grave de lo que realmente es. Los colchones nuevos están en un almacén, llegaron hace unos días. Le pedí a un muchacho que se encargara de pintar y arreglar las ventanas antes de traerlos, pero… ha resultado ser un papanatas de primera categoría.

–Echaba de menos esas palabras tan pintorescas que utilizas –dice ella. Pero no sonríe. Se la ve cansada y pensativa.

El motivo principal de que Olvido haya escogido Otoño para su retiro es que desea montar un pequeño *bed and breakfast*. Tenía en

mente llamarlo La Sabuesa. Y supongo que en estos momentos se estará preguntando si este lugar destartalado podría llegar a convertirse en ese refugio acogedor que ella tiene en mente, ese lugar donde dejar atrás un pasado que nunca ha sido capaz de confesarme ni siquiera a mí.

Olvido le quita el polvo a una silla y se deja caer sobre ella, desanimada.

–No sé si esto ha sido una buena idea…

Me apresuro a sentarme junto a ella.

–Es todo culpa mía, Olvido, han sido unos días de mucho ajetreo. Pero te prometo que esta casita quedará perfecta en nada y menos.

–No, no es eso…, bueno, un poco sí, pero no se trata solo de eso. Sabes que me ha costado mucho tomar la decisión de qué hacer después de… después de mi última vida en Barcelona. Pero no sé si perderme en medio de Huesca va a ser para mí.

–Primero tienes que probarlo, ¿no crees?

–Lo de llevar un *bed and breakfast*, por muy sencilla que sea la gestión y todo lo demás…, ¿de verdad crees que es lo apropiado para alguien con mi carácter?

–Es una manera sencilla de conseguir ingresos extra.

Olvido asiente.

–Sí… Toda la vida trabajando, y no puedo ni jubilarme en condiciones. Me pasaré el día lavando toallas y planchando sábanas, con lo poco que me gusta planchar.

–No pienses en eso ahora, estás cansada y se te están acumulando las ideas negativas…

Ambas giramos la cabeza en dirección a la entrada cuando oímos la voz de una mujer. Parece que nos hemos dejado abierta de par en par la puerta principal.

–¡Hola! ¿Hay alguien?

–Es Mónica –informo a Olvido en voz baja–, la promotora de todo esto. Vamos a saludarla.

Olvido se encoge de hombros. Me siento condenadamente mal por haberle quitado las ganas.

–¡Buenas tardes! –nos saluda Mónica, tan encantadora como siempre.

No tengo ni idea de qué edad puede tener. Con esa coleta tirante, ese maquillaje impecable y ese traje de chaqueta, lo mismo podría ser una muchacha estresada de veintiséis o una mujer de cuarenta y cuatro de esas muy tan bien conservadas que da como coraje.

–¿Tú eres la promotora? –le pregunta Olvido, observándola como si algo no le encajara.

–¡Culpable! –se ríe ella.

Entonces vemos que detrás de ella vienen dos de sus fornidos mozos llevando una espectacular cesta de bienvenida. Ella no se conforma con botarates.

–Pasad, chicos, dejadla sobre la mesa de la cocina.

Olvido observa la cesta con cierta curiosidad. Es un muestrario de todos los productos típicos que ofrece nuestra comunidad: la mantequilla de hierbas de la granja de Victoria, un surtido de las galletas de la abadía y de las pastelerías, una taza de té de terracota artesanal con el nombre de Olvido en ella, un surtido de los tés de montaña de Noriko, quesos, *marron glacé*, vales de descuento para el balneario y los paseos en calesa…

–¡Cuando yo llegué, no tuve una cesta tan buena! –protesto.

–Eran otros tiempos –asegura Mónica, como si se tratara del Jurásico temprano.

–Solo hace dos años y medio… –me burlo un poco.

Pero Mónica no parece acusar la leve mofa.

–Antes no había tantos productores. Ahora ya somos una comunidad muy estructurada.

El estado de ánimo de Olvido ha cambiado a mejor. Mónica ha sido mi hada madrina.

–Dentro de la cesta hay un detallito de mi anticuario –le digo–. Espero que te guste.

Lo cierto es que Mónica nos exige que contribuyamos generosamente a estas cestas de bienvenida, pero supongo que todos los sistemas han de tener sus inconvenientes.

–Nuestra voluntad en Otoño es que todos los que participáis en la comunidad os sintáis en armonía y en cohesión con la naturaleza, con la comunidad y con el proyecto.

Se nota que es una frase diseñada por su departamento de *marketing* que ella repite como una actriz, pero, por otra parte, parece estar convencida de lo que expresa.

Mónica echa un vistazo alrededor.

–Mmmm… Parece que vamos con un poco de retraso con esta unidad, ¿no?

Olvido me clava dos ojos como puñales.

–Es todo culpa mía. Me había empeñado en hacerlo todo sola y me bailaron las fechas.

Mónica llama a logística y le pregunta al bot que cuándo se espera a los primeros invitados para la casa de Olvido.

–Dentro de dos días –le responde la voz sintética–. Llegada a las doce del mediodía.

–Mándame a tres de mantenimiento cuanto antes –ordena.

–En camino –le asegura el bot.

No se percibe en ella el menor estrés, y sonríe cuando nos asegura:

–Todo arreglado. Somos una gran familia.

–Puede que queráis modificar esa frase –interviene Olvido–. No toda la gente tiene una experiencia positiva de la familia.

–Comentario anotado –dice Mónica, pura eficiencia.

No han pasado ni diez minutos cuando la cuadrilla de mantenimiento ya está allí, cargada con sus carros de herramientas. Impresionante. Mónica les da instrucciones básicas acerca de lo más urgente que hay que hacer y del plazo en el que deben estar terminadas las tareas. Y después se vuelve hacia Olvido, que está tan pasmada como yo ante ese despliegue.

–Esto estará listo en cuarenta y ocho horas.

–¿Este servicio lleva algún coste? –pregunta Olvido.

–No tienes por qué preocuparte, lo arreglaremos. Para nosotros es muy importante que los nuevos emprendedores os sintáis enseguida como en casa.

–Muchas gracias, Mónica –le digo.

Ella me sonríe, como quitándole importancia a mi despiste, y se dirige a Olvido:

–Estoy segura de que cuando des un buen paseo por el centro de Otoño te sentirás de maravilla. ¡Cada detalle está cuidadosamente diseñado para provocar esa sensación! Tómate una buena taza de té, avisaré para que te inviten a una en El Oso y la Miel.

–Y aprovecha para encargar los visillos –intervengo–, aquí tienes la hoja con las medidas. Así avanzaremos más deprisa.

Mi amiga me mira con esos ojos pardos aún cargados de reproche, y suspira mientras yo intento mantener la sonrisa. ¡Es evidente que tendré que esforzarme para compensarle este mal comienzo!

–Esta noche haré sopa de cebolla para cenar. A la francesa, con pan frito y *brie* fundido.

Olvido asiente. Me agradece que recuerde que ese es uno de sus platos favoritos.

–No hace falta que te molestes…

Eso dice, pero sé que lo agradece. Y lo sé porque, por fin, desde el primer momento en que nos vimos, algo parecido a una sonrisa se asoma en su cara.

CAPÍTULO 2

MAGDALENA



Me siento un poco culpable por haberme escapado.

Bueno, supongo que no se puede decir que me haya *escapado* exactamente. No hay ninguna prohibición concreta respecto a lo que podemos o no podemos hacer en nuestro tiempo libre, salvo las cosas que son de sentido común. Las que están en el Código Penal, vaya; las que supondrían un problema para cualquier ciudadano de a pie, y esas otras que están en el otro código de comportamiento llamado la Biblia. Pero esto que voy a hacer yo, aunque no esté contemplado ni en el uno ni en el otro…, me da la sensación de que la madre abadesa no lo aprobaría.

No pienso dejar que esa culpabilidad fantasma me amargue la tarde. ¡Hay que ver lo que me cuesta darme permiso para disfrutar de las cosas!

He trabajado duro toda la semana, sacando adelante la costura y haciendo horas en el obrador. Todavía no me dejan cocinar, pero en los ratos que me ha tocado estar allí he acarreado sacos de harina y azúcar y he pelado centenares de naranjas. Mientras tanto, observaba con algo de envidia cómo mis compañeras más experimentadas cortaban los polvorones en forma de hojas de roble y barnizaban con almíbar las rosquillitas trenzadas. Estoy deseando que llegue el momento en que me permitan confeccionar estas delicias. Pero incluso sin haber llegado a repostera, sé que he contribuido a la comunidad como la que más, y he hecho que el mundo sea un poco más hermoso o, al menos, más dulce.

He visto *Sonrisas y lágrimas* decenas, quizá centenares de veces. Y la verdad es que bajar al pueblo me hace sentir como *Fräulein* María correteando por las calles de Salzburgo. Solo que en lugar de María yo soy la hermana Magdalena, y en vez de Austria, este pueblo es Otoño. El lugar donde siempre es otoño, especialmente…, bueno, sí, en otoño.

Me habría gustado que el nombre de María hubiera estado disponible para escogerlo, pero ya estaba pillado…, precisamente por la jefa del obrador. A veces pienso que ella tampoco se puso ese nombre religioso por amor a Nuestra Señora sino a las galletas que llevan ese nombre. ¡Y cada vez que lo pienso, como ahora, tengo que santiguarme!

Siempre que vengo al centro hay algún cambio. Un nuevo escaparate, un cartel recién pintado, unas jardineras instaladas el día anterior. Es un escenario en constante mejora, y eso me hace sentir bien. Hace tan solo un lustro aquí había poco más que un puñado de aldeas dispersas, con vistas a la sierra del Parque Nacional de Ordesa. Pero la iniciativa de montar un lugar de recreo para séniors, que además funcionara como reclamo para turistas de la temporada de las hojas caídas, en este punto estratégico con las mejores vistas, entre Fanlo y Buisán, ha dado lugar a un pueblo como ningún otro.

La novedad más llamativa es el nuevo negocio: Las Bellas Bellotas. Me acerco a curiosear y veo que venden todo tipo de productos relacionados con los frutos de los robles y las encinas. Artesanía, por supuesto, pero también galletas y café de bellotas. No sabía que con ellas se pudiera hacer nada más que dárselas de comer a los ibéricos, pero en la actualidad, incluso los humanos podemos ser de pata negra.

Y hablando de patas…, al pasar por la carnicería me entra un escalofrío. Es de esas a la antigua en las que los costillares se exhiben al público. El carnicero lleva un parche oscuro que le cubre el ojo izquierdo, mientras que ella tiene siempre cara de poquísimos amigos. No da la sensación de que sea un matrimonio demasiado bien avenido. En general, es una de esas carnicerías que te dan ganas de hacerte vegetariana, y desentona un poco con el ambiente idílico del resto del pueblo.

Ahora que se acerca el otoño de verdad, el pueblo entero se engalana para lucir sus mejores atractivos. Los artesanos presumen de sus creaciones en unos ventanales que compiten por la atención de los paseantes, siempre dentro de la estética *cozy* de la que nos hemos convertido en un hito.

Me acerco a la pequeña y coquetísima librería, y por un momento dejo de ser *Fräulein* María y me convierto en la protagonista de *La bella y la bestia*. ¡Me encanta sentirme un personaje de un musical! Tengo que contenerme para no entrar cantando.

–¡Buenas tardes! –saludo a la nueva librera.

Ha sustituido a Paloma tras su jubilación.

–Ha llegado el policíaco que reservaste –me dice ella.

Me alegro internamente de que no haya nadie más en la tienda que haya podido oír sus palabras. Una monja que lee novelas de asesinatos. ¿En qué cabeza cabe?

–Muchas gracias –le digo–. ¿Me lo puedes envolver?

–¿Para regalo?

–No, solo con un papel normal. Para que no se vea lo que es.

–Aaah…, ya veo. Allí en la abadía no les hace mucha gracia esto de los descuartizamientos, ¿verdad?

–Exacto. La verdad es que te agradecería mucho que fueras discreta…

–No te preocupes –me asegura guiñando un ojo–. Estaré callada como una muerta.

Al salir de allí, veo el cartel de una actividad que no conocía: el club de lectura de libros *otoñales*. Me pregunto en qué consistirá exactamente, y en si la madre abadesa me dejaría participar. Suspiro de lo poco que me apetece tener que pedirle permiso. La madre es una mujer superocupada y no le hace mucha gracia que la molesten con cosas insignificantes.

Veo pasar una de las calesas de caballos que llevan a los turistas al bosque. Está engalanada con hojas de colores otoñales, zarcillos, setas de terciopelo y calabacitas decorativas de todas las formas y colores. La verdad es que me encantaría subir a una: eso sí que sería sentirme como la protagonista de un musical. Sin embargo, ¿qué pensarían los habitantes de Otoño al ver a una monja

comportarse con tanta frivolidad? Para algo así no me atrevería a pedirle permiso a la madre, de ninguna manera.

No, no me atrevo a subir a una calesa, pero…

En el escaparate de una de las cafeterías, esa en la que hasta ahora he evitado entrar, hay una novedad. Unos cruasanes en forma de calabaza rellenos de crema de *butterscotch*, con tirabuzones de caramelo que representan los tallos de la calabaza y hojitas de tofe. Son una fantasía hecha dulce. Se me hace la boca agua al imaginar su textura crujiente que se transforma en untuosa al clavarle los dientes, el aroma a mantequilla que se desprende al abrirlo y el delicioso contraste con la fresca suavidad de la crema inglesa.

El libro *prohibido* que llevo en la bolsa parece palpitar de complicidad cuando me decido a entrar. La cafetería en cuestión se llama El Oso y la Miel y está gestionada por una pareja gay. Los dos son bastante grandotes, llevan sendas barbas pobladas y visten con camisas de leñador. No se parecen en nada a los pasteleros que había en mi pueblo cuando era pequeña. Así es como va avanzando el mundo.

Entro en la cafetería con lo que supongo que es un paso tímido y dubitativo. No puedo evitar que todo me parezca precioso: las paredes cubiertas de papel impreso victoriano, la colección de teteras expuestas en vitrinas, las sillas transparentes de diseño clásico, los diminutos floreros en cada mesita con un ramillete de flores silvestres…

Tomo asiento en una mesita del final, en la sala más reservada. Tengo una sensación de impostora, como si no me correspondiera estar allí. En parte porque a la repostera de la abadía le daría un parraque si supiera que he estado en una pastelería rival, aunque siempre podría argumentar que estaba probando los dulces de la competencia para informarla a ella. Pero en realidad es que siempre me he sentido como un pez fuera del agua en estos sitios tan refinados. Es…, bueno, supongo que una parte de mí piensa que no me merezco disfrutar de un ambiente como este. Soy muy poquita cosa.

La única otra persona que está en la sala del fondo es la chica de la joyería, pelirroja y con rizos, de formas generosas, que tiene más

o menos mi edad. La saludo en voz apenas audible y ella hace lo mismo. Está claro que quiere pasar desapercibida y estar tranquila un rato, disfrutar a solas de su *cappuccino* cubierto de crocante de almendra. La verdad es que no tiene muy buena cara, se la ve triste, y eso llama la atención porque normalmente es pura sonrisa.

Entonces caigo en la cuenta: la pobre ha perdido a su madre hace apenas unos días. Me lo comentó Marcela cuando fui a comprarle unas madejas de rojo teja 19 para el punto de cruz. La pobre joyera se murió de repente, de un infarto. A veces sucede. Un día estás viva y al día siguiente… ya no. Tan solo queda, donde estabas, el hueco que deja tu ausencia en aquellos que te quieren.

Me muerdo el labio. No sé si es adecuado que le dé mis condolencias. Decido que, ya que ni siquiera sé su nombre, ni el de su difunta madre, no tenemos la confianza suficiente para eso. Prefiero dejar que se refugie en ese *cappuccino* gigantesco.

Uno de los osos viene a tomarme nota, y tengo que repetirle dos veces lo que quiero, de lo débil que me sale la voz la primera vez. Mientras espero mi pedido, hojeo la prensa. Me salto las cosas de política porque no me entero de nada y estoy a punto de saltarme también los sucesos cuando leo algo que me entristece. Una mujer de treinta y seis años ha fallecido ahogada en las fiestas del Pilar de Zaragoza. No parecía ser una turista, nadie la acompañaba ni se sabe cómo llegó hasta allí. Las únicas imágenes de cámaras de seguridad la mostraban muy desorientada, seguramente bajo los efectos de las drogas. Una situación misteriosa y, sobre todo, tristísima.

Cierro los ojos para rezar por el alma de esa mujer sin nombre. Aunque haya personas que puedan pensar que la oración no sirve de nada, y aunque yo misma fuera una de esas personas hasta hace unos años, rezar se ha convertido para mí en una de las cosas más importantes que puedo hacer. Como mínimo, me hace sentir mucho mejor, como si pudiera aportar un granito de arena casi imperceptible, pero que se pone en el lado de la balanza de todas las cosas buenas. Es una manera silenciosa de luchar contra el desorden y la injusticia del mundo. Pero es que además siento que me ayuda a relajarme, y a controlar los pensamientos intrusivos.

Cuando abro los ojos, veo entrar a una mujer en nuestra salita… Y, de repente, mi memoria regresa a mi vida anterior, a mis rutinas y mi mundo del pasado. No me cabe ninguna duda de que ella procede de un lugar muy parecido a aquel en el que yo estaba.

Esta mujer es mayor que yo. Lleva el pelo rubio muy corto, como si se hubiera peinado en una barbería. Va vestida de colores oscuros, con un tipo de ropa que parece diseñada para que sea imposible describirla. Sus movimientos expresan seguridad y pocas ganas de entablar conversación con nadie. Cuando llega el oso, le pide un café solo sin azúcar y nada más.

No le he hablado de mis circunstancias anteriores a nadie más que a la abadesa, y solo lo he hecho porque era necesario que ella lo supiera. No quería empezar mintiendo, habría sido algo muy poco consecuente con mi vocación de hermana. Además, quizá la madre no me habría admitido si no hubiera percibido que yo era sincera con ella.

He venido hasta aquí, al otro lado del país, para empezar de nuevo, para olvidarme de quien fui. Y sin embargo, la mujer que tengo delante me hace recordar todo aquello por lo que escogí aquella vida… Parece que hace tanto tiempo…

Ella se da cuenta de que la observo y gira lentamente la cabeza en mi dirección. Yo me apresuro a apartar la mirada, sintiéndome culpable. Es como si la profesora me hubiese pillado copiando en un examen.

Pero entonces algo nos hace, a las tres, levantar la cabeza en la misma dirección. Un hombre corpulento viene directo hacia nosotras, dando grandes zancadas. Lo más exacto sería decir que se dirige hacia la joyera pelirroja.

–Lauri, tienes que hablar conmigo. ¡Estás cometiendo un error! No puedes dejarme fuera de tu vida como si nunca hubiera existido. ¡Deberías tratarme como a un padre! ¡Recuerda todo lo que sé!

Tiene acento latino. Mientras el hombre parlotea, la mujer de pelo rubio ha observado atentamente la reacción de Lauri, y al percatarse de que esta se asustaba al ver entrar al hombre, se ha puesto de pie, ha saltado como un resorte de alta precisión y ha interpuesto su cuerpo entre el tipo en cuestión y la joyera.

–No es usted bienvenido en este lugar –le dice con una voz clara y serena a pesar de su firmeza.

El hombre la mira, sorprendido, y después vuelve la cabeza hacia Lauri.

–¿Tú quieres que me vaya? –le pregunta.

–Ya sabes que sí. Por favor –dice la pelirroja.

El hombre sacude la cabeza. Hay una expresión de dolor en la mirada que se derrumba hasta el suelo.

–Está bien… Ya sabes dónde encontrarme si quieres hablar.

Los osos escoltan al hombre hasta la salida, y la mujer de cabello rubio regresa a su asiento, imperturbable. Es como si no hubiera sucedido nada.

Jopetas. Cada vez estoy más segura de que es una de las mías. La joyera se levanta de su asiento y va hacia ella.

–Muchas gracias –le dice Lauri.

–No hay por qué darlas –contesta la mujer rubia.

–Yo creo que sí… Y me gustaría tener un detalle contigo. Ha sido increíble cómo le has detenido. Trabajo en la joyería, en esta misma calle. Si pasas uno de estos días te invito a un café.

–Muchas gracias…

Lauri recoge sus cosas para irse, a pesar de que no se ha terminado el *cappuccino*. Pero supongo que ya ha tenido bastantes emociones imprevistas en esta tarde que había reservado para encontrar la calma.

–¿Cómo te llamas? –le pregunta antes de irse.

La mujer rubia tarda en contestar, como si no le gustara que se supiese su nombre. Pero al cabo de unos segundos parece resignarse a ello.

–Olvido.

–Encantada, Olvido. Toma mi tarjeta. Por favor, mándame un mensaje de móvil para que pueda corresponderte.

Lauri está afectada por el suceso y en medio de un duelo, pero su voz es dulce y sus modales cariñosos. Hay cosas que forman parte de la personalidad, que ni siquiera el dolor puede robarnos. Al salir, la joyera paga el café de Olvido.

Olvido. Le pega mucho ese nombre algo seco y como de otra época. Ahora que lo sé, no concibo que pudiera llamarse de ninguna otra manera.

Me encantaría hablar con ella. Sentarme a su lado y preguntarle: «Tú eres como yo era, ¿verdad? Conoces los extremos a los que puede llegar el ser humano. Has visto lo más oscuro de nuestra especie. Aunque no has dejado que esa oscuridad te devorara, como hizo conmigo». Pero no lo hago. Es como si unos hilos invisibles me sujetaran a la silla. ¿Puede ser que tenga miedo de mí misma?

Es la segunda o tercera vez que veo a alguien que creo que es una agente del orden, ya que en Otoño no hay. Los guardias civiles más cercanos vienen de Fiscal, donde está la casa cuartel.

¿Por qué me gustaría tanto hablar con ella? ¿Es que echo de menos mi antigua vida mucho más de lo que he querido admitir durante todos estos meses? ¿O es algo más profundo, que ni siquiera está relacionado con las vivencias? ¿Y si aquello que está en mí, que siempre ha estado, y que fue lo que me empujó a hacerme policía, aún late a escondidas dentro de mí?

Cierro los ojos y me pongo a rezar. Y esta vez no rezo por el alma de personas desconocidas, ni por el fin de las guerras y del hambre, ni para que todo el mundo encuentre la paz en su interior. Esta vez rezo por mí, para que Nuestra Señora ilumine mi camino y me guíe para descubrir de una vez quién soy.

Cuando abro los ojos, Olvido ya se ha ido. «Porras», piensa una parte de mí. Pero mi decepción dura tan solo unos segundos porque frente a mí está el cruasán en forma de calabaza más extraordinario que nadie hubiera podido soñar. El oso, frente a mí, sonríe, orgulloso de su creación.

–Impresionante –le digo.

–Todo un piropo viniendo de una de vosotras –me dice en voz baja, guiñándome un ojo.

CAPÍTULO 3

XELO



Lo primero es cortar la cebolla en láminas finitas. No es algo que se pueda hacer de cualquier manera: se trata de una tarea que requiere concentración. Primero las divido por la mitad y luego me dedico a cada una de las mitades, dirigiendo el cuchillo hacia el centro para sacar gajos tan ligeros que dejan de ser rígidos.

Me paso un buen rato convirtiendo cuatro cebollas en estas porciones casi transparentes, y mientras tanto me concentro en lo mucho que me importa mi amistad con Olvido. Tengo que compensarla por mi enorme despiste, y esta sopa de cebolla al estilo parisino es una de mis mejores bazas para lograrlo. Tomo las rodajas y las coloco sobre un paño de algodón. Aprieto bien, amasando hasta exprimir parte de su humedad. Esto hará que se doren más rápidamente, y además mejorará el sabor. A continuación, llega mi momento favorito: dejo caer la mantequilla en la *cocotte* y respiro el aroma que desprende al fundirse. A fuego lento, vierto las láminas de cebolla sobre la mantequilla, y me armo de paciencia para ir removiendo todo el tiempo que sea necesario. La cebolla debe dorarse de forma homogénea, sin que ninguna hebra llegue a quemarse. Se trata de todo un arte.

Cuando está casi dorada, mezclo en un cuenco una cucharada de sopa de harina de trigo y una de postre de harina de sémola de maíz. Lo remuevo bien para que no quede ningún grumo, y lo añado a la *cocotte,* sin dejar de remover, junto con la sal, sal de apio (yo misma la confecciono varias veces al año), un poco de pimienta recién molida y un toque de nuez moscada. Lo sofrío todo

revolviendo durante otros buenos cinco minutos, hasta que siento el leve olor a tostado de la harina, y noto que todos los ingredientes se han amalgamado. Es el momento de añadir el agua templada, el vino blanco, el toque de jerez, y subir un poco el fuego.

Mientras el agua se transforma en caldo al absorber el sabor y los nutrientes de la cebolla pochada, corto el pan de pueblo en rebanadas generosas. No las tostaré hasta que llegue Olvido. Tengo preparados en la nevera los quesos adecuados: gruyer y suizo. Esta es la cena perfecta para darle la bienvenida a nuestro pequeño rincón en el mundo.

Exactamente en el momento en que apago el fuego suena el timbre. Interpreto esta coincidencia como un buen presagio.

Corro al descansillo para abrirle la puerta a Olvido, y veo que regresa sin los visillos. Pero también observo que parece haber recuperado su humor habitual. Al menos ya no se la ve tan desolada.

–Qué bien huele aquí –dice nada más entrar.

Me doy unas palmaditas mentales de felicitación.

–Sí, he hecho una sopita para cenar. En esta época apetecen.

–Te has acordado de que es mi favorita. Pero no hacía falta.

Yo sonrío por toda respuesta.

–¡Ven a que te enseñe mi casa! No es demasiado grande, pero es acogedora.

Le muestro su dormitorio, donde ya la están esperando sus maletas. Olvido se sienta en la cama como para probarla.

–Buen colchón. Firme.

–¿Te va bien?

–Sí, son los que prefiero.

Estupendo: una buena noche de descanso le hará ver las cosas con mucho más optimismo.

–Ponte cómoda y te espero abajo.

–No tardaré.

Preparo la mesa con esmero, utilizando una de mis vajillas preferidas. Esta la compré en París, en un *marché aux puces* de un

barrio que ya ni recuerdo… Hace décadas de aquello. Pero los preciosos platos permanecen. Es la belleza de los objetos: desafían al tiempo. Son la cristalización de la memoria, el recordatorio de momentos hermosos. Gracias a ellos podemos transportarnos al pasado, viajar por el mundo, fantasear con otras vidas posibles. Precisamente por eso tengo un anticuario.

Siempre soñé con abrir mi propia tienda cuando trabajaba de administrativa en el periódico. El mundo de la prensa, que supongo que habrá cambiado muchísimo con los medios digitales, era interesante y variado, pero no podía evitar tener la sensación de que estaba trabajando para alimentar un proyecto que no era el mío. Soñaba con dejarlo todo, y me imaginaba cómo sería mi vida cuando tuviera mi pequeño anticuario: cómo iría a Praga y a Budapest a comprar piezas, cómo decoraría el espacio… Me imaginaba a mis clientes, bohemios, interesantes, artistas…

Abrí mi tiendecita en este pueblo con toda la ilusión del mundo, y aunque mi vida no sea tan viajera y glamurosa como había imaginado, haber cultivado durante tantos años ese deseo y ser capaz de llevarlo a la práctica me da fuerzas para seguir adelante a pesar de las dificultades.

Me llama Victoria para preguntar si me ha sido útil la ayuda de Marcos… Me lo ha mandado al saber de mi artritis, queriendo echar una mano. Me cuesta mucho explicarle que prefiero apañármelas sola. Victoria se queda algo desolada, pero mis nervios no pueden permitirse tener a un Marcos cerca por mucho aprecio que le tenga a su madre.

Cuando baja Olvido, la recibo con un par de copitas de *kir royal*, la mezcla de champán y licor de fruta que nunca falta en los bares franceses.

–Hoy estaremos en París desde el aperitivo. ¿Qué prefieres, el *kir* de *cassis* o de *pêche*?

–De melocotón… Pero me sabe mal que te hayas tomado tantas molestias.

–¡De eso nada! Lo he preparado todo con mucho gusto, estoy encantada de recibirte. ¿Qué tal te ha ido la tarde?

–Lo primero ha sido la mercería… Y me he quedado muy sorprendida por lo caros que son los visillos esos. Mi economía de prejubilada no está para semejantes sartenazos.

–Es verdad… Los bordados artesanales requieren grandes dispendios. Pero podemos encontrar alguna alternativa, aquí hay muchas mujeres a las que les gusta coser.

–Seguro que encontraremos alguna.

Le pregunto por su impresión general del pueblo, y observo sus expresiones. No es muy prolija en palabras, pero yo, que la conozco, me doy cuenta de que el lugar le ha causado una buena sensación. Eso también me quita un peso de encima.

–He estado en una cafetería donde se tomaban muy en serio la pastelería, pero solo me apetecía un café. Mientras intentaba tomármelo, ha entrado un hombre muy alterado que ha tratado de acercarse a una chica pelirroja de pelo rizado… Lauri, me ha dicho que se llamaba. He tenido que invitar al tipo aquel a irse, y afortunadamente la cosa no ha pasado a mayores.

–Sí… Pobre Lauri, acaba de perder a su madre. Es hija única, y sus padres nunca se llevaron bien del todo. Supongo que es difícil cuando la gente trabaja y vive junta, ¿verdad? Los dos montaron la joyería hace muchos años, y ya sabes que cuando un negocio funciona la gente no se atreve a cerrarlo así como así…

–¿De qué murió la madre?

–Fue de repente, un infarto fulminante. Carmen era tan hermosa y rubicunda como su hija. Y eso que nadie sabía que estuviera enferma del corazón, pero ya sabes que a veces estas cosas…, y además está todo eso de que las señales de aviso son muy diferentes para mujeres que para hombres, pero no tenemos la información adecuada porque los estudios y la divulgación se hacen solo para ellos…

–Xelo, que te me vas por las ramas… ¿Qué edad tenía?

–Aún le faltaba para los sesenta. Yo creo que sufría mucho estrés. Carmen era la que llevaba todo el peso del negocio: la contabilidad, la gestión, el diseño y las relaciones públicas. Pero a

pesar de toda esa carga de trabajo, siempre estaba risueña y vivaracha. Mientras ella daba la cara, Fidel se pasaba el día en el taller, a pocas manzanas de la joyería, confeccionando las piezas que ella también diseñaba. Siempre se habían llevado mal, hasta el punto de pasar semanas sin hablarse. Solo continuaban juntos porque formaban un excelente equipo profesional.

Hago una pausa para tomar un sorbito de *kir*.

–Bueno, y por la hija que tenían en común, que era la niña de los ojos de los dos, y que no quería verlos separados. Supongo que ahora Lauri heredará el negocio, porque su padre debe de estar a punto de jubilarse. Tendrá que contratar a otro joyero, o mandar que alguien le fabrique las piezas.

–Así que nadie se lo esperaba…

–Se esperaban más un divorcio. Por lo visto hacía unas semanas que la cosa estaba especialmente tensa, según los vecinos. Se les había oído discutir a gritos. Supongo que no ayudaban nada los rumores según los cuales Carmen se veía con un hombre más joven. Desde hacía mucho tiempo.

–¿Latino? ¿Grandote?

–Sí. ¿Cómo lo sabes? Oh, espera… Fue él quien intentaba hablar con Lauri…

–En efecto. Una de las cosas que dijo es que debería tratarlo como a un padre.

–Qué desastre… Acosar a la pobre después de la pérdida de su madre, con lo unidas que estaban.

–También le dijo que sabía cosas.

–Claro, es que la gente es capaz de todo con tal de conseguir dinero, y en el entorno de Lauri te aseguro que hay mucho. De todo, excepto de mostrar un poquito de empatía y de respetar el duelo de una persona.

–¿Qué edad rondará esa chica? No parece que llegue a los cuarenta. Debieron de tenerla siendo muy jóvenes.

Pongo a tostar las rebanadas y saco los quesos para rallarlos.

–Treinta y siete, treinta y ocho como máximo. Efectivamente, Carmen la tuvo siendo adolescente, o casi. Eran otros tiempos.

–¿Crees que podría ser hija del grandote?

–No, él y Carmen se conocieron hace unos diez años, quince como mucho.

Nos dejamos de cotilleos para degustar la sopa. No es por presumir, pero me ha quedado como para ganar un concurso de la tele.

–Hacía tiempo que no disfrutaba de un manjar como este –me dice Olvido–. Menuda trabajera te has dado…

Yo sonrío de satisfacción de espaldas a ella, de manera que no pueda verme la cara.

–Otro día te haré la *soupe de carottes Vichy*. Ya sabes que las cremas y sopas son mi especialidad.

Mientras sirvo los platos, y les pongo por encima las tostadas con el queso fundido, pasamos al vino. Por fin las asperezas han desaparecido entre nosotras y tengo frente a mí a mi amiga de tantos años.

–Esta de Otoño es una sociedad algo diferente de lo habitual –le cuento–. Por una parte, están los habitantes del pueblo, en su mayoría gente del campo, con hábitos sencillos, de toda la vida. Gente que lleva una vida mucho más sostenible que muchos modernos que presumen de verdes en las redes…

Olvido indica que está de acuerdo.

–Y, por otra parte, estamos los que hemos llegado a través de la iniciativa de Mónica. Cuando vi el anuncio en el que se ofrecían locales a bajo precio a cambio de montar un negocio, sentí que era la gran oportunidad que había estado esperando.

–Deberías haber montado un restaurante de sopas –dice tras probar la primera cucharada.

–Ya sabes que la restauración es muy esclava. Los objetos requieren menos atención, no caducan y dejan un buen margen. Y, además, son una buena excusa para viajar de vez en cuando.

Olvido no responde, concentrada en disfrutar de su cena humeante.

–Como te contaba, los nuevos somos gente en general emprendedora, pero hay de todo. Desde personas como yo, que realmente disfrutamos de un vida más lenta y tranquila, hasta empresarios que han encontrado aquí una oportunidad de crecer y

están más ocupados que si tuvieran una oficina en Wall Street. Los lugareños a veces los tratan con cierta distancia, no los ven como si fueran de los suyos. Son la propia Mónica, los *influencers*, el francés que lleva el negocio de las calesas…

–Ya las he visto, son espectaculares. Y el chico también es de los que llaman la atención, tan alto y rubio y con los ojos tan azules.

–Le da trabajo a mucha gente de por aquí. A los guías, a la florista que le decora los coches, a los granjeros que le cuidan a los caballos… Por cierto, uno de ellos es Marcos, el atontado integral del que te hablé cuando viniste. Es el hijo de Victoria, la granjera que nos surte de leche. Su otro hijo es el que más se dedica al cuidado de los caballos.

–Estás a gusto aquí, ¿verdad?

–Por supuesto. De otro modo no te habría sugerido que vinieras. Es un lugar agradable y tranquilo, casi detenido en el tiempo.

–¿No molestan mucho los turistas?

–En general, son viajeros apacibles, que buscan, precisamente, relajarse y desconectar. Quieren hacer senderismo, ir al balneario, recoger setas y castañas, y hacer artesanía.

–Pero algo habrá que no te guste…

Lo pienso durante un instante. Me cuesta dar argumentos negativos, pero sé que Olvido no confiará en mí si no soy sincera.

–Hay muchos cazadores. Es una costumbre de siempre, ya que en los bosques hay ciervos, jabalíes, liebres enormes, perdices salvajes… Algunos de ellos son un poco desagradables de trato, y no me gusta nada ver pasar a gente con armas al hombro por la calle. Pero aquí existe mucha tolerancia hacia esos comportamientos.

La pongo al corriente de otras peculiaridades de Otoño, y le hablo del alcalde, que es bastante amable a pesar de formar parte de ese grupo de cazadores; de los granjeros, de los aristócratas que regentan el balneario de Buisán y demás personajes locales.

Ya hemos terminado la sopa, y Olvido incluso ha repetido. Cuando la veo tan relajada, me atrevo a mencionar los buenos tiempos.

–¿Te acuerdas de lo bien que le quedaban los daiquiris a Rosa María?

A Olvido se le oscurece la mirada.

–Prefiero no pensar en aquella época, la verdad.

–¿Ni siquiera en las cosas buenas?

–Especialmente en esas.

Olvido se pone a mirar un punto indeterminado de la pared. No sé si va a decir algo más o no. Por fin, tras escoger mucho sus palabras, me explica:

–Xelo, por favor, no me preguntes sobre lo que sucedió con Edgar. Si hay una persona en el mundo a quien puede que se lo cuente algún día, esa eres tú. Pero tengo que ser yo quien encuentre la ocasión de hablar de ello.

Nos quedamos en silencio. Y ese silencio es lo bastante largo para grabarme a fuego que Olvido quiere dejar atrás su pasado, incluso las partes bonitas, y eso era imposible en Barcelona. Pero tampoco está claro que pueda suceder en Otoño si yo sigo sacando el tema. No le gusta la gente insistente.

Es el momento ideal para mi golpe de efecto. Como quien no quiere la cosa, me levanto y abro el horno de par en par. Una vaharada de perfume a manzana caramelizada llena el salón.

–Tarta *tatin* –susurra Olvido mientras se le van los ojos hacia el horno.

–Ya debería estar templada. Ha estado más de hora y media a fuego lento, pero lo apagué hace un rato.

Efectivamente, las sartencitas individuales de hierro colado están a una temperatura que me permite cogerlas con la mano.

–Si me quedo en este pueblo, voy a engordar cuatro kilos al mes.

–¡No vayas a pensar que voy a tratarte tan bien todos los días! Esta es tu recepción de bienvenida.

Como es lógico, Olvido está cansada tras el viaje y tantas emociones, y se retira temprano. Yo me quedo en el salón, con mi copita, cerca de la estufa de leña, como suelo hacer tantas noches…, y me pongo a pensar.

Hay gente a la que le gusta distraerse, estar entretenida con estímulos. Yo prefiero cerrar los ojos y recrearme en mi mundo. Le

doy vueltas a ideas y opciones para mi negocio, reflexiono sobre los problemas de mis amigas y conocidos, tratando de aportar algo que a ellos no se les haya ocurrido, y, sobre todo, me acuerdo del pasado.

No es que sea una persona melancólica. No soy de las que echan de menos los buenos tiempos con tristeza, ¡en absoluto! Me gusta acordarme de cosas bonitas porque es como ver una película. Mucho mejor que una película, porque todo aquello fue real y me sucedió a mí.

Recuerdo a mi primer amor, Efrén. Éramos tan jóvenes y nos creíamos tan listos… Supongo que quien es feliz siempre piensa que lo sabe todo, y, en cierto modo, puede que así sea. Los paseos por la playa, los enfados que no duraban nada, las fantasías de recorrer el mundo en barco. Y también recuerdo otros amores, que quizá dejaron menos huella. De todos ellos guardo algo bonito.

A veces, solo a veces, me acuerdo del día de mi boda. Una novia vieja, decían cuando creían que no las oía… Y yo me reía a sus espaldas como ellas se reían a las mías. Sin embargo, algunas de esas profecías malintencionadas se hicieron realidad.

No sé qué habría hecho entonces si Olvido no hubiera estado conmigo.

CAPÍTULO 4

MAGDALENA



Vuelvo a la abadía casi de noche, pero aún pueden distinguirse las decoraciones de panales y abejas que flanquean la entrada. Me da tiempo a admirar los detalles pintados a mano de las ventanas antes de llegar corriendo al umbral.

La hermana portera me mira con cierta reprobación, pero yo le sonrío con amabilidad y no le doy importancia a esos malos humos. A lo mejor le duelen los juanetes.

–Estaba a punto de cerrar los portones. Un poco más y te quedas fuera.

–¡Pues menos mal que he llegado a tiempo!

La verdad es que se me ha ido el santo al cielo con todo el asunto de la joyera y la mujer que creo que puede ser policía. Y después me he puesto a atacar el cruasán, que estaba increíble, y luego he empezado con la novela… Cuando se me ha ocurrido mirar el reloj, ya era tardísimo.

Supongo que me sentiré mejor si, tal y como había pensado, le cuento a la hermana pastelera que he probado el nuevo cruasán de El Oso y la Miel y se lo describo con detalle. Creo que eso es preferible a guardarme los datos para mí sola, ya que esa información lleva consigo cierta perrería, como se dice en mi tierra.

Normalmente habría ido hacia la sala común de las hermanas legas, donde tenemos una televisión y las labores de costura, o me habría retirado al dormitorio que comparto con la hermana Soletilla. Pero en esta ocasión prefiero dirigirme hacia el obrador. Estoy segura de que la hermana María seguirá por allí, verificando que

todo quede recogido y limpio al terminar el día. Cuanto antes me quite de encima el peso de mi terrible secreto, mejor. Además, cualquier excusa es buena para respirar el maravilloso olor de las masas, los siropes y los pasteles a medio hacer.

El obrador queda en el ala derecha del edificio, en la planta baja, y para llegar hasta él se puede atravesar el patio o ir por el pasillo del refectorio. Pero una vez que he entrado en el edificio, que está calentito, me da pereza volver a pasar frío, así que elijo los pasillos. A esta hora no debe de haber ni un alma en ellos.

Pero sí que hay algunas. Dos de las hermanas más venerables aún están avanzando por el corredor con su paso lentísimo.

–Buenas noches, hermanas –las saludo.

No desperdician energía en hablar, y una de ellas se limita a inclinar la cabeza en mi dirección. Con eso basta. La pobre tiene cara de cansada, y también de preocupación.

Creo que se llama hermana Candela, y siempre va acompañando a esta otra hermana, que tiene muchas dificultades de movimiento. Es como si fuese su enfermera. He oído por ahí que ya tiene cien años. Me da la impresión de que la hermana Candela se ha cargado con una labor muy dura al acompañar a todas partes a una monja tan mayor, que quizá estaría mejor atendida en una residencia. Las veo alejarse de mí despacito, despacito… Y me pregunto en qué pensarán durante todo el día.

Sigo mi camino. Me han dicho muchas veces que mis movimientos son muy silenciosos. Siempre ha sido así, desde que era una niña chica. Al entrar en el Cuerpo Nacional de Policía, fue una de las habilidades que perfeccioné, ya que resultaba muy útil en el desempeño de mis tareas. Y supongo que ahora ya lo he convertido en una costumbre. Si me dieran veinticinco céntimos por cada vez que le he dado un susto a alguien que no me ha oído llegar, sería millonaria como la Pantoja.

Ser silenciosa no es bueno ni malo, pero ser cotilla sí que es malo. Y creo que también un poco pecado. El caso es que cuando paso cerca de una de las puertas y oigo el cuchicheo de una conversación a escondidas…, no puedo evitar quedarme a escucharla. Sobre todo, porque una de las voces es la de la abadesa.

–¿Ha escuchado usted en confesión a todas?

–Sí, a todas. Me he asegurado de ello. Las he ido tachando de la lista que me dio.

A mí me tocó el turno dos días atrás.

–¿Y qué ha sacado en claro?

El interlocutor de la madre es el sacerdote, don Andrés. Tiene la voz cascada por lo que supuestamente solo ha sido vino de misa. Como él mismo dice: tres o cuatro misas al día durante sesenta años son muchos vinos de misa.

Estoy segura de que están hablando de algo que lleva semanas preocupando a la madre. Dentro de la abadía se están produciendo actos de vandalismo. No son demasiado graves, pero sí llamativos, y, sobre todo, extraños. Una escultura a la que le borraron la cara con acetona. Un cuadro en el que aparecieron manchas negras. Lo último: el marco pintado de uno de los frescos emborronado con betún negro.

–Madre, llevo años oyendo en confesión a muchas de las hermanas. Creo que las conozco bastante bien, incluso a las nuevas. Si me perdona la vanidad, me considero un buen conocedor de las personalidades humanas.

Casi puedo ver la cara de la madre. No le gusta nada que la gente dé rodeos. Valora mucho la exactitud y los datos concretos.

–¿Adónde quiere ir a parar, don Andrés?

–Pues a que todo este asunto me tiene perplejo. Reconozco que me había hecho mis propias conjeturas, algo muy poco piadoso, lo sé… Pero aun así albergaba determinadas sospechas. Eso me llevó a hacerles preguntas directas a las hermanas de las que había llegado a desconfiar.

–¿Cuáles eran?

–Preferiría no decírselo… Ya he sufrido bastante por culpa de mis recelos. Tuve que ir a confesarme al pueblo vecino, y después hacer otro viaje para volverme a confesar porque el primer sacerdote me cae muy mal y había tenido pensamientos irascibles respecto a él. Ahora tendré que confesarme una vez más por haberme acordado de lo mal que me cae, y encima haberlo dicho en voz alta. Mi

profesión puede llegar a ser muy agobiante, no es nada fácil estar en estado de gracia.

–No, no lo es –reconoce la madre.

Ella misma, en ocasiones, tiene un temperamento que algunas personas podrían llegar a considerar alejado de la santidad. Pero es evidente que se esfuerza. La oigo suspirar.

–Padre Andrés, ¿le importaría decirme qué conclusiones ha sacado de las confesiones a las hermanas?

–Ninguna es culpable. O quizá sería más exacto decir que ninguna se siente culpable.

Leve ruido de golpe. Si tuviera que apostar, algo que las monjas no podemos hacer, pero sí podemos imaginarnos que lo hacemos…, juraría…, aunque tampoco podemos…, que la madre ha dejado caer sus brazos sobre el asiento. Es un ademán de impaciencia que le he visto hacer más de una vez.

–Pero… ¿cómo es eso posible? Cerramos los portones todos los días a las nueve. El único motivo de que hoy no lo hayamos hecho todavía es porque usted está aquí.

Tomo nota mental de que la hermana portera no ha sido fiel a la verdad al decirme que «estaba a punto de cerrar». Pero después sacudo la cabeza y le doy orden a mi memoria de borrar dicha nota. Como bien ha dicho don Andrés, no es bueno para el espíritu ser mezquina ni rencorosa.

–La abadía –prosigue la madre– es casi una fortaleza, y permanece cerrada a cal y canto cada noche, que es cuando suceden estas fechorías.

Se quedan en silencio.

–Padre, sé que no es muy piadoso plantear esta posibilidad, pero… cuando dice que ha confesado a todas las hermanas, ¿incluye también a las pacientes psiquiátricas?

Nuestra congregación, como muchas otras, se ocupa de mantener bajo nuestro techo a aquellas hermanas que han tenido la desgracia de sufrir enfermedades mentales, en vez de enviarlas a un lugar extraño. Se alojan en un ala tranquila de la planta de arriba destinada solo para ellas. Incluso tienen su propia terraza. Son pocas las que pasean por los jardines comunes.

–Madre, a algunas de ellas es imposible confesarlas. Dos no tienen apenas el uso del lenguaje, y a otras les desconcierta el sacramento. Ya no son capaces de comprender lo que está sucediendo.

Imagino a la madre sacudiendo la cabeza, comprensiva, y sintiéndose incluso algo culpable por haber planteado la pregunta, por no haber estado más al corriente de la situación de estas hermanas. Supongo que para todas nosotras lo más sencillo es olvidarnos de ellas.

¿Por qué sucede esto? Creo que hay algo en las enfermedades mentales que nos incomoda y nos asusta mucho. Resulta inquietante ver cómo alguien ha olvidado quien era, o sufre un desconcierto que le causa angustia. Y supongo que en parte tememos que algún día pueda sucedernos algo así, y no queremos que se nos recuerde que eso existe.

–¿Qué tal… qué tal está Asunción?

Me cuesta oír la pregunta. La abadesa la ha formulado en un tono tan bajo…, ¿y puede ser que sea también culpa lo que he percibido en su entonación? Es la primera vez que le oigo hablar de una hermana sin decir antes «hermana».

–Sigue como siempre, madre, algo que no sé si es una buena noticia o una mala.

–Un día de estos subiré a verla…

–Sin duda le hará bien, madre.

Otro silencio, esta vez todavía más largo.

–De todas formas –concluye el sacerdote–, yo descartaría a las hermanas de arriba. Las pobres están demasiado… en su mundo como para urdir planes y todavía menos llevarlos a cabo.

De repente, oigo que el padre se pone en pie, y me apresuro a escabullirme. Sería muy desagradable que me sorprendieran espiando.

Me olvido de la idea de hablar con la hermana María, al menos por esta noche. Ya lo haré por la mañana. Ahora sí que me iré derecha al dormitorio.

Al subir las escaleras, pienso en el padre Andrés. Es un hombre calmado, sensato, sabio. Me gusta cómo habla en misa, se nota que

se esfuerza en buscar cosas diferentes para que las ceremonias no sean todas iguales. Es todo lo contrario que el sacerdote que había en mi pueblo cuando yo era pequeña, que siempre decía las cosas de la misma manera, como si en lugar de un cura fuera un robot. Supongo que pensaba que eso era lo que le exigía la tradición.

Es muy diferente escuchar las palabras de alguien que se nota que disfruta pensando. Quizá si no se hubiera hecho sacerdote habría terminado siendo filósofo. A veces he visto al padre Andrés observar largo rato una flor, o una mariposa, y sé que para él la belleza de todas las cosas está conectada con la grandeza del Señor.

Los pasillos de la abadía están pintados de color crema, y son tan largos que da tiempo a reflexionar mucho mientras los recorres. A un lado y a otro, me acompañan imágenes de todo tipo de dulces y pasteles. Son las portadas de las revistas, los artículos y anuncios donde han sido reseñados, a lo largo de los años, los dulces que aquí se elaboran. Los borrachitos de miel, los tréboles de barquillo, las tejas de avellana… La abadesa siempre nos dice que los pasteles han de ser, para nosotras, una inspiración constante para hacer del mundo un lugar mejor. Nos recuerdan que nuestra labor es ser las abejitas hacendosas que lleven la dulzura a quienes la necesiten.

Yo quiero ser una de esas abejitas, es lo que deseo con todas mis fuerzas. Estar feliz con mi día a día de productividad azucarada, disfrutar de esa vida tranquila y apacible, sin preocupaciones. Ni facturas, ni hipotecas, ni multas de tráfico, ni declaración de la renta. Un mundo fuera del mundo, imperturbable, como si ni siquiera el mismísimo tiempo pudiera tocarlo. Y como prueba de ello, esta fotografía del año 76 que estoy mirando. Los nuditos de masa frita en almíbar que hacemos hoy en día son idénticos y se confeccionan utilizando los mismos ingredientes.

Quisiera ayudar con el asunto del vandalismo, y sé que podría hacerlo. En mi vida anterior, en Badajoz, era una buena agente de policía. Pero no me atrevo a ofrecerle mi ayuda a la madre.

Cuando me entrevistó, tras escucharme con atentación, expresó un temor acerca de mí. Me dijo que tenía miedo de que yo no hubiera olvidado del todo mi vida anterior. Debió de darse cuenta, al oírme hablar, de que mi decisión de convertirme en policía había sido

vocacional. Era lo que había soñado desde pequeña, un sueño que había conseguido hacer realidad a base de perseverancia y tenacidad.

Sin embargo, también debió de ver en mí una posible monja, una oportunidad de cambiar de vida. Creo que, si no, no habría dejado que me quedara.

Me emociono al pensar en la oportunidad que se me ha dado. Estar aquí, dedicada a un trabajo de amor, rodeada de otras hermanas, es un regalo. Cada vez que lo pienso, se me llena la garganta de agradecimiento de lo mucho que valoro la paz interior que me proporciona este remanso de calma.

Y sí, me siento mal. He traicionado la confianza de la madre abadesa al espiarla. Sé que está mal. La hermana que hay en mí, con su promesa de obediencia, jamás habría debido hacer algo semejante, pero la agente de la ley, siempre en busca de la verdad…

¿Cuál de las dos es la que ha estado escuchando a escondidas nada menos que a la abadesa y al padre Andrés? ¿La monja que se preocupa por su comunidad, o la agente que en el fondo sigue teniendo ganas de volver a las andadas?

Siento que se me humedecen los ojos. Ya he fracasado como policía, y ahora, ¿también seré una decepción como monja? Pero entonces los ojos se me van hacia el mural de las escaleras. Debe de tener más de cuarenta años, y está compuesto de baldosas artesanales de cerámica esculpida. Representan las celdas hexagonales de una colmena y sus doradas habitantes.

Es un mural que he visto de pasada decenas, centenares de veces, y nunca le he dado la menor importancia. Todo lo que he visto hasta ahora es artesanía *vintage* que quizá debería ser hora de renovar… Ahora, quién sabe por qué, no puedo dejar de mirarlo. Es como si esa obra quisiera decirme algo esencial.

La observo con atención, y veo que no se trata solo de un mural decorativo. En el centro de la imagen está la reina, y, como si se tratara de un cómic, se muestran las diferentes etapas de su formación, desde su nacimiento. Ilustra cómo algunas de las obreras, las nodrizas, la alimentan con la jalea real, mientras otras

obreras construyen la colmena, y otras son limpiadoras, almacenadoras, guardianas…

Abejas guardianas.

Y entonces algo se me enciende por dentro. Es como una de esas bombillitas de las ideas, pero no se ilumina solo en mi cerebro, sino también en mi corazón. Por fin lo he comprendido. Cada abeja tiene una función específica en la colmena, y todas son necesarias. Todas y cada una son importantes, con sus diferentes talentos y dedicaciones. Y puede que yo no sea la mejor abeja pastelera, pero sí que puedo ser la mejor abeja vigilante. No existe ninguna más preparada para esa función en toda la abadía.

¡Eso es! Mi vida como policía tenía un sentido. Todo lo que aprendí, lo que viví, todo ese esfuerzo, no fue tiempo perdido. Iba a necesitar esas habilidades para cumplir mi verdadera función en la vida.

La hermana Soletilla se sobresalta cuando me ve en la puerta de nuestra habitación compartida. Se santigua como si yo fuera una aparición.

–¡Menudo susto me has dado!

–Perdona… Ya sé que soy demasiado silenciosa.

–¿Qué tal la tarde libre?

–Bien, la verdad. Es un pueblo precioso, ¿no crees?

–No lo sé, yo prefiero quedarme por aquí. A mí me gusta que todos los días sean iguales, sin sorpresas ni sobresaltos.

Comprendo a qué se refiere mi compañera, y estoy segura de que tiene sus razones para pensar de esa manera. Durante mucho tiempo yo también creí que esa paz, esa estabilidad absoluta, eran lo único que yo necesitaba. Ahora ya no estoy tan segura.

Antes de conciliar el sueño, me viene un último pensamiento a la cabeza: ¿quién será la hermana Asunción y por qué la abadesa ha preguntado por ella en concreto?

CAPÍTULO 5

XELO



–Menudo pedazo de oficina –comenta Olvido en voz baja.

La primera vez que entras, sorprende ver que, dentro de una casa de pueblo, de piedra y teja, con macetas en los alféizares, se esconda semejante despacho de última tecnología.

Los dominios de Mónica consiguen dejar claras dos cosas: una, que allí el aspecto pecuniario va viento en popa, y dos, que eso se debe a que aquella empresa en concreto es una mina inagotable. Ya se sabe que las trampas para inversores tienen que brillar como si fueran oro puro.

–¿Y qué es lo que hemos venido a hacer aquí exactamente? –me pregunta mi amiga después de que una secretaria nos haya hecho pasar a la salita de espera de diseño, contigua al despacho de la jefa.

–Mónica te presentará el proyecto y te dará tu *pack* de bienvenida.

–Pero si ya me han mandado cuatrocientos *e-mails* –suspira Olvido.

–Creo que prefiere hacerlo en persona.

Olvido se resigna. No es una de esas que, cuando no tiene nada que hacer, se pone a jugar con el móvil, algo que me gusta de ella. Tampoco es de las que inician conversaciones, así que me pongo a pensar qué tema sacarle para hacer más amena la espera.

Entonces oigo algo que capta toda mi atención. Las oficinas de diseño tendrán muchas cosas buenas, pero esos paneles ultrafinos no son los mejores para el aislamiento acústico. De modo que me

llevo la mano detrás de la oreja para hacer rodar un poquito la ruedecilla del audífono, con lo que puedo aumentar su sensibilidad. Es un pequeño truco que utilizo de vez en cuando porque me gusta estar bien informada de las cosas, especialmente de esas de las que hay alguien que no desea que me mantenga bien informada.

Al aumentar mi capacidad de audición, confirmo lo que había sospechado: quien está dentro del despacho de Mónica es Ernesto, el médico del pueblo.

–… sí, había algo inusual en el cadáver. No quise decir nada para no darle más preocupaciones todavía a Fidel, en su estado de salud, y a la pobre Lauri. En su momento no me pareció grave, pero tras darle algunas vueltas, creo que es mejor que usted y el alcalde lo sepan.

–¿Qué significa inusual?

–El cuerpo de Carmen tenía varios cortes e incluso un par de costillas fracturadas, y una extraña lesión en la rodilla. Pero ni en los cortes se veía sangrado ni en las fracturas había el menor rastro de hematomas. Eso significa que se produjeron después de que la pobre falleciera.

–¿Y por qué no dijo usted nada?

–Conozco a Fidel desde hace mucho, y estaba tan desconsolado… Con lo filosófico que es él, que siempre se lo ha tomado todo con una flema envidiable, sin dejarse afectar… Nunca le había visto tan hecho polvo. Sus síntomas han empeorado considerablemente.

El médico hace una de esas pausas tan típicas que se emplean para cambiar de tema a otro más incómodo.

–Supuse que no se las habían apañado bien para moverla una vez fallecida. Me los imaginé a los dos tratando de desplazar el cuerpo de Carmen de una habitación a otra, por algún motivo…, y entendí que se les había caído al suelo o algo parecido. La gente se pone muy nerviosa en presencia de la muerte.

–Comprendo…

–Pero no he podido dejar de pensar en ello desde entonces. Una caída como esa, efectivamente, podría justificar las fracturas, incluso lo de la rodilla si el cadáver hubiera estado boca abajo, pero los

rasguños… Es como si hubieran tratado de meterla en algún sitio.Y había otra cosa. La ropa que llevaba Carmen era muy extraña. Una mujer que iba siempre impecable, y justo el día que se muere lleva prendas que no tienen nada que ver entre sí.

–Pocos hombres se darían cuenta de eso –-le dice.

–¿Qué crees que sucedió?

Nueva pausa, esta vez más larga… Y reanudación todavía más incómoda.

–De todos es sabido lo mal que se llevaban. ¿Y si Fidel se hubiese dejado llevar por un arrebato?

Mi audífono es tan estupendo que incluso oigo cómo Mónica suspira.

–Espero que se demuestre que eso no fue así –dice el médico–. Pero me pareció más sensato informar a las autoridades. Y ahora el mal trago de contárselo a la niña. Quiero decir a Lauri. Los que la hemos visto crecer, siempre la veremos como esa pequeña pelirroja y pizpireta.

–TE HAS QUEDADO MUY CALLADA –me dice Olvido.

¡Menudo susto! Ha hablado con voz normal, pero como la tengo muy cerca, con la sensibilidad actual del audífono es como si me hubiera gritado. Me apresuro a hace rodar la ruedecilla en sentido contrario hasta su posición normal.

–Luego te cuento –susurro.

Unos minutos después, Ernesto sale del despacho, y, al verme, me saluda con una inclinación de cabeza a la antigua usanza. Es un hombre elegante, que no se deja influir por las modas y viste como le gusta, aunque parezca de otra época. Lleva un traje de estilo austríaco, con un pañuelo de seda en el bolsillo, y va peinado con el cabello hacia atrás, con un bigote de puntas algo rizadas. Lleva siempre consigo a Rótula, una *yorkshire terrier* que cada vez que me ve se pone a dar saltos de alegría.

Hoy no es una excepción. La perrita corre directa hacia mí buscando juguetear. No puedo resistirme a una criatura tan adorable.

–¡Pero qué cosita tan linda! –exclamo.

–Qué carita de lista –dice Olvido. Le encantan los perros.

–¡Qué suerte has tenido de encontrarte con tu amiga Consuelo, Rótula! –dice el doctor.

Mientras le hago monerías y carantoñas a la perrita, aprovecha para preguntarme:

–¿Qué tal llevas la artritis?

–¿Artritis? –se sorprende Olvido–. No me habías dicho nada…

Le pongo una mano en la rodilla como para decirle «ya te lo contaré luego».

–Las molestias mejoraron mucho con el tratamiento, como me dijiste.

–Pide cita para la semana que viene y haremos una revisión.

Cuando el médico se aleja, Olvido me dice:

–Pues sí que tenéis una atención personalizada en este sitio… ¿O es que, por algún motivo, te trata mejor de lo normal?

Sonrío. Olvido es muy perspicaz. La verdad es que el doctor se ha mostrado especialmente gentil conmigo desde el momento en que llegué, y no escatima ninguna ocasión de dejarse caer por mi pequeño anticuario. Sospecho que podría tener intenciones románticas, pero lo cierto es que, a mi edad, prefiero un coqueteo galante que la realidad de una relación.

–Nunca le has dicho que no te gusta nada que te llamen Consuelo, ¿verdad?

Sacudo la cabeza. Se me había olvidado lo que era tener cerca a una amiga tan observadora.

La secretaria, entonces, nos indica que ya podemos pasar al despacho de Mónica. Este está presidido por un enorme cartel que reza: «EL OTOÑO ES EL NUEVO INVIERNO».

–Me alegro mucho de verte de nuevo, Olvido. ¡Ayer, por un momento, me dio miedo que los contratiempos te desanimaran y decidieras abandonarnos!

La muy torpe lo dice de broma, pero no tiene ni idea de lo cercana a la verdad que ha estado. Así que me río ruidosamente como para quitarle importancia a esa idea.

–Un eslogan muy curioso –dice Olvido, señalando el cartel.

–Sí, tenemos un excelente departamento de creatividad. Con todo eso del calentamiento global, ya quedan cada vez menos sitios

con nieve. ¿Y qué va a hacer toda esa gente aficionada a los deportes de invierno? Pues aficionarse a los deportes de otoño.

Habla como un papagayo. Es un discurso aprendido y recitado tantas veces que no sé cómo no se aburre de repetirlo. Pero algo debo concederle: aunque se trate de un guion, una vez más, es un guion que ella se cree. Señala, por turno, las fotografías que tiene en la pared sin mirarlas siquiera.

–El senderismo, el ciclismo de montaña, el frontón, las tirolinas, la escalada… Todos son perfectos para disfrutar de la naturaleza en su esplendor. Y para las personas con menos movilidad tenemos las calesas y el yoga para séniors.

–Todo perfectamente organizado –dice Olvido.

Yo, que la conozco, sé que lo dice con un puntito de mofa. Pero Mónica no parece advertirlo.

–Aquí tienes la carpeta de información con todos los servicios de Otoño y sus números de teléfono. Como verás, formar parte del proyecto tiene muchos beneficios cooperativos, como descuentos en todas las actividades. Para nuestra empresa es muy importante hacer que vosotros, los emprendedores, os mantengáis saludables y motivados. Por eso ofrecemos talleres gratuitos de taichí y otras actividades.

Mónica le cuenta a Olvido que todos los alojamientos rurales de Otoño simplemente tienen que ocuparse de recibir a sus clientes, y no de encontrarlos. Todas las reservas se gestionan de manera centralizada a través de la web de la propia empresa, con lo cual Olvido no tiene que estar pendiente de publicitarse. Ella solo debe recibir a los huéspedes y hacer que se sientan como en su casa. La empresaria le explica cuáles son los perfiles típicos de las personas que buscan refugio en Otoño: normalmente se trata de gente muy tranquila que desea desconectar y hacer senderismo. Le dice que le pagarán un plus si en su casa no tiene wifi, algo que a Olvido le viene estupendamente.

–Esperamos que aquí encuentres un hogar apacible y feliz.

–Eso espero yo también…

Para quien no la conoce, a veces el tono de Olvido podría parecer algo hosco. Veo que, efectivamente, Mónica levanta una ceja.

–Te está gustando el pueblo, ¿verdad? Nos esforzamos mucho en que todo sea acogedor y entrañable.

–Desde luego, es difícil encontrar un sitio más encantador.

Pero el tono de Olvido sigue sin ser todo lo entusiasta que Mónica necesita.

–Tengo entendido que vienes de Barcelona, ¿verdad? ¡Un lugar muy bonito! Pero la última vez que fui estaba lleno de turistas.

–Eso es verdad. Aunque se concentran en algunos barrios.

–¿A qué te dedicabas allí, Olvido?

Mi amiga la observa durante unos segundos antes de responder.

–Era rentista. Heredé unos pisos de una tía solterona.

Tengo que contenerme para no soltar una carcajada. Está claro que Olvido no le va a dar información privada a la primera que se la pida. Mónica enarca las cejas, parece sorprendida.

–Vaya, ¡qué suerte!

–Bueno, no te creas. Hay que estar muy pendiente.

–Pero te sigue apeteciendo ser anfitriona, y esta vez en tu propia casa…

–Esperemos que todo vaya bien.

Se hace un silencio. Supongo que Mónica está acostumbrada a gente que le da respuestas más largas y que le hace más la pelota. Pero mucho me temo que pincha en hueso si pretende sonsacarle a Olvido nada más que lo necesario. Mi amiga es una persona muy reservada y me ha llevado décadas irme ganando, muy gradualmente, su confianza.

–¿Qué te gusta hacer en tu tiempo libre? –continúa Mónica.

Cuando estoy rezando para mis adentros, confiando en que mi amiga responda algo normal, sale con algo que no imaginaba:

–Taxidermia. Me encanta disecar pequeños mamíferos, sobre todo roedores, hurones, y liebres.

No hace falta mucho más para que Mónica, por fin, nos despida de su despacho. Ya estamos en la calle cuando Olvido me dice:

–Si esta señora se piensa que le voy a contar mi vida así de primeras… Y más cuando es evidente que solo quiere esa información para tener controlado a su entorno.

–A ver, es una empresaria y está acostumbrada a mover hilos. Pero hoy se ha encontrado la horma de su zapato. ¿Taxidermia? ¿En serio?

–Es lo mejor cuando quieres que alguien te deje en paz. Eso y la entomofagia.

–Seguro que cualquier «fagia» cumpliría ese cometido.

Olvido se echa a reír. Echaba de menos compartir bromas con ella.

Nos encontramos frente al escaparate de la oficina de turismo, que muestra fotografías de los paisajes del bosque, el balneario y los huertos de acerolas. Olvido se las queda mirando.

–¿Has estado en el balneario?

–Sí, alguna vez. Lo gestiona la familia más aristocrática de por aquí. Es todo como muy refinado. De tiros largos.

–Me gustaría que esos tiros fueran metafóricos, pero seguro que también les va la caza, ¿verdad?

–Durante siglos ha sido el deporte de los reyes de quienes desean imitarlos.

Olvido muestra comprensión, y yo sonrío al darme cuenta de que sigue captando lo que digo y también lo que no digo.

–Los bosques son impresionantes, desde luego. Tengo muchas ganas de dar un largo paseo por ellos.

–Enseguida estará todo en funcionamiento y tendrás un montón de tiempo libre, como yo.

Olvido suspira. En sus ojos asoma una tristeza que no acabo de comprender. No me ha contado nada respecto a los acontecimientos recientes en su vida, pero no seré yo la que vaya a preguntarle. Al menos hasta que no lleve un poco más de tiempo y esté segura de quedarse por aquí.

–No te imaginas cuánto lo necesito.

La agarro del brazo, con esa energía capaz de resolver todos los problemas que me sale de vez en cuando.

–Pues mientras tanto vamos a tomarnos un buen chocolate. Tengo entendido que esa sustancia es sustituto del deporte.

Olvido sonríe. Ella tiene la suerte de que siempre le ha gustado mantenerse en forma, al contrario que al común de los mortales.

–Creo que la cosa no era exactamente así… Pero no hace falta que sea sustituto de nada. Un chocolate siempre es autosuficiente.

–¿Tú crees? Porque con un cruasancito de mantequilla yo creo que hace muy buena compañía.

–Cuando tienes la razón, hay que dártela.

–Por cierto, Olvido, ¿sabías que el primer lugar donde se hizo chocolate a la taza en toda Europa fue precisamente aquí, en Aragón? Se dice que uno de los monjes que acompañaban a Hernán Cortés les envió a sus compañeros del Monasterio de Piedra algo de cacao y vainilla junto con la receta para elaborar la bebida.

–Los monjes vivían muy bien en esa época –asegura ella.

–No sé yo, creo que pasarían mucho frío… Pero muchas veces he pensado en esos hombres que, por casualidades del destino, fueron los primeros en probar una delicia de otro mundo, antes incluso que los reyes. ¿Qué debieron sentir al tener ese privilegio? ¿Les gustaría el sabor o les parecería demasiado extraño?

–Soy afortunada de contar con una guía local tan bien preparada –replica. Y me mira como diciendo «se te nota demasiado el esfuerzo».

Yo le respondo con una sonrisa de «no me importa que se me note mientras dé resultado y te encuentres a gusto aquí».

–¿Has estado en el Monasterio de Piedra?

–Lo cierto es que no –me confiesa Olvido–, y es uno de los lugares sobre los que he estado leyendo antes de venir.

–¡Pues tengo que llevarte!

Mientras le estoy contando lo que puede esperar de esa excursión, que yo he realizado tantas veces, nos encontramos con el alcalde, que va vestido con su equipo de caza.

–¿Qué tal, Xelo? Ya me dijo Victoria que te había mandado a Marcos para que te ayudara. ¡Espero que no causara demasiados estropicios!

Estamos frente a un político que conoce bien a sus conciudadanos.

–Nada grave, señor alcalde. Es un buen chico, pero no ha sido llamado por el camino de los objetos delicados.

El alcalde se ríe con franqueza, mostrando su dentadura impecable. Lleva una barba entrecana donde se hace evidente que es rubio natural, de longitud razonable y bien cuidada.

–¡Qué manera tan adecuada de expresarlo!

Observo que Olvido lo mira con atención. Me pregunto qué estará viendo en él.

–Esta debe de ser tu amiga, la que viene para encargarse del *bed and breakfast*. Mónica me lo estuvo contando.

–Sí, esta es Olvido. Olvido, Juan, nuestro alcalde.

Se saludan amablemente, sin bajar la mirada ni un segundo. Pero no dicen ni una palabra, así que me veo obligada a seguir charlando para que no se cree un momento de tensión. Me pasa muchísimas veces.

–¿Cuánto llevas en el puesto? ¿Veinte años?

–Un poquito más. ¡Nadie más quiere encargarse de todo el papeleo!

–¡No me extraña! –me río.

–Por cierto –se pone serio–, Xelo, sé que te has acercado a Victoria, y respecto a ese hijo mayor tan conflictivo que tiene… Quizá sería un buen momento para tomar distancia de ellos.

Suspiro. No sé bien qué decirle. Entiendo que cree que Héctor, quien hizo cosas reprobables en su juventud, podría estar envuelto de nuevo en algo… Pero considero a Victoria una amiga, y me entristecen este tipo de comentarios.

–Creo que Héctor es un buen chico. El pasado es el pasado. Y una madre nunca tiene la culpa de lo que hagan sus hijos, ¿verdad?

–Eres una buena mujer, Xelo. Como siempre, ha sido un placer charlar contigo. Encantado de conocerte, Olvido. ¡Me voy a desplumar estas perdices antes de que se haga de noche!

Nos despedimos. Olvido apenas hace comentarios sobre lo que ha sugerido de Héctor. Eso me da que pensar.

Estoy segura de que un observador casual no se daría cuenta, pero yo, que conozco a Olvido todo lo que ella se deja conocer, sé que está sorprendida. Este hombre le hace tilín. Sé que eso es algo inusual para mi amiga. Ella funciona a fuego lento. No se fía de las

primeras impresiones y me ha dicho muchas veces que los flechazos le parecen una tontería.

Pero no la puedo culpar. El alcalde es uno de esos tipos encantadores de una manera natural, educado, pero sin exceso de formalidad. Es sociable y auténtico, te mira a los ojos cuando te habla y tiene todos los signos de una autoestima sana. Además, tiene un cabello abundante, algo que sin duda le hace destacar en su…, digamos, franja demográfica. No se le conoce pareja, pero no parece un solterón vividor de esos que son alérgicos al compromiso. Tampoco hay rumores de que pueda ser gay. En definitiva: un misterio de hombre.

Ahora que lo pienso, creo que podría hacer buena pareja con Olvido. Deben de tener la misma edad. Son como dos sabores muy diferentes, pero armónicos, que jamás habrías pensado que pudieran ir juntos en un plato hasta que de repente los pruebas juntos y te dices: «¿cómo no se me había ocurrido antes?».

Por otra parte, no sé si sería buena idea intervenir en los asuntos amorosos de mi amiga. Quizá eso podría remover emociones que están mejor en el oscuro baúl del pasado, sin que nadie las moleste.

CAPÍTULO 6

MAGDALENA



Porras…, qué difícil es hacerse la encontradiza con la gente.

Me refiero al mundo real. Dentro de la abadía no es que sea fácil, es que resulta casi imposible no ver a todas y cada una de las que allí habitamos al menos una vez al día.

La hermana Adelina me ha dicho que la panadera se ha enterado por el cartero de que la mujer nueva, esa que yo pensaba que había sido policía, antes era detective privada. Sabía que era algo así, algo que implica saber cuidar de una misma e incluso llevar armas.

Siempre que pienso en cosas feas o me acuerdo de las pistolas me santiguo. El caso es que es alguien que puede ayudarme a resolver todo lo que está sucediendo en la abadía. Por eso estoy aquí esperando en el café El Oso y la Miel a que vuelva a aparecer.

He estado un buen rato en el ayuntamiento, que es el centro del pueblo por el que todo el mundo pasa, haciéndome la encontradiza, y me ha empezado a entrar un poco de frío. He visto salir al alcalde, que me ha saludado con galantería. Antes de ser monja me habría parecido que ese hombre tenía unos ojos muy bonitos. Aunque en realidad bonitos solo significa *bonitos*… A lo mejor una monja sí que puede pensar eso.

Es increíble la cantidad de dudas que tengo cada día respecto a lo que puedo hacer y no hacer, pensar y no pensar. Ahora que me he puesto a dedicarle tiempo a la investigación, soy consciente de que el simple hecho de sospechar de alguien no es demasiado apropiado para alguien que desea ser monja.

La mujer rubia de pelo corto entra por fin en la cafetería cuando yo ya voy por mi tercera infusión de poleo, y a lo mejor tanta menta se me está empezando a subir un poco a la cabeza. Tengo que recordarme a mí misma que no debo actuar de manera apresurada para no incomodarla. De modo que espero a que se haya sentado, cosa que hace en la misma mesa que el otro día. Es una persona de costumbres. Y me acerco a ella. No hay nadie más alrededor.

–Perdone…, ¿le importa que me siente con usted?

La mujer me examina atentamente, como si estuviera tratando de decidir si puede confiar en mí. Para ayudarla con eso, le sonrío poniendo mi cara más amable.

–No tengo previsto convertirme a ninguna religión –me asegura.

Claro, ahora soy una monja. Debo de tener esto en cuenta para futuras ocasiones.

–No, no se trata de eso. Solo serán un par de minutos, se lo prometo.

La mujer suspira y deja de lado el periódico.

–Es que he quedado, y la otra persona vendrá en cualquier momento.

–Pero *toavía* no ha *llegao*.

Siempre que intento caerle bien a alguien exagero un poco el acento sureño. Parece que funciona.

–Dos minutos –concede ella.

Su voz suena asertiva, que era como nos explicaban en la academia que teníamos que hablar. Yo nunca lo conseguí, y no solo porque en el sur sea más difícil, ya que nuestra manera de hablar es más amigable y divertida. Algo en mi personalidad me lo impedía. Pero la manera en que esta mujer se expresa es justo lo que nuestros formadores querían de nosotros. Transmite seguridad y autoridad.

–Mire, en la abadía estamos teniendo un problema de vandalismo. Es una situación muy extraña y nadie es capaz de saber qué está pasando.

–¿Y por qué me lo cuentas precisamente a mí?

Creo que debería haber preparado esta conversación un poco mejor.

–Me han dicho que usted antes era detective privada.

–¿Y tú te crees lo primero que te dice la gente?

¡Virgen santa, menudo apuro! ¿He venido a molestar a esta mujer tan solo por un cotilleo?

–Es que como tiene usted esa voz… y vi cómo ayudaba a Lauri el otro día, aquí mismo, cuando entró ese hombre.

–¿Qué tendrá que ver la voz con la profesión? Aunque, por otra parte, tengo que reconocer que tú tienes exactamente la voz que una esperaría de una monjita.

Veo que sonríe, y por fin me doy cuenta de que me está tomando el pelo. Eso me tranquiliza un poco.

–¿Dónde has oído que yo había sido detective?

–El cartero se lo dijo a la panadera y ella a la hermana Adelina y la hermana Adelina me lo ha contado a mí.

–Vaya, tan solo cuatro eslabones. Qué cadena más corta.

–Pero entonces…, ¿es verdad o no que usted se dedicó a investigar?

Ella se lo piensa antes de mover afirmativamente la cabeza.

–Me llamo Olvido –se presenta.

Tengo la sensación de que confía en mí, de que le caigo bien. Tengo que aprovechar esa oportunidad.

–Pues en la abadía…

Pero no puedo seguir hablando porque en ese momento llega Lauri y Olvido se pone de pie para recibirla.

–Muchas gracias por dejar que te invite a tomar algo después de lo que hiciste por mí el otro día –dice Lauri al sentarse–. Y a tu amiga también.

¡No sé qué hacer! ¿Debería irme? Me vuelvo hacia Olvido como para preguntarle, pero ella, al ser testigo de mi apuro, se limita a encogerse de hombros. Creo que se lo está pasando en grande.

–Me llamo Magdalena –me presento.

–Hola, yo soy Lauri. Trabajo en la joyería. Pero no se crea usted que solo tenemos cosas frívolas, hermana. También trabajamos los colgantes con crucifijos, las medallitas de santos, e incluso escapularios de bisutería. Fue una idea de mi padre.

El barbudo dueño de la cafetería se apresura a atender a Lauri en cuanto esta se sienta. Está claro que se trata de una buena clienta.

–Óscar, hoy tomaré esa infusión de *rooibos* con naranja y cacao. Y tráenos también la bandejita de *petits fours* que te pedí. Las dos podéis tomar azúcar, ¿verdad?

Ambas asentimos. Yo me sigo sintiendo un poco violenta por haberme sumado a esta merienda sin haber sido invitada, pero a estas alturas ya sería ridículo irme. Lo único que se me ocurre decir es lo siguiente:

–Me gustaría aprovechar –le digo a Lauri– para darle a usted las gracias por la donación de alimentos que nos hizo.

–No hay por qué darlas, hermana Magdalena. Los que hemos tenido suerte en la vida tenemos la obligación de compartirlo con los demás.

–Lauri, ¿siempre has sido joyera? –le pregunta Olvido.

–La verdad es que no soy exactamente joyera. Eso sería lo que les habría gustado a mis padres… Pero no era lo mío. Primero me mandaron a Madrid para que aprendiera a *engastar*, pero no se me daba bien. Intenté estudiar arte lapidario en Barcelona, que es como se llama el tallado de las gemas; lo dejé cuando me cargué un diamante de cuarenta mil euros. Después fui a París para estudiar diseño de joyas, pero en eso del diseño tampoco destacaba. No he heredado el talento de mi madre. Luego me enviaron a Milán para ver si por lo menos sería capaz de hacer fotografía de joyería…, pero tampoco hubo suerte. Lo único que se me da bien es ser simpática, atender a la gente y recomendarles cosas que creo que les van a gustar. Eso, afortunadamente, se me da muy bien.

–A mí ya me has dado ganas de ir a mirar esas medallitas –le digo, medio en serio medio en broma.

–¡Te tomo la palabra! –se ríe.

Sin duda es una chica encantadora. Pero a los pocos segundos de echarse a reír se pone seria de nuevo. Supongo que se ha acordado de que está de luto.

–Los *petits fours*…, he puesto dos de cada, y siempre habrá una que se quedará sin, no os peleéis.

La bandejita tiene un aspecto increíble, con una estética y unos acabados como de gran ciudad. Óscar enumera los sabores al tiempo que los señala:

–*Mousse* de avellanas con rizos de chocolate rosa, *cheesecake* de higos con sirope de brandi, mini tres leches con detalle de dulce de leche, milhojas de limón y chocolate blanco…

–Uy, ese es mi favorito –dice Lauri.

–… *purple velvet* de mora y coco, baklava con escarcha de mandarina, espuma de pistacho con cereza amarena, y nuestra especialidad premiada: el *peaches and cream*, melocotones con nata batida. Como dicen en inglés, ¡un matrimonio hecho en el cielo!

Creo que nunca en mi vida había tenido delante unos pastelitos tan tentadores.

–Estos no los había visto expuestos –le confieso a Óscar.

–Solo los hacemos bajo pedido –asegura antes de retirarse.

Lauri y Olvido cogen uno de los pastelitos al azar mientras siguen hablando, pero yo me quedo un poco bloqueada. El apuro de no haber sido invitada se me junta con el de tener delante semejante exquisitez que sin duda será carísima, con tantos ingredientes frescos y tan variados…

–Si dices que la joyería no era lo tuyo, ¿nunca has sentido ganas de dedicarte a otra cosa? –le pregunta Olvido.

–Era el negocio familiar, y siempre ha ido muy bien. ¿Qué clase de hija sería si no quisiera ayudar a mis padres?

Pienso en «una hija normal que tiene una vida propia», pero no me atrevo a decirlo. No hay que meterse en los asuntos de familia, que suelen ser delicados. Para mantener la boca cerrada, tras mucho dilema, cojo un *petit four* de mora y coco. En cuanto entra en mi boca, siento una sinfonía de sabores y matices. La frescura algo ácida y astringente del puré de moras combina de manera inesperada con la sabrosa manteca de coco.

–La verdad –prosigue Lauri en voz baja– es que en casa nunca se planteó que yo pudiera elegir qué hacer con mi vida. Mis padres siempre dieron por supuesto que trabajaría con ellos, y así ha sido.

–¿Qué te habría gustado ser? –le pregunto.

–Pues creo que… maestra. De pequeña me costaba un poco estudiar, con los libros no me apañaba, y sentía mucho agradecimiento hacia las personas que me explicaban bien las cosas para que no tuviera que estar leyéndolas yo sola.

Olvido asiente, comprensiva.

–Lo que más me gustaba, cuando era una niña –continúa Lauri–, era sentar a todas mis muñecas en filas y enseñarles lo que yo había aprendido en clase esos días. ¡Y creo que de paso me servía para repasar! Algunas muñecas lo entendían todo enseguida, pero a otras había que repetírselo varias veces. Cada alumna es diferente.

Lo cierto es que no me cuesta nada imaginarme a Lauri siendo muy paciente con las muñecas a las que le costara más esfuerzo aprenderse la lección. Me recuerda a la señorita Perales, la maestra más paciente que tuve.

–¿Y tú a qué te dedicabas antes de ser monja? –me pregunta por sorpresa.

Me quedo en blanco. No puedo mentir, porque ¡cómo va a mentir una hermana! Pero tampoco quiero que todo el mundo se entere de mi secreto.

–Era… era funcionaria pública.

–¿Ah, sí? ¿De qué tipo?

–De… de las que se encargan de ayudar a la gente.

Afortunadamente Lauri se da por satisfecha con esa respuesta y pasa a la siguiente miniatura de repostería. Pero Olvido me observa como si se hubiera dado cuenta de que yo estaba escurriendo el bulto. Sin duda ella es una persona introvertida, y detecta cuando alguien está lanzando evasivas si se siente incómodo. Lauri, por su parte, que es todo lo extrovertida posible, no ha percibido nada raro. Cuán cierto es eso de que no vemos el mundo como es, sino como somos nosotros.

Y como Olvido da unas respuestas cortísimas a las preguntas de Lauri, al final la conversación vuelve a centrarse en ella de forma natural. Lauri nos habla de lo inesperado que fue el fallecimiento de su madre, y de lo desamparada que se sintió.

–Mi madre siempre sabía qué hacer. Lo tenía todo claro y era una organizadora buenísima. Nunca se ponía nerviosa, pensaba que todo

tiene solución. Supongo que lo único que ya no tiene remedio… es que ella ya no esté.

Los ojos de Lauri se humedecen, y le tiemblan los labios. Es curioso ver lágrimas de tristeza en un rostro que está tan acostumbrado a obligarse a siempre sonreír y ser amable.

–Yo siempre la tuve a ella como red de protección. Cualquier error, cualquier paso en falso… Nada era nunca demasiado grave, poque mi madre me ayudaría, sabría qué hacer. Pero ahora ella no está, y soy yo la que tengo que ocupar ese lugar. La que tiene que estar tranquila y segura de las cosas. Y no sé si voy a ser capaz de estar a la altura. Y mi padre está hecho polvo. Siempre ha vivido bastante en su mundo, pero ahora está más ausente que nunca.

Mientras pongo cara de empatía, me las apaño para coger discretamente un milhojas de limón y chocolate blanco… Increíble. Lo primero que se percibe es el olor al almíbar de cáscara de limón. Y después el equilibrio de texturas entre el bizcocho empapado en zumo de limón, cuyo toque ácido hace contraste con las láminas crujientes de chocolate blanco y las chispas crocantes de almendra caramelizada.

–La encontré en el salón. En un primer instante pensé que se había caído, pero entonces, conociendo a mi madre, no se habría quedado calladita. Pero enseguida vi que su postura era demasiado extraña, y entonces me di cuenta de que no, que estaba muerta. Que ya nunca, jamás, volvería a hablar con ella. Desde que no está, todo lo que podía salir mal ha salido mal. No he tenido ni un día tranquilo, ni una sola gestión fácil. Por ejemplo, en el funeral tuve un problema con Telma, la maquilladora del pueblo. Como este es un sitio tan pequeño, ella se encarga de todo, incluyendo a los cadáveres. El caso es que mi madre iba muy arreglada, le encantaba pintarse, y siempre llevaba el mismo color de labios. Y Telma lo sabía muy bien. Pero cuando presentó el cadáver, le había puesto un *look* completamente distinto, algo que a mi madre la habría horrorizado. La dejó que no se parecía en nada a como ella solía arreglarse, estoy segura de que lo hizo a propósito. Está claro que no todas las maquilladoras son iguales. Y luego tuve que escribir el

obituario, elegir la frase para la lápida… Lo hice todo yo sola. Mi padre no estaba en condiciones.

Lauri cierra los ojos y suspira.

–Creo que me sale tan fácil hablar de esto con vosotras porque no la conocíais. Ella tenía una presencia tan fuerte, siempre con tanta energía… Cuando estaba ella, la gente no veía a nadie más. Yo siempre he sido «la hija de Carmen». Pero para vosotras soy simplemente Lauri.

Miro a Olvido esperando algunas palabras de consuelo, pero ella se queda callada. Sin saber muy bien qué hacer, pero siendo vagamente consciente de que las monjas tenemos que estar ahí para dar alivio y ánimo, sostengo la mano de Lauri.

–Muchas gracias, Magdalena. Han sido los peores días de mi vida. Le pedí a Telma que cambiara el maquillaje, pero me dijo que ella había cobrado por un trabajo y que ya lo había terminado. Así que me las tuve que apañar yo sola, le limpié como pude las partes más exageradas del maquillaje y le pinté los labios con su color de siempre. No podía dejar de llorar y se me cayó una lágrima y le hizo un churretón. Pero por lo menos conseguí que el cuerpo de mi madre se pareciera a ella. Si la hubiéramos sacado al velatorio de la otra manera, estoy segura de que hay gente que ni la habría reconocido.

Menos mal que Olvido interviene. No sé si sostenerle solo la mano es suficiente para tantas desgracias.

–Todo esto pasará, Lauri. Ahora estás en lo más difícil, pero cada día que pase te traerá un poco más de paz.

–Eso espero…, porque por ahora es un no parar. El médico ha pedido una autopsia.

Me dan ganas de calmarla diciéndole que las autopsias, muchas veces, son rutinarias y que no hay por qué alarmarse, pero quizá quedaría extraño que una monja hablase de ello con tanto conocimiento. Y, sobre todo, sería mentira. Lo habitual es que las pidan cuando hay indicios de algo que no encaja con una muerte natural.

–La autopsia ayudará a descubrir lo que pasó, Lauri –le asegura Olvido–. No acusarán a nadie sin motivo. Intenta mantener la calma,

pronto todo esto solo será un recuerdo.

Lauri se va al poco rato, poniéndose unas gafas de sol para que nadie le vea los ojos hinchados. Óscar le da un abrazo al salir.

–Pobre chica –dice Olvido.

–Sí…, es tremendo cuando pasa todo junto.

Nos quedamos en silencio, cada una pensando en sus cosas. Yo, desde luego, he tenido momentos tan horribles como el que está viviendo ahora Lauri, y estoy segura de que Olvido también.

–Antes eras policía, ¿verdad?

La deducción me deja de piedra.

–¿Cómo lo has sabido? –digo, tuteándola.

–La medallita de los ángeles custodios y tu tipo de calzado –dice ella, como si fuera evidente.

–Son unas botas muy cómodas –me disculpo.

–Son las que llevan el ochenta por ciento de los agentes de paisano. ¿Eras de la secreta?

–Había empezado a serlo poco antes de dejarlo.

La voz me sale más misteriosa y oscura de lo que habría deseado. Qué difícil es fingir naturalidad en cosas que nos afectan tanto…

–Comprendo –dice ella, sin que yo haya dicho nada que requiera comprensión. En cierto modo, siento que ve a través de mí–. Por eso me observabas tanto el otro día. Porque pensabas que yo era lo que tú habías sido.

Asiento con la cabeza.

Olvido se queda en silencio, y yo tampoco sé qué más decir. Pero se trata de un momento que me resulta cómodo. A veces, con algunas hermanas, llevo muy mal quedarnos sin palabras y estoy dispuesta a hablar de cualquier tontería con tal de evitarlo. Pero con Olvido es diferente. Ella es así por naturaleza.

Me como otro de los *petits fours*, el de melocotón en crema… Y comprendo perfectamente por qué lo premiaron. Menuda maravilla para los sentidos. Creo que incluso cierro los ojos de puro placer.

–¿Sabes coser?

La pregunta, una vez más, me descoloca un poco, pero la respuesta es muy sencilla.

–Muy bien. Casi no me dejan hacer otra cosa en la abadía.

–Entonces podemos llegar a un acuerdo. Te ayudaré con la investigación del vandalismo si me haces unos visillos.

–Trato hecho –le digo, contenta de que haya aceptado.

Nos quedamos mirando los *petits fours* que quedan.

–No podemos dejarlos ahí… –dejo caer.

–Sería una lástima, desde luego.

CAPÍTULO 7

XELO



Todo tiene mejor aspecto cuando suena Vivaldi.

Jamás se me ocurriría intentar venderle a alguien una antigüedad valiosa sin un poco de barroco de fondo. La música adecuada transmite esa sensación de refinamiento que nos hace aspirar a más, a algo mejor. Nos proyecta hacia esa vida elevada que merecemos. Y ese es el estado psicológico en el que la gente se gasta ochocientos euros en un objeto viejo que no le hace falta absolutamente para nada.

Y esa misma música también está transformando sutilmente la nueva casa de mi amiga. Las paredes han sido retocadas con tonalidades cálidas, acogedoras. Las estanterías de madera tallada ya albergan la cerámica y las copas, la señal de que esto ya es un hogar. La pequeña salamandra tira de maravilla, y sus llamas doradas se reflejan en la vitrina donde Olvido guarda sus libros.

–El chico está a punto de llegar –me dice Olvido.

Parece nerviosa. Es curioso que alguien sea capaz de mantener la sangre fría en situaciones que habrían hecho que cualquiera se miccionara en los pantalones y, en cambio, se altere por su voluntad de quedar bien ante un extraño. Supongo que ahí se mide el calado de los proyectos personales.

–Vamos a repasar la lista –le digo a Olvido.

–Vale, léela.

–Pintar los rodapiés.

–Hecho.

–Cambiar la lámpara del salón.

–Hecho.

–Los retoques de pintura de la cocina y el pasillo.

–Hechos.

–La cortina del baño.

–Puesta.

–Los visillos.

–Están ya encargados.

Miro a mi alrededor y respiro hondo al contemplar lo mucho que ha cambiado el espacio. Tras los retoques, la iluminación adecuada y los detalles de decoración, la mejora es astronómica.

–Muchas gracias por todas estas lámparas. Te las iré devolviendo a medida que encuentre otras.

–¡De eso nada! Son tuyas. Acéptalas como mi regalo de bienvenida.

Olvido deja la mirada fija en el suelo.

–No sé si se me da muy bien eso de aceptar…

–Lo importante es que cuando llegue tu primer inquilino se encuentre como en casa. No: mucho mejor que en casa. ¡Si no, la gente no viajaría!

–Por lo que me ha contado es músico. Pero me ha dicho que no me preocupe, que trabaja siempre con los cascos puestos.

Cuando suena el timbre, Olvido salta como accionada por un resorte.

–¿Landon? –pregunta al abrir la puerta.

–*It's me! Grasias* por *resibirme*. Mi *espaniol* todavía no muy bueno…

–Vas por buen camino. Adelante, por favor.

El chico entra en el salón y lo examina con deleite. Solo lleva una maleta tamaño cabina. Me admira mucho la gente que viaja ligera de equipaje. Yo no puedo ir ni al pueblo de al lado sin mi juego de cinco bultos.

–Este lugar más bonito que lugar del pasado *anio*…

–¿Ya habías estado antes en Otoño?

–Sí, sí, a mí gusta mucho *Otonio*, mucha *inspirasión* aquí… *I really love Vivaldi.*

–Permite que te presente a mi amiga Xelo. Xelo, Landon.

–Encantada. –Le doy la mano al joven.

–Mucho gusto –dice él, añadiendo úes después de las oes.

El chico es el perfecto retrato del artista romántico. Tiene el cabello a lo Beethoven, una bufandita al cuello, manos de porcelana que no han utilizado un taladro en toda su vida y una mirada soñadora que recuerda a la de un niño.

–¿Quieres una infusión calentita? *A hot herbal tea?*

Se lo repito en inglés porque veo que a la primera no lo ha pillado. Pero una vez que lo capta asiente con entusiasmo.

–*Yes, please*.

Olvido sube con él a enseñarle su habitación. Me da ternura verla tan atenta.

Mientras tanto, me encargo de las infusiones. Aunque esta no es mi cocina, es un poco como si lo fuera, ya que la he diseñado y decorado yo. Encuentro poleo menta, y le añado a la tetera una ramita de canela y un poco de cáscara de naranja.

Landon es sociable y se anima a tomarse la infusión con nosotras en lugar de refugiarse en su habitación. Nos cuenta que es un compositor *freelance* y que recibe muchos encargos de músicas ambientales.

–Hago melodías para las tiendas, para los *asensores*… Me gusta que personas se sientan bien cuando escuchan mi música. Quiero que imaginan cosas bonitas. Solo *accepto* encargos tranquilos, nada ruido, nada estrés, ¿comprende?

Ahora está trabajando en la banda sonora de un videojuego que tiene muchos capítulos de tema otoñal, por eso venir a nuestro pueblo le ha parecido la manera perfecta de inspirarse.

–Tengo que capturar la *esensia* del movimiento de hojas cuando caen, el ritmo, el idioma de todas cosas que solo suceden en *otonio*.

–Qué bonito hablas –le digo–. Eres un poco poeta.

–Poesía está por *tooodas* partes. –Sonríe el músico–. *Spesialmente* en *otonio*.

Entonces caigo en la cuenta.

–Oye, no has subido todavía al mirador, ¿verdad? –le pregunto a Olvido.

–No me ha dado tiempo…

–Pues vamos los tres. Es el lugar que explica por qué Otoño está donde está. Al contemplar las vistas, lo entenderás todo.

Mientras Olvido, Landon y yo caminamos hacia el mirador, nos detenemos una docena de veces para saludar. Le presento a Olvido a medio pueblo, incluyendo a Victoria.

–¿Qué tal con mi hijo? –me pregunta.

–Muy servicial –le aseguro–. Pero de verdad que no me hace falta, por ahora me apaño sola.

–Pues hija, yo estoy cada día peor con la ciática. Si no fuera por mis niños, no sé lo que haría.

Cuando se aleja unos pasos, le comento a Olvido:

–Sus niños son como dos megalitos.

–Ya me imagino. También se le ve buena complexión ósea a la señora.

–Victoria fue una de las primeras personas con las que establecí amistad al llegar aquí, me ha ayudado mucho. Supongo que no tenemos demasiados temas de conversación en común, pero le tengo cariño.

Una vez que salimos de las calles frecuentadas, no tardamos ni diez minutos andando en llegar al mirador, construido en la parte superior de la aldea de Fanlo. Desde allí, se contempla una vista panorámica de quitar el hipo.

–Hay que girar la cabeza para verla toda –comento.

Y es cierto. A la izquierda están los montes de Broto, el barranco Glera de Borrué, y a la derecha las faldas de toda la sierra. Es difícil contar cuántos picos pueden distinguirse. Las laderas están cubiertas de un bosque que exhibe todos los colores posibles de la estación.

–Mónica es muy ambiciosa. Empezó a idear el proyecto cuando se enteró de que estas laderas estaban siendo repobladas con especies de hoja caduca. Primero empezó con el hotel, ese de piedra gris que ves ahí abajo. Y a partir de ahí edificó su pequeño imperio otoñal.

–¿Os parece que regresemos? –les pregunto.

–Prefiero quedarme *uno* poco más por aquí –dice Landon–. Daré un laaargo paseo.

–Tú tienes los huesos jóvenes –comento.

La brisa me sopla en la cara, y lo interpreto como un recordatorio de que tengo que dejar de hablar. Olvido está deslumbrada por el paisaje, y es mejor que lo disfrute en silencio. Ya tendré tiempo de contarle más cosas cuando estemos en casa con una infusión entre las manos.

Cuando Olvido y yo pasamos por la calle de Lauri, vemos cómo los agentes de la Guardia Civil están escoltando a Fidel hasta uno de sus vehículos. Parece muy aturdido.

Un grupo de vecinas están alrededor de Lauri, tratando de ofrecerle algo de apoyo. Pero ella grita desesperada.

–¡No se lo pueden llevar! ¡Mi padre tiene párkinson! ¡Necesita su medicación! –Se vuelve hacia nosotras–, ¡Menos mal que estáis aquí! ¡Ayudadme, por favor!

Olvido se dirige al que parece el superior de los agentes.

–No suele venir bien que un anciano empeore o incluso sufra un ataque en el cuartelillo.

El hombre frunce el ceño, reflexiona durante unos instantes y luego se dirige a Lauri.

–Vaya a buscar las pastillas y escriba en un papel cuándo se las tiene que tomar. Rapidito.

Lauri sale corriendo a hacer lo que le dice el guardia civil.

Olvido sigue hablando con el agente.

–¿De verdad es necesario llevarse a un hombre en este estado?

–Seguimos órdenes.

–Hay muchas maneras de interpretar las instrucciones –responde ella.

–¿Qué pasa? ¿Qué pasa? –pregunta Fidel, mirando a un lado y a otro–. ¡No entiendo nada!

Me acerco a él. Tiene la mirada perdida y parece muy asustado.

–No te preocupes, Fidel –le digo–. Solo te quieren hacer unas preguntas.

–¿Y no me las pueden hacer en mi salón, que se está calentito?

–Señora, no hable con el detenido –me dice un agente joven.

Le sostengo la mirada al muy insolente mientras recito para mis adentros todas las palabras que se me ocurren que encajan con su actitud. Y, desde luego, son mucho peores que botarate.

–Todo va a ir bien –me despido de Fidel, apretándole la mano.

Lauri llega corriendo con las medicinas y el papel.

–Por favor, no le den sal. También lo he apuntado ahí. Tiene la tensión muy alta.

–¡Y dale con la sal! –protesta Fidel–. ¿Es que no se puede morir un hombre de lo que le dé la gana?

–Entre en el vehículo, por favor –concluyen los agentes.

Los dos coches de la Guardia Civil se alejan. Lauri se queda allí pasmada, con los ojos llenos de lágrimas, como si no fuera capaz de asimilar lo sucedido.

–Vamos para dentro, Lauri –le digo, abrazándola por los hombros.

–Sí, creo que es lo mejor.

Acompañamos a Lauri hasta la puerta. La pobre está como si la hubieran hipnotizado. Pero justo antes de entrar en su casa, se vuelve hacia Olvido.

–Olvido –le pregunta, en voz baja, ya que todas las vecinas están con la oreja puesta–, me han dicho que han detenido a mi padre como sospechoso…, creen que mató a mi madre.

Olvido asiente.

–Lauri, esto significa que han abierto una investigación tras la autopsia.

Lauri reprime un gemido de dolor.

–Tu padre no parece ser dueño de todas sus facultades –le hago notar–. Quizá, en un momento de enajenación, pudo hacer algo que…

Las vecinas no dejan de observarnos.

–¿Os importa pasar? Os invito a un café.

Lauri abre el portal, y entramos en un porche que da acceso a la puerta propiamente dicha. Una sola entrada, dos llaves. Quizá se tomen tan en serio la seguridad por dedicarse a la joyería.

Lauri nunca se independizó de sus padres. Ha sido criticada por ello, diciendo que lo hacía porque en realidad seguía siendo una niña que se negaba a asumir responsabilidades. La casa está decorada al estilo poco discreto de Carmen: cortinas dobles de raso en dos tonalidades, los muebles todos a juego, de una madera reluciente, y jarrones de estilo chino tan altos como Lauri prácticamente en cada rincón.

Nos sirve las bebidas en una bandejita de plata.

–Estoy segura de que él no tuvo nada que ver. Es verdad que a veces se queda algo confundido, pero nunca le he visto fuera de sí. Y aunque pudiera llegar a estarlo, mi padre es un pedazo de pan…, es el hombre más bueno del mundo. Es de los que sacan las arañas por la ventana para no matarlas. Ya me avisó Ernesto de que iban a abrir una investigación, pero él también está seguro de que mi padre es inocente.

Lauri se vuelve hacia Olvido.

–Tú trabajabas como detective, ¿verdad? Me lo dijeron en la frutería.

–Es imposible mantener el anonimato en este pueblo –refunfuña Olvido.

–Ayúdame, por favor. Seguro que tú sabes qué hacer para que mi padre vuelva a casa.

Olvido asiente.

–Lauri, cualquier dato que recuerdes podría servir para que dejaran en paz a tu padre. ¿Tu madre murió en casa?

Lauri asiente, y los ojos se le vuelven a llenar de lágrimas.

–Me la encontré en el suelo del salón, al lado del teléfono. Mi primera sensación fue que estaba limpiando, supongo que el cerebro no se espera nunca algo así. Pero enseguida me di cuenta de que algo iba muy muy mal. Por la postura en la que se había quedado en el suelo parecía que estuviera bailando sevillanas, ¿sabes? Por cómo tenía los brazos.

Se me rompe el corazón de oírselo contar.

–No se llevaban bien, ¿verdad?

–Se llevaban como todo el mundo. ¿O es que conoces a muchas parejas que no discutan? Sí, las que en realidad no se quieren. Mis padres se peleaban porque seguían intentando cambiarse el uno al otro después de tanto tiempo.

–¿Crees que alguna otra persona pudo entrar en tu casa aquel día?

Lauri asiente.

–Aquí entran muchas personas todos los días. La panadera, la lechera y el carnicero, a los que mi madre les compraba mucho, tenían la llave del porche. Dejaban ahí los alimentos, pero no tenían llave de la puerta principal. Quien quizá sí la tuviera…

Se detiene en seco, como si acabara de percatarse de la implicación de sus palabras.

–Lo que estoy diciendo no hará que más gente acabe detenida, ¿verdad?

–Lo más importante es descubrir la verdad –le recuerda Olvido.

Lauri se queda pensativa, mirando a un punto fijo en la pared.

–Sé que Lucho tenía llaves. Más de una vez entré en casa y supe que él estaba con mi madre. Aquí mismo, en la casa de la familia.

–¿Crees que él pudo matarla?

Me da la impresión de que Lauri está a punto de negarlo, pero algún pensamiento o recuerdo parece cruzarle por la mente.

–No lo sé. Supongo que sí.

Se la ve devastada.

–Haz lo posible por tranquilizarte –le aconseja Olvido–. Confía en la justicia, y si no, en la buena voluntad de los agentes. Puede que parezcan bruscos, pero también son humanos.

La voz de Olvido transmite una seguridad tal que me relaja incluso a mí.

–No sabes cuánto te lo agradezco –dice Lauri.

Regresamos a mi casa en silencio, dándole vueltas a todo lo sucedido.

–La lechera de la que hablaba Lauri es tu amiga Victoria, ¿verdad? La del hijo problemático –quiere saber Olvido.

No me queda más remedio que reconocer que sí.

Ya está cayendo la tarde cuando regresamos a casa de Olvido. Las farolas esparcen su luz anaranjada por los adoquines de piedra.

–No se puede negar que el pueblo es bonito –dice Olvido.

Ese comentario me llena de alegría. Entre mis guisos y la estética cuidada, poco a poco nos la ganaremos definitivamente.

–Por cierto, no he tenido la oportunidad de contarte que hice una especie de escucha ilegítima en el despacho de Mónica. Pero ahora entiendo muchas cosas.

–¿Cómo dices?

Le cuento a Olvido las peculiaridades de mi audífono regulable, y ella me mira con interés.

–Estás hecha una cotilla de última tecnología.

–Curiosa siempre he sido. Y si la tecnología no sirve para ayudarnos en la vida cotidiana, ¿para qué está?

Ella asiente cuando le explico lo que le dijo el doctor a Mónica, todo eso de que el cadáver parecía haber recibido golpes y arañazos después de la muerte.

–Quizá trataron de mover el cadáver sin ayuda por algún motivo.

–Eso fue exactamente lo que dijo Ernesto.

–Alguien ha considerado que hay indicios suficientes como para abrir una investigación y detener a Fidel. A lo mejor el doctor no contó todo lo que sabía.

–Es amigo de Fidel desde que eran unos críos. –Mi amiga espera unos segundos para crear efecto antes de añadir–: Te llevas muy bien con ese médico, ¿verdad?

–Sobre todo con su perro –le aseguro.

Esta Olvido no suelta prenda fácilmente respecto a sus propios asuntos, pero siempre le ha gustado estar al corriente de los del prójimo. Sé que la única moneda de cambio que tengo si quiero acabar enterándome de sus secretos son los míos propios, y que debo jugar bien mis cartas. Así que cambio de tema.

–Fidel es un hombre muy apreciado. Siempre tomaba café en el mismo bar, con la parroquia de toda la vida, y parecía inmune a las

habladurías. Parece alguien capaz de soportar cosas de su esposa que otros hombres no habrían aguantado, y la gente lo respeta por esa paciencia de santo. Daba la impresión de que nunca dejó de quererla.

–¿Cosas como una infidelidad?

–Parece ser que más de una, pero esta de Lucho fue muy sostenida en el tiempo. Por lo visto, llevaban juntos desde que Lauri era adolescente.

–Por eso él mencionó que debería llamarlo «padre». La verdad es que en la cafetería a nadie pareció extrañarle el comentario. Debía de ser la típica cosa de la que todo el pueblo está al corriente, una humillación para el marido, ¿verdad?

Asiento, y Olvido se queda pensativa.

–Por lo que me habéis contado, parece que Fidel es un hombre abnegado, lo que en algunos lugares se conoce como «calzonazos». No es que le diera igual lo que hiciera su mujer porque no la quería, parecía seguir sintiendo algo por ella. Quizá en otras circunstancias el orgullo habría sido más fuerte, y la vergüenza le hubiera hecho separarse. Pero trabajaban juntos. Fidel pudo pensar que no sería capaz de apañárselas profesionalmente sin ella.

–Es que de ninguna manera podría seguir él solo. Carmen diseñaba, montaba los escaparates y las fotos, era quien se encargaba de encontrar y fidelizar a los clientes, y estaba de cara al público. Eso son cuatro sueldos como mínimo.

Mi amiga asiente.

–Lauri está muy apegada a su padre.

–Desde que era una cría, por lo visto. Pero por otra parte es hija única, y la única confidente de su madre. Ha sido el apoyo de los dos, aunque ellos no se apoyaran entre sí más que profesionalmente.

–¿Crees que Fidel pudo acabar con la vida de su mujer?

–Pues no parece lo más probable, ya le has visto. Es muy poquita cosa, y además tiene párkinson.

–Si los asesinos y criminales se pudieran distinguir a simple vista, no existiría la ciencia forense y la justicia tendría muy poquito trabajo, Xelo…

–En eso tienes razón.

Y, una vez más, me pregunto qué oscuridades de la naturaleza humana habrá llegado a ver mi amiga. Y, por muy cotilla que sea, no sé si quiero enterarme.

Tras pensar en cómo puedo ayudar a la investigación, escribo un mensaje a Ernesto, el médico. Coqueteo con él lo justo antes de pedirle que cuando tengan los resultados de la autopsia de Carmen me diga algo. Él me asegura que así lo hará… Estoy segura de que, como mínimo, esto me va a costar una tarde entera de bailes de salón. También aprovecha para contarme que además de a Fidel, la Guardia Civil también ha detenido a Lucho.

Espero que no tengan que pasar mucho tiempo juntos en el calabozo.

CAPÍTULO 8

MAGDALENA



No debería estar cosiendo los visillos para Olvido mientras las demás se creen que estoy con el encargo para la capilla… Y menos en la sala común. Pero como las telas son casi del mismo tipo, ninguna parece haberse dado cuenta. Acabaré los visillos en un pispás y después me pondré a terminar los cubreradiadores. En el mundo real hace décadas que nadie los usa, pero aquí les encantan. De todas formas, acabaré enseguida.

Sí, ya sé que la Virgen lo ve todo. Pero si sabe todo también será consciente de que lo que estoy haciendo es por el bien de nuestra pequeña comunidad.

Esta misma mañana ha aparecido destrozada otra obra de arte. Esta vez ha sido una escultura del pequeño claustro cercano a los huertos. Un ángel que ha amanecido sin una de las alas. A la hora del desayuno todas hemos ido a verlo, sin que ninguna fuera capaz de comprender nada.

Primero, ¿qué pretende la persona que hace esto? Si se trata de algún tipo de protesta, ¿contra qué sería? ¿Qué sentido tiene causar daño tan solo por causarlo?

Algunas de nosotras se han puesto a elucubrar acerca de posibles «mensajes ocultos» en el acto de vandalismo. El hecho de que se tratara del ala izquierda parecía resultarles especialmente relevante. Es la que se encuentra justo debajo de esa misteriosa planta superior a la que se refería don Andrés.

Segundo: ¿por qué tomarse tantas molestias? Para que ninguna de las hermanas que duermen cerca se enterase de lo que estaba

sucediendo, quien fuera que cortase el ala de la figura de escayola la serró con todo el cuidado. Es posible que tardara varias horas, en medio de la noche, a oscuras. Trabajando a tientas en una noche sin apenas luna, y con una temperatura de lo más desapacible en el exterior.

Le pido perdón a la Virgen por todas mis mentirijillas. Me resulta más sencillo hablar con ella, es como que impone menos. Le explico que ante una situación tan peculiar necesitamos algo de ayuda. Y por eso estoy cosiendo los visillos que no debería. Debo tener cuidado, porque al otro lado de la habitación están dos hermanas que se pasan el día cuchicheando sin el menor disimulo. Cada vez que paso junto a ellas, les oigo decir cosas de «las de Ordesa», que son monjas de otra abadía de la misma orden que se supone que son nuestras rivales.

–Hermana, ¿cómo van los cobertores? –me pregunta la hermana Clementina, supervisora de costura.

–¡Bien! ¡Van bien! Pronto estarán listos.

La hermana se ajusta las gafas para fijarse en mi labor, pero yo la tapo parcialmente con las manos como quien no quiere la cosa. Entonces ella entrecierra los ojos como para fijarse mejor, y no me queda más remedio que utilizar una vieja táctica de distracción.

–¿Qué es ese ruido?

La hermana no está muy fina del oído.

–¿De qué ruido hablas?

–Es como si alguien estuviera corriendo por el pasillo. ¡Con la de veces que nos ha dicho usted que no hay que corretear como si fuéramos chiquillas por mucha prisa que tengamos!

La hermana sale disparada a investigar el presunto correteo y por fin me deja tranquila. Pero en lugar de volver a mi labor…, no sé si ha sido el toque de adrenalina, pero se me ha ocurrido una posible línea de investigación. En realidad, dos.

Guardo la labor en mi cesta, y me la llevo conmigo para que la hermana Clementina no continúe con sus pesquisas en mi ausencia. Y mientras camino hacia la lavandería, pienso en cómo enfocar mi pregunta para que no parezca demasiado extraña. «Hermana

Maeva, ¿por casualidad no vería usted rastros de un polvillo blanco en alguna de las prendas de las hermanas?».

Para cuando llego allí ya he decidido que lo mejor es contarle la verdad. Hacerla partícipe de mis sospechas y explicarle el contexto de mi pregunta: si alguien ha estado serrando escayola, debería haberse manchado la ropa. ¡Ya sería mala suerte que, entre casi doscientas hermanas, la culpable del vandalismo fuera justo la lavandera!

La hermana Maeva no puede ayudarme. Me explica que muchas hermanas prefieren lavarse sus propios hábitos, y que, además, *las de arriba* tienen una lavandería solo para ellas. Me queda claro que no obtendré información de utilidad en este departamento.

A continuación, miro el cuadrante de la limpieza. No tardo demasiado en localizar a las hermanas encargadas de barrer los pasillos a primera hora de esta misma mañana.

–¡Pues sí! Había un poco de polvillo blanco, como harina, que no nos explicábamos de dónde había salido.

¡Siento cómo la emoción detectivesca me llena de energía!

–Pero luego ya lo comprendimos. Una de las hermanas mayores estaba llevando sacos de harina al obrador y a la pobre se le había abierto uno.

Suspiro, decepcionada.

–¿Cuál de ellas?

–La mayor de todas. La verdad es que no sé por qué la ponen a llevar sacos a primera hora. No le veo mucha lógica.

Cabizbaja, doy la investigación del día por abandonada.

No sé si he dicho ya que una de mis películas preferidas de toda la vida es *Sonrisas y lágrimas*. Cuando algo me va mal, siempre me acuerdo de la escena de la tormenta: para subir el estado de ánimo hay que pensar en las cosas que a cada una más le gusten: la risa de los niños cuando están jugando, las puestas de sol en la montaña, los días de lluvia mientras estás en casa calentita o los campos de lavanda.

Para mí, una de esas cosas favoritas, uno de esos pensamientos alegres son, sin duda, desde pequeña, las pastelerías. Entrar en una de ellas y ver todas esas hileras de dulces, cada uno con su propia personalidad y todos a tu disposición, esperando que los escojas…

Sin embargo, recientemente, he descubierto que más todavía que las pastelerías, lo mágico es la trastienda donde se crean los dulces. La maravillosa alquimia donde se producen las transformaciones, suben las masas, se doran las superficies y las sustancias se impregnan unas de otras. El olor de los jarabes y confituras al hacerse, el sabor inigualable de la masa cruda.

Pienso todo esto al pasar *accidentalmente* junto al obrador y llenarme los pulmones con el aroma incomparable de tantas delicias. Todavía no me he atrevido a contarle a la hermana María que probé los pasteles de El Oso y la Miel, ya que a mi pecadillo inicial se sumaron después los *petits fours* y eso ya me parece demasiado grave para contarlo. ¿Qué monja se gastaría esa cantidad de dinero en algo de comer teniendo pasteles tan deliciosos en su propia abadía?

Y hablando de sospechas: veo, al otro lado del largo pasillo, una presencia que me observa. Me mira fijamente, para dejarme muy claro que estoy metiendo la pata y que ella se está dando cuenta. Tiene como rayos equis en los ojos. Es la mano derecha de la abadesa, la San Bernarda.

No se llama San Bernarda, Magdalena, y lo sabes perfectamente. Repítelo hasta que se te grabe en la mollera: hermana Bernarda. «*Hermana* Bernarda».

Lo malo de venir de un barrio como el mío es que lo de los motes y los apodos no los puedes evitar. Bien sabe la Virgen que lucho contra ello, pero algunos de estos sobrenombres se me agarran como garrapatas de las pequeñitas, de esas que se te pegan detrás de la oreja y no te das cuenta de que están y no hay manera de quitárselas.

Regreso con mi cesta a la sala común, algo fastidiada por tanta vigilancia. Por fin comprendo cómo debían de sentirse los criminales

cuando llevábamos tiempo rondándoles de cerca.

En la tele están dando las noticias. Primero, hablan de cosas de política que a nadie le interesan, pero muchas levantan la cabeza y miran la pantalla cuando hablan de la chica desaparecida en Zaragoza. El locutor expone:

«Descubierta la identidad de la mujer cuyo cuerpo se encontró flotando en las aguas del Ebro. Se trata de Sira Rodríguez, una conocida maquilladora que era habitual en los rodajes de cine y televisión. En su cuerpo se encontraron restos de al menos dos sustancias ilegales: GHB y la llamada "burundanga" Ambas suelen ser utilizadas para producir desconcierto y pérdidas de memoria en intentos de violación».

Algunas hermanas se santiguan y otras sacuden la cabeza con pesadumbre, mascullando plegarias para sus adentros.

«El mundo del espectáculo está consternado y muchos rostros conocidos se han sumado a las manifestaciones de dolor por esta pérdida. La última película en la que había trabajado era *Solomillo de hombre blanco a las finas hierbas*, del conocido cineasta Aitor Zuara».

Ahora son todas las que se santiguan. Yo también, claro, para no llamar la atención.

La imagen del locutor da paso a la del conocido director de cine, famoso no solo por sus películas sino por su aspecto provocador. Esta vez lleva una prenda negra de diseño decorada con calaveras de purpurina roja, junto con su habitual pelo largo por un lado y corto por el otro. Se expresa con un amaneramiento sin complejos.

–¿Y esa quién es? –pregunta una de las hermanas de más edad.

–Es un hombre, hermana Remedios.

–Sí, sí… –dice esta, desconfiando por completo de su interlocutora y regresando a su labor.

«Sira era no solo una excelente profesional, con una creatividad y un nivel técnico apabullante, sino una amiga entrañable a la que muchos echaremos de menos. Teníamos mucha suerte de que no nos hubiera abandonado ya para irse a Hollywood».

El locutor de las noticias regresa para explicar:

«Lo último que se sabía de ella, por su entorno cercano, fue que la llamaron para hacer un trabajo muy confidencial».

Justo en ese momento, la hermana a la que no debo referirme en mi interior como San Bernarda se asoma por la puerta.

–Hermana Magdalena, la abadesa requiere su presencia.

Todas las miradas se vuelven hacia mí. Pocas veces en mi vida me han acribillado tantos ojos con las cejas enarcadas. Debe de ser poco frecuente que la madre llame a alguien a su despacho.

Algo azorada, al menos me acuerdo de llevarme mi cesta. Habría sido bastante torpe que me pillaran por despistada.

La antesala del despacho de la madre impone respeto. Es uno de esos recibidores de madera color nogal a la que encima le echaban betún de Judea para que quedara bien envejecida. Es un tipo de espacio que relaciono con la generación de mis abuelos, y con el intento de la Iglesia por infundir «temor de Dios»

–Adelante.

–Madre, me dijeron que quería hablar conmigo.

–Así es, Magdalena. Pasa, por favor, siéntate.

San Bernarda tarda muchísimo en cerrar la puerta del todo tras de sí, como si quisiera enterarse de qué va la cosa, pero la madre no empieza a hablar hasta que eso ha sucedido.

–Magdalena, ¿qué habíamos hablado acerca de hacer investigaciones en la abadía?

–Madre…, yo…, la verdad es que pensaba que…, solo he hecho algunas preguntas sin importancia, algo que no puede hacer daño a nadie… Ya sé que usted me dijo que no debía preocuparme por eso, pero ¿cómo no hacerlo cuando están pasando cosas malas? ¿Cómo se queda una quietecita haciendo bordados? Cuando suceden este tipo de cosas a mi alrededor y no hago nada, me siento muy inquieta. Y también, madre, he estado pensando… en eso que me dijo usted de las abejas el día que vine. Me explicó que esta abadía es como una colmena y que todas teníamos que trabajar unidas para cuidar y mantener la colmena. Pues he pensado que yo soy una abeja…, a ver, ya sé que no soy una abeja de verdad, pero usted ya

me entiende…, quizá yo soy una abeja de las que guardan la colmena. Una vigilante.

Me acelero al hablar. ¡Qué mal me estoy expresando! Me pasa mucho cuando me pongo nerviosa. Me gustaría poder enunciar mis ideas con claridad, tal y como las tengo en la cabeza, pero la abadesa me mira con esos ojos que parecen saberlo todo, y me aturullo.

A nadie le gusta que lo pongan en cuestión, que pierdan la confianza. Me doy cuenta de lo desagradable que me resultaría tener que irme de aquí. Me ha costado mucho llegar a tomar las decisiones que me han llevado hasta esta abadía, tan lejos de mi casa, y creo que al menos merezco la oportunidad de intentar adaptarme y encontrar aquí mi sitio.

–Por favor, madre, déjeme ayudar. Sé que puedo hacerlo. Quiero aportar mis cualidades a esta comunidad. Mi experiencia…, mi vida anterior…, así todo eso no habrá sido en vano. El Señor tiene un plan para cada persona, ¿no es verdad? Y a mí, por algún motivo, me ha traído hasta aquí.

La abadesa me observa durante un largo rato. No tengo ni idea de lo que está pensando. Supongo que ser impenetrable es una cualidad muy útil para alcanzar cualquier puesto de poder.

–¿De verdad te importa quedarte aquí?

No me esperaba esa pregunta. La abadesa ha dado completamente en el clavo. Supongo que una no llega a ser directora espiritual de nada si no tiene una comprensión de las motivaciones de la gente. Asiento con la cabeza, porque me da miedo que se me note la emoción en la voz si intento hablar.

–He estado reflexionando sobre todo esto, hermana Magdalena. Y la verdad es que tu razonamiento acerca de las abejas guardianas no se aleja mucho de lo que había estado pensando.

No puedo evitar pensar en San Bernarda. Ella, desde luego, ejerce como abeja guardiana para la madre. ¿Habría sitio para una más?

–Tu experiencia es inusual. Supongo que en otras congregaciones no habría habido sitio para alguien como tú.

–No lo hubo –reconozco.

Tampoco es que solicitara ingresar en muchas de ellas, ya que estudié sus características antes de postular. Tenía muy claro que no quería una clausura, entre otras cosas. Pero es cierto que en los otros dos monasterios donde lo intenté fui amablemente rechazada.

Ella me mira a los ojos.

–Sé que quieres ayudar.

–Y yo sé que puedo hacerlo.

Se hace un silencio.

–Está bien, Magdalena. Voy a autorizar tu pequeña investigación. Todo esto de los destrozos está siendo un verdadero quebradero de cabeza, y perturba la paz de nuestra abadía.

El corazón me late como un potrillo. Trato de respirar hondo. ¿Ha sucedido lo que yo creo que ha sucedido? ¿La madre me ha pedido ayuda para resolver de una vez el misterio?

En el ambiente de los casinos, que he frecuentado en cumplimiento del deber, se decía mucho eso de «aprovechar la racha». Y a eso me dispongo.

–Ha llegado una mujer al pueblo que podría ayudarnos. Es una detective jubilada, tiene mucha experiencia.

–¿Has hablado con ella?

No serviría de nada mentir, de modo que lo reconozco con cierta culpabilidad.

Le cuento a la madre la escena en la que Olvido defendió a Lauri sin conocerla de nada.

–Me ha dado mucha sensación de confianza.

–Los detectives privados son gente acostumbrada a ser discreta, ¿verdad?

–Así es. Les va el prestigio en ello, y supongo que a veces incluso la vida.

La abadesa sacude ligeramente la cabeza mientras piensa. Me recuerda a un ave, a una lechuza sabia y meditativa.

–Tráela. Tengo que verla para saber si estoy cómoda con ella rondando por aquí.

–Así lo haré.

–De momento, debes seguir comportándote como hasta ahora, y cumpliendo tus obligaciones igual que siempre. Un vigilante es

mucho más eficaz si la gente no se da cuenta de que está vigilando.

Asiento, pero al mismo tiempo recuerdo que San Bernarda ha sido realmente un obstáculo hoy.

–Perdone, madre, pero S… Bernarda, ¿tampoco lo sabrá? Porque creo que sería mejor que ella sí que estuviera al corriente. Si no, puede pensar que hago cosas muy raras, como ha sucedido hoy.

La abadesa se lo piensa.

–Tienes razón. Ella sí lo sabrá. Pero las demás deben creer que sigues siendo una novata obediente e inofensiva… Y eso incluye que en la sala de costura te ocupes de las labores que te han encargado.

Siento cómo la sangre me tiñe los carrillos.

–Sí, madre. Tendré mucho más cuidado.

–Así me gusta.

Ya estoy saliendo cuando la madre me dice:

–Magdalena…, confío en ti.

¡Menudas tres palabras para animarme el día!

CAPÍTULO 9

XELO



Landon es uno de esos chicos que me hace desear tener treinta años menos. No solo porque en ese caso podría guiñarle el ojo y hacerle proposiciones poco respetables, sino porque el tipo de entusiasmo que manifiesta ante la vida es más fácil tenerlo antes de que te hayan pasado determinadas cosas.

Y quizá sea su presencia la que me ha animado a acercarme a la peluquería. Soy coqueta, a la vista está, y justo por eso me gusta teñirme sola en casa. Que te envuelvan la cabeza en silicona no es demasiado favorecedor, aunque es preferible al papel de plata de antaño. Pero bien cierto es que la experiencia de ir al salón es agradable por las charlas, y que el resultado suele ser mucho mejor que hacérselo una misma. Vamos, que me he dado el capricho.

Las peluqueras son hermanas mellizas. Se supone que son diferentes, pero a mí me cuesta mucho distinguirlas, así que a las dos las llamo *cari*.

Hoy no hay demasiada gente, así que es el mejor día no solo para que te atiendan bien, sino porque la relativa intimidad propicia los cotilleos. Y eso es lo que me encuentro. Una de las *caris* le cuenta a la señora que tengo al lado algo que, por lo visto, todo el mundo sabe. Carmen no era la única amante de Lucho. Este también pasaba tiempo a solas con la carnicera, que era todo lo contrario de ella tanto en físico como en personalidad.

La otra *cari*, mientras escuchamos, me pone al corriente de que hay quien dice que los carniceros solo siguen casados por cuestiones económicas relativas al negocio que tienen juntos.

–Sin embargo –asegura mi *cari*–, yo estoy segura de que al menos él la sigue queriendo. Incluso demasiado, no sé si me entiendes.

La otra *cari* sigue contando que Dolores, la carnicera, parecía estar muy celosa de Carmen por lo de Lucho, y porque ella también fue novia de Damián, su marido, cuando eran jóvenes.

–¿En serio? –le pregunto.

–Sí, sí. Salieron un par de años cuando eran veinteañeros. Al padre de ella, Damián no le gustaba nada, y parece ser que por eso Carmen lo acabó dejando. Y Lucho nunca lo superó del todo. Pero además Dolores estaba resentida contra ella porque Carmen, a veces, se hacía traer la carne desde Boltaña, según Dolores, para presumir de rica.

Mi *cari* continúa con el cotilleo:

–Parece ser que una vez, cuando Dolores ya estaba liada con Lucho, le vendió a Carmen una pieza de carne que estaba intoxicada. Carmen se hartó de contarlo por ahí y de hacerle mala prensa, sugiriendo que había intentado matarla.

–Pero no dejó de ser su clienta habitual –hago notar.

Ellas mueven la cabeza de arriba abajo, como si no lo acabaran de comprender.

–La verdad es que no le envidio a la pobre Carmen ni al marido ni al amante –dice la otra clienta–. El uno, un soso sin sangre en las venas. Y el otro…, un borrachuzo con demasiada.

–A mí no me da buena espina Fidel –confiesa su *cari*–. Nunca me la ha dado. Desconfío de alguien que no tiene ni un solo amigo y que se pasa todo el día solo. Y una vez… Era casi de noche, y cuando él se creía que nadie le estaba observando, le vi ahogar a una camada de gatitos recién nacidos.

Una de las *caris* se santigua.

–Cuánta barbarie hay en el mundo.

Se hace un silencio. Pero yo noto que mi *cari* se muere de ganas de volver a intervenir.

–Pero eso no es lo peor. Prometí que no diría nada, pero ante los recientes acontecimientos… no tengo más remedio que contarlo. Hace veinte años, lo que le pasó en el ojo a Damián no fue un

accidente. Hasta ahí puedo contar. Yo de verdad que no entiendo cómo esos dos siguen casados, con lo mal que se llevan.

Cuando Olvido llega a mi casa, antes de que baje Landon, lo primero que hago es contarle lo que he escuchado.

–Menos mal que existen las peluquerías –bromea ella.

–Sin duda son una gran fuente de información. ¿Qué opinas de todo esto?

–Esa pareja de carniceros merecen todo nuestro interés, desde luego. Recuerda que Lauri nos contó que los proveedores tenían llave de la puerta exterior, y los carniceros estaban entre ellos.

Reflexiona un momento.

–Imagínate que la historia entre Carmen y Lucho estuviera a punto de convertirse en alguna otra cosa más seria. Que ella se hubiera atrevido, por fin, a dar el paso de divorciarse y hacerlo oficial.

–Eso encajaría con lo que le dijo a Lauri acerca de que debería llamarlo «padre».

–Pero ten cuidado, que, por lo visto, pueden ser un poco peligrosos. Sobre todo ella.

–Así es. ¿Y si Dolores se enteró y tuvo uno de esos arranques de celos de los que sabemos que es capaz? En una situación como esa, habría tenido el motivo, y también la llave.

–La llave de la primera puerta…

–Sigamos imaginando. Si yo quisiera matar a alguien y tuviera la llave de un porche que no se ve desde la calle, solo tendría que enterarme de los horarios de los demás habitantes de la casa. Entraría entonces en el porche poco antes de que ella llegara, la esperaría, la mataría o aturdiría en el porche, y después, utilizando su propia llave, metería el cadáver en la casa. Eso explicaría que el cuerpo hubiera sido movido.

Lleno de aire los pulmones, impresionada.

–¡Todo encaja!

–No encaja nada, tan solo es una teoría. Una posibilidad entre muchísimas otras. Pero merece la pena investigarla. Y hay otra cosa,

algo que me ha estado dando vueltas en la cabeza…

–Cuéntame –le pido, intrigada.

–La maquilladora de cadáveres. Lauri describió la escena como si la mujer hubiera perjudicado a propósito la imagen de Carmen, es decir, como si tuviese algo contra ella.

–Telma. Es increíble que se pueda ganar la vida como maquilladora con un pulso tan malo y un sentido del color tan mediocre. Una vez le pedí que me maquillara y no sabes la que me lio, vamos, es que nunca más. Pero no tiene mal carácter en general.

–Lo que hace todavía más extraño que se mostrara tan maleducada con alguien que acaba de perder a su madre. También habrá que hablar con ella.

Me he esmerado con la cena. Tener cerca a alguien que disfruta de cómo cocinas es un estímulo para la creatividad, y, en este momento, no solo tengo a uno sino a dos.

–Estaba para ponerte un piso, Xelo –dice Olvido.

Del *risotto* con setas locales no han quedado ni granitos sueltos en los platos.

–*Simply delicious* –reconoce Landon.

En realidad, no debería llamarlo *risotto*, porque no se trata de una versión ortodoxa de famoso plato italiano sino de mi propia interpretación. Por ejemplo, pongo la mitad de leche en el agua de cocción, algo que a una *nonna* le haría llevarse las manos a la cabeza. Es una pequeña licencia que me obliga a remover el doble, pero el resultado es tan cremoso que merece la pena.

–Lleva perrechico y seta de cardo –les cuento–. Son especies típicas del Pirineo. Aquí está prohibido que la gente recoja setas, entre otras cosas porque hay muchísimas especies y hay que conocerlas bien. Pero en el pueblo tenemos un proveedor de confianza, que casualmente es el alcalde.

–Aquí en Europa las personas *apresian* las setas… En mi país no les damos mucha *importansia*.

–A Olvido le gusta mucho irlas a buscar, ¿verdad? Tendrás que aliarte con el señor alcalde para acompañarlos en sus recogidas.

–No se me da demasiado bien tratar con las autoridades, ya sabes…

–No te preocupes, es un hombre encantador y educadísimo. Creo que os llevaréis bien.

–¿Hay muchas setas por aquí, entonces? –pregunta mi amiga con mirada golosa.

–Montones. En parte por el glaciar que hay en la cima, y las nieves perpetuas; eso hace que se mantenga la humedad del bosque. Y en parte porque este parque natural tiene muchos ecosistemas diferentes, lo que hace que exista mucha variedad tanto de plantas como de hongos.

–Interesante –sonríe ella–. ¡Creo que ya va siendo el momento de planear una buena excursión!

–Os voy a dejar que vayáis vosotros dos, porque no quiero retrasaros con mi artritis. Eso sí: yo me encargo de prepararos un buen pícnic.

–Me están tratando demasiado bien –dice Landon.

–Uy, pues aún no has visto el postre –anuncia Olvido–. He traído dulces de las monjitas, para probarlos. ¿Te he contado que me estoy haciendo amiga de una de ellas?

–¡No me habías dicho nada! No sabía que hubieras conocido a nadie de por aquí aparte de Lauri.

–Me ha pedido ayuda para un problema que tienen en la abadía. He quedado mañana en ir a ver a la abadesa para que me cuenten qué puedo hacer por ellas.

Noto cómo se me forma una sonrisita pícara, y le digo a Olvido en voz baja:

–Así que, después de todo, sí que estás dispuesta a meterte en nuevas investigaciones. Ya van dos.

–Me parecía feo decirles que no a unas monjitas. Lo que sea que les sucede, no puede ser tan complicado.

–Nunca la he conocido en persona a la abadesa. Dicen que es una mujer que lleva aquello con mano de hierro.

–¿Mano de hierro? –pregunta Landon.

–Significa que es una líder estricta, que tiene mucho control sobre lo que ocurre en la abadía.

–Comprendo…, nosotros decimos *iron fist*, puño de hierro. Creo que es lo mismo.

–Sí. Una persona firme y poderosa –corroboro.

–Ya veremos cuál es su estilo –pondera Olvido, pensativa.

Los dulces de las monjas son muy ricos, pero algo empalagosos.

–No me he aprendido bien los nombres –dice Olvido al quitarles el papel de confitería.

–Yo me los sé, no te preocupes. Estos son dobladillos de canela, estos, pastillos de miel y estos son cortes de pastel ruso. Todos típicos de la región.

–¡Mmm! Buenísimo –comenta Landon–. Si en los *stados* supieran *tan* rico que es pastel ruso, no habría tanta manía a ese país.

–¡Seguro! –me río–. No necesitamos más políticos y diplomáticos sino más pasteleros.

Es una sobremesa perfecta. Nos llevamos los dulces junto a la chimenea y, mientras ellos se toman sus infusiones, yo me sirvo una copita de moscatel. La operación Hacer Que Olvido Se Sienta A Gusto va viento en popa.

–Esta noche yo dar concierto para vosotras –nos anuncia Landon.

–¡Sería estupendo! ¿Nos vas a tocar lo que estás componiendo ahora?

–Una parte, sí. Muy útil para mí saber opinión.

–Será un placer escucharte, Landon –le asegura Olvido.

Nos quedamos los tres mirando al fuego, y, por un momento, el mundo es perfecto. Con buena compañía, el estómago lleno y la cálida chimenea frente a nosotros, estamos tan a gusto como lirones en su madriguera. No hace falta nada más.

Pero ese instante de perfección, como suele suceder, no dura demasiado. En este caso, es el timbre el que perturba la paz de nuestra apacible fogata.

–A quién se le ocurre llamar a una casa a la hora de la siesta –gruñe Olvido mientras se levanta para abrir.

–No sabía que siesta era real… –se sorprende Landon–. Pensaba que era solo cliché, un mito de tiempos…

–No se suele molestar a la gente entre la hora de comer y las cinco de la tarde, por si acaso –le explico.

Olvido regresa al salón en compañía de la empresaria de Otoño.

–¡Mónica! –me sorprendo–. ¿Qué te trae por aquí?

–Tenemos una especie de emergencia. Puede que al final no sea nada, pero si llegara a serlo, se trata de algo que podría hacernos mucho daño.

–Toma asiento, por favor –la invita Olvido.

Mónica asiente.

–De acuerdo. No sé si habéis visto en las noticias que una chica desapareció en Zaragoza y después encontraron su cadáver en el río. Un asunto muy triste, una tragedia. Pues bien: la Guardia Civil ha descubierto que antes de ir a Zaragoza visitó precisamente esta comarca, y están haciendo un montón de preguntas.

Landon sacude la cabeza, preocupado.

–Pobre chica…

–Yo no he conseguido la información acerca del lugar concreto en el que estuvo la chica, pero sé que la Guardia Civil sí que la tiene. Ubicaciones del móvil y esas cosas. Y me temo que podría tratarse de Otoño. Es el lugar más turístico de los alrededores.

Olvido asiente.

–El caso es que no nos conviene nada que relacionen Otoño con un posible crimen. Sería horrible para el turismo, en plena temporada. Por eso había pensado –mira a Olvido–… que podrías investigar un poquito. Me he enterado de que antes te dedicabas a ello.

–Precisamente por eso no quería contarlo, porque ya estoy retirada…

–Un descenso en los visitantes repercutiría en todos los negocios de por aquí. Sería algo negativo para la comunidad entera.

En eso tiene razón. Sé que hay gente, como Victoria, por ejemplo, que ha estado pasando apuros y confiaba en los meses fríos para recuperarse. Yo misma tengo puestas expectativas en la temporada alta que sería un fastidio que no se cumplieran.

–Podemos ir a preguntar a la Guardia Civil –le digo a Olvido, mientras me toco discretamente el audífono.

Ella sacude la cabeza de un lado a otro, dejando escapar un suspiro.

–¿Seréis capaces de obtener información que a mí no me han querido dar?

–No perdemos nada por intentarlo –dice Olvido–. ¿Es allí donde tienen detenidos a Fidel y a Lucho?

–A Lucho lo soltaron enseguida –explica Mónica–. Fidel sigue retenido en Boltaña hasta que lo pongan a disposición judicial.

Landon nos observa con cara interrogativa. Hay mucha información que se está perdiendo.

–Está bien, vayamos de una vez –concede Olvido–. Espero que acabemos deprisa con esto.

–Muchas gracias –nos dice Mónica, siempre educada.

–Landon, regresaremos en menos de dos horas –le explica Olvido–. ¿Tienes todo lo que necesitas?

–Oh, sí, muchas *grasias*. ¡Suerte con esta misión *spesial*!

Caramba… Puede que, después de todo, el americano se haya enterado de más de lo que daba la impresión.

Fiscal es un pueblo construido alrededor del río, con unas hermosas vistas. Tiene muchos menos comercios que Otoño y desde luego no está decorado del mismo modo, pero a cambio tiene el encanto de lo auténtico.

–Vaya…, mira ese bar. Es de toda la vida, ¿eh? –me hace notar Olvido.

–Es como si hubiéramos retrocedido treinta años en el tiempo.

En el bar no se ve a una sola mujer. Todos los parroquianos sin excepción están fumando y dan la sensación de no tener nada que hacer. Es más: se diría que el tiempo no les afecta, que ni siquiera va con ellos. Es como si fueran inmunes a las prisas.

La casa cuartel parece un bloque de apartamentos tirando a elegante, con tejados de pizarra a dos aguas con ventanitas y chimeneas. El recinto está protegido por una puerta de metal.

–¿Qué excusa vamos a poner para que nos dejen entrar?

–Supongo que lo más habitual es denunciar un robo –suspira Olvido–. Podemos decir que unos adolescentes te arrancaron el móvil de un tirón.

–¿Y por qué me tienen que haber robado a mí y no a ti? ¿Es que me estás llamando vieja enclenque?

Olvido pone los ojos en blanco.

–Xelo, recuerda que todo esto es tan solo una estratagema para que puedas escuchar, ¿de acuerdo? Me has explicado antes que el audífono está hecho a medida y que no puedo llevarlo yo. Y apaga el móvil por si acaso.

–Nadie me llama nunca.

–Sería más prudente que lo apagaras de todas formas.

Aún refunfuñando por lo ofensivo que me ha parecido que Olvido diera por supuesto que si robaban a una de nosotras dos tendría que ser a mí, aprieto el botón de apagar durante dos segundos y me vuelvo a meter el móvil en el bolso.

Nos abren la cancela, atravesamos el patio y entramos en la recepción. Olvido expone con todo detalle cómo ha tenido lugar el supuesto robo. Después nos piden que esperemos en un par de sillas que llevan en el mismo lugar desde los años setenta del siglo pasado. Es mi momento para aumentar la sensibilidad del audífono para ver si me entero de algo, pero antes le digo a Olvido:

–Por favor, no hables fuerte.

Ella asiente.

Sin embargo, no me da tiempo a escuchar gran cosa, ya que a los dos minutos sale uno de los agentes con un par de impresos para que los rellene. Tardo todo lo que puedo en hacerlo, pero los papeles no tienen demasiados campos. Se nos acaba la excusa para seguir allí.

Giro la cabeza hacia Olvido como para preguntarle qué hacemos, pero se encoge levemente de hombros. ¡Entonces soy yo la que tiene la gran idea!

–Perdone, ¿podría ir al baño? Con el disgusto por el robo del móvil me he tomado tres cafés y me han caído mal. Muy mal, no sé si sabe a lo que me refiero.

–Eh…, sí, señora –dice el guardia, mirándome horrorizado–. Es esa misma puerta.

Olvido me felicita por mi creatividad con un alzamiento de ceja, y yo me apresuro a entrar en el cuarto de baño que, además, está un poco más cerca del despacho donde están reunidos los demás.

El baño está regular de limpio. No huele lo que se dice a jazmín y rosas. Es uno de esos espacios que son utilizados por personas muy poco exigentes con la higiene, e incluso ronda por ahí el último tubito de cartón del rollo de papel recién gastado.

Eso me da otra idea. ¿Cuántas veces hemos visto en las películas que la gente utiliza un vaso para oír mejor lo que sucede al otro lado de una pared? Supongo que un tubo de cartón puede producir un efecto parecido…, la caja de resonancia menos glamurosa del mundo, vaya. Una vez salí con un lutier. Como me oyera siquiera pensar en esta metáfora…

Pero el humilde y plebeyo tubito de cartón efectivamente ayuda a concentrar el sonido. Pegando la oreja al cilindro reciclado consigo oír la conversación de los agentes. Hablan de sus tonterías, de uno al que le tocó el quinto premio de la lotería y ahora va por ahí dándose aires, y de lo buenos que están los pinchos de tortilla ahora que el bar ha cambiado de dueños y que ya verás como dentro de unos meses, cuando la gente se acostumbre, vuelve a empeorar la calidad. Por un momento me desespero pensando en que hemos venido hasta aquí en vano, pero entonces aparece un verdadero motivo de preocupación. Llaman a la puerta del servicio.

–¿Está libre?

Me pongo tan nerviosa que mi primer impulso es deshacerme de las «pruebas» de mi delito y echo el tubo de cartón al inodoro. Tiro de la cadena, y, por supuesto, no desaparece No sé si es que cuando estoy nerviosa soy el doble de estúpida o que ya venía así de serie. Estoy tan alterada que hasta me parece que la voz del hombre que quiere entrar me suena de algo.

–¡Un momento! –digo.

Intento aplastar el cartón con la escobilla, pero como evidentemente no funciona, hago todo lo posible por sacarlo sin tocar ninguna superficie. Lo dejo todo hecho un *desastre*.

Respiro hondo, me aliso el pelo, y me dispongo a salir con la poca dignidad que me queda.

Al hacerlo, casi me choco con quien estaba allí esperando. Va de uniforme. Se me queda mirando, entre sorprendido e incrédulo. La verdad es que me suena mucho, pero no consigo saber de qué.

–¿Xelo?

Entrecierra los ojos al preguntarlo, y ya me voy acordando de dónde lo conocí. Me estoy poniendo cada vez más nerviosa y también algo acalorada a medida que me van regresando los detalles a la memoria.

–Ay, hola, cuánto tiempo. Con el uniforme no te reconocía.

Si le hubiera visto sin él, habría resultado más fácil.

–Muchísimo. No me devolviste las llamadas.

Me echo a reír de puro estrés mientras pienso una excusa que no sea lamentable. Pero no las hay, porque mi comportamiento no tuvo excusa.

–Me hiciste *ghosting*.

Ay, estos jóvenes, buscándole nombres sajones a lo que existe de toda la vida. Están inventando constantemente la sopa de ajo. *Garlic soup*, seguro que la llaman.

–Creo que últimamente he tenido problemas de memoria. –Es lo mejor que se me ocurre.

–¿Qué haces aquí?

Entonces caigo en la cuenta de que este chico…, Tacho, recuerdo que se llama…, este hombre al que conozco breve pero íntimamente podría tener la información que necesitamos.

–Vamos a tomar un café y te lo cuento.

–Te ayudaré a cambio de que tengas una segunda cita conmigo –propone.

¿En serio? ¿De verdad un pedazo de agente del orden cachas, varonil, con los rasgos simétricos y todo el pelo no tiene otra cosa que hacer que chantajear a una señora de mi edad para conseguir sus favores? Desde luego que es una palmadita para la autoestima, pero voy a tener que empezar a cortarme con las cremas hidratantes. Las carga el diablo.

–Espérame fuera y vamos a un bar –me dice.

Al salir hacia la calle, oigo lo que el guardia de la entrada le está diciendo a Olvido.

–Su amiga tarda mucho…, sí que se encontraba mal.

–Sí…, la pobre. Es que tiene intestino irritable.

La furia me embarga. ¿Intestino irritable, yo? ¡Mi flora intestinal es como un jardín exquisitamente mantenido! ¡Pero si llevo un diario con los nombres de todos los probióticos que tomo! ¡Si casi paso más tiempo en el herbolario que en mi propia tienda! Además, no me gusta nada esa expresión. ¡En mí nunca ha habido nada de irritable!

En fin. Sacudo las manos para expulsar de mí la ira y las vibraciones negativas, e informo a mi amiga de que vamos a tomar un café con uno de los agentes.

–Buen trabajo –me felicita en voz baja.

Justo cuando estamos a puntito de irnos para esperar a Tacho fuera, y le estoy dando gracias al guardia de recepción por su amabilidad…, me suena el móvil. Sí, ese móvil que se suponía que me habían robado y cuya supuesta desaparición habíamos venido a denunciar… Y yo me quedo bloqueada.

–Le está sonando a usted el móvil –dice el guardia de la recepción.

–Ah, sí –me limito a decir.

Justo entonces aparece Tacho, llevando su chaqueta para salir.

–Señor capitán –le dice a Tacho el de la ventanilla–, quizá le interese saber que esta señora ha venido justamente para denunciar el robo de su móvil. Ella y su amiga han proporcionado una descripción muy detallada de como fue el supuesto robo.

«Capitán» Tierra, trágame. La próxima vez, Xelo, asegúrate de preguntarles la profesión a tus amantes ocasionales.

–¿De ese que está sonando precisamente ahora?

El «capitán» no me quita la mirada ni por un instante. Se lo está pasando en grande.

–No…, de este no –consigo balbucir–. Este es otro.

El capitán enarca una ceja.

–¿Tienes dos móviles?

–Sí, es que… De acuerdo, les diré la verdad, pero tienen que guardarme el secreto. Es que tengo una tienda, un pequeño comercio. Y recibo muchas llamadas comerciales, ya saben, gente que te quiere vender cosas. También tengo algunas clientas muy pesadas que se creen que estoy a su disposición todas las horas del día. Así que a todos esos les doy el otro número, que es este. Esta llamada seguro que es de algún vendedor entusiasta de abrillantador antirreflectante para escaparates.

Suspiro, aliviada. ¡La mentira me ha quedado genial! Olvido asiente con la cabeza con sutileza como para felicitarme, pero sé perfectamente que lo primero que me restregará cuando estemos a solas son mis famosas palabras: «Nadie me llama nunca»

–Las clientas pesadas, ¿eh? –dice el capitán.

Me limito a sonreír de nuevo, azoradísima, hasta que por fin salimos por la puerta.

Ya en el bar, sentados en una mesa discreta, Tacho me pregunta:

–¿Y qué es eso que pretendías averiguar colándote en nuestro cuarto de baño y dejándolo hecho un desastre? Y fingiendo de paso que te habían robado el móvil sin apagarlo antes.

Olvido me mira con cachondeíto, haciéndome sentir que no he superado mi primera prueba como detective. Sin embargo, la cosa no sale tan mal, porque Tacho, tras escuchar nuestra petición de información, nos la suelta sin más.

–Parece ser que, según la ubicación de su móvil y el extracto de su tarjeta de crédito, el último lugar donde estuvo la maquilladora antes de acabar en Zaragoza fue precisamente… en Otoño. Se sabe que hizo un poco de turismo, visitó los lugares más frecuentados, compró algo en un par de tiendas y dio un paseo por el campo. No subió ninguna imagen a redes de ese viaje, lo cual era un comportamiento muy poco usual en ella. Ninguno de sus allegados conoce el motivo. ¿Algo más?

Tacho se despide con un «hasta pronto, Xelo», que me deja claro que no ha actuado de manera altruista. Esta información me la va a

cobrar en carne.

De nuevo en mi coche, mientras conduzco de regreso a casa, y estoy esperando a que Olvido me recuerde mis famosas palabras «Nadie me llama nunca», lo que sucede es que me felicita.

–Qué fácil ha sido –sonríe–. Tienes algo que hace que la gente confíe en ti.

–Sí, debe de ser eso…

Olvido llama a Mónica para darle la información.

–Mónica, hemos podido confirmar que, efectivamente, la maquilladora estuvo en Otoño.

No me hace falta el audífono para oír lo que le responde la empresaria:

–Qué desastre… ¿Saben algo más? ¿Alguna ubicación en concreto?

–Estuvo en varios sitios del pueblo. El típico perfil de turista que tiene un par de días libres y aprovecha para viajar.

–Está bien… Está bien. Olvido, escúchame una cosa. Si pudieras hacernos el favor de ir a Madrid a enterarte de todo lo que puedas acerca de ese viaje…

Mi amiga pone cara de que esta situación ya se nos está yendo de las manos.

–Mónica, acabo de llegar. No es que no quiera ayudarte, pero es que no comprendo cómo encaja eso en mi empleo de anfitriona de un alojamiento rural. Además, mi licencia ha caducado. Pero, sobre todo, lo más probable es que no tenga nada que ver con lo que le ocurrió en su siguiente destino –argumenta Olvido.

–«Lo más probable» no es suficiente. Necesitamos saberlo todo. Si conseguimos cualquier información antes que ellos, eso nos daría cierto margen de maniobra.

–No me apetece nada –reconoce mi amiga con franqueza.

–Podríamos llegar a un acuerdo muy ventajoso para ti –negocia Mónica–. Te cancelaremos los gastos de la cuadrilla a cambio de que vayas a Madrid a investigar sobre la chica.

A Olvido le cambia la cara.

–Eh, Mónica, Yo no solicité los servicios de la cuadrilla, ni se me pasó ningún presupuesto. Ni siquiera me hablaste de cantidades.

–Pero, Olvido, ¿en qué mundo vives? La gente tiene que llevarse un sueldo a casa. Lo que te dije fue que «no tenías que preocuparte» y que «lo arreglaríamos». Pues bien, eso es lo que estamos haciendo ahora: arreglarlo.

Silencio.

–¿Y a cuánto asciende ese gasto?

–No tienes que preocuparte por eso, si nos haces el favor de ir a Madrid, quedará completamente cancelado.

Ella resopla. Para mi sorpresa, me doy cuenta de que Mónica ha conseguido hacerle el lío a Olvido. Poca gente puede presumir de eso. Y también me doy cuenta de que alguien así podría no resultar de fiar.

–Sabes, Mónica, sería muy posible que mi tarifa como investigadora privada, al tener que cubrir un viaje de cuatrocientos kilómetros, fuera bastante más elevada que las horas sueltas de tres paletas durante dos días.

Mónica tiene la voz de alguien acostumbrada a que no le lleven la contraria.

–Me temo que una investigadora sin licencia vigente se vería obligada a cobrar bastante por debajo de su tarifa anterior.

–No me estás cayendo demasiado bien, ¿sabes?

–¡Bienvenida al club! Los gestores no le caemos bien a nadie, forma parte del empleo. Pero eso no es lo importante. Piensa en el bien de la comunidad, incluyéndote a ti misma.

Después de colgar el teléfono, mi amiga se queda pensando durante un buen rato. Va de tipa dura, pero es menos dura de lo que parece, y sé que le preocupa el bien común, seguramente mucho más que a la capitalista de Mónica, que solo utiliza ese argumento para manipular. Y quizá, solo quizá, por mucho que Olvido diga que solo quiere descansar, algo en ella siga teniendo ganas de investigar un nuevo caso.

–Si quieres voy contigo a Madrid.

Ella asiente en silencio.

–Dejaremos el concierto para más adelante –trato de animarla–. Y lo de hacerles preguntas a Damián y Dolores, los carniceros, y a Telma, la maquilladora… Seguirán allí cuando regresemos.

–Y la excursión al bosque… –se queja ella–. Landon tendrá que ir sin mí.

CAPÍTULO 10

MAGDALENA



He doblado primorosamente los visillos y los he envuelto en papel de seda para que no les entre ni una mota de polvo. Los llevo en la bolsa cuando salgo de la abadía.

La hermana portera me ve salir, y no pierde la ocasión de comentar:

–Cada hora libre que tienes la pasas fuera, ¿eh?

Por su tono, queda claro que eso le parece mal. Seguro que es mucho más apropiado para una hermana pasar la mayor parte del tiempo libre entre los muros de la abadía, con sus semejantes. Supongo que es lo que ella misma hace.

Sonrío en lugar de contestar, sin saber si debería sentirme mal o no. ¿Puede que sean justo este tipo de cosas las que al final sean decisivas a la hora de que me acepten, o no, como novicia? Cada vez soy más consciente de que muchas de las normas de la abadía no están necesariamente escritas…, ¡pero vaya si existen!

Me gusta ir caminando hasta el pueblo. Los árboles están preciosos en otoño. Creo que yo soy una persona más de exteriores que de interiores, siempre lo he sido. Desde pequeña me he encontrado más a gusto brincando en la hierba y trepando a las ramas de los árboles que quedándome en casa. *Fräulein* María desde pequeña. Espero que ese amor que tengo por los espacios abiertos y por la naturaleza, por sentir el viento en la cara y el sol en la piel, no sea un obstáculo en mi porvenir espiritual.

La hermana Soletilla me ha pedido que le compre angélica en el herbolario. Es un lugar al que prefiero no ir mucho porque la señora

que lo lleva tiene muy mal carácter. Me recuerda a la cuñada de mi madre, con ese tono de voz como de sargento o teniente coronel.

Así que entro en el comercio de hierbas, como siempre, esperando pasar allí el menor tiempo posible y no ser testigo de ninguna escenita. Pero no lo consigo. La herbolaria está al teléfono, contándole a alguien las últimas noticias.

–Lo detuvieron en la misma puerta de su casa, delante de todos los vecinos. ¡Siempre he pensado que ese hombre escondía algo! ¡No puede ser bueno estar todo el día encerrado, como un psicópata! Los oyeron discutir muchísimo unos días antes. Sí, me dijo la vecina que estuvo a punto de llamar a la Guardia Civil. Ella no dejaba de gritar, y hasta oyeron el ruido de cosas rotas, como si las estuvieran tirando al suelo.

Por lo que sigue diciendo, comprendo que hablan de Fidel, el padre de Lauri. Un suceso como este en un pueblo tan pequeño es la comidilla durante semanas. Y me da muchísima pena por ella.

La herbolaria tarda un buen rato en darse cuenta de mi presencia. Eso me pasa mucho, que se creen que soy invisible o algo así. No sé si es por ser monja o por quedarme callada. Cuando llevo esta ropa, me comporto de manera muy diferente a como lo hacía cuando vestía un uniforme.

Y también es como si fuera otra persona en comparación con cuando salía por Badajoz con mis amigas, toda arreglada, con mis pendientes rojos y dorados y los zapatos a juego. ¿Cuántas mujeres diferentes he sido? Ya era muy distinto pasar de la vida cotidiana como chica normal a ser agente del orden, pero convertirme en hermana ha sido aún más drástico. Quizá sea por el cambio de nombre.

La herbolaria me atiende sin dejar de hablar por teléfono, y yo salgo de allí con la sensación desagradable de que las habladurías siempre le llevan delantera a la verdad, sobre todo en los pueblos pequeños.

He quedado con Olvido en la cafetería donde nos conocimos. Allí le entregaré los visillos, para que ninguna de las hermanas pueda irle con el cuento a la madre, y después volveremos juntas a la

abadía. Por el camino le contaré lo poco que he conseguido averiguar.

–¿Tú de nuevo por aquí? –me pregunta Óscar–. Te estás convirtiendo en una habitual. Nunca habíamos tenido por aquí a una de vosotras.

–Pues ya ves…, ¡los tiempos cambian! Pero yo creo que es culpa de esos cruasanes de ahí. ¿Me pones dos?

–¿Los de frambuesa y mascarpone? Buena elección.

–¿Tú crees que hay alguna mala?

–Personalmente, no soy muy fan de los de crocanti. ¡Pero no se lo digas a mi novio!

Me he tomado la libertad de pedir otro de esos deliciosos cruasanes para Olvido, espero que le guste. ¡Lo peor que puede pasar es que me tenga que zampar yo los dos!

Al sentarme en el sitio de las otras veces, miro hacia el lugar donde vi por primera vez a Lauri. Está vacío. Me pongo triste al pensar que quizá ahora tenga que estar llevando una vida recluida por culpa de las habladurías. Creo que ella también es una persona que se encuentra más a gusto entrando y saliendo de los sitios que quedándose siempre en el mismo lugar.

Olvido llega tarde. Hace un buen rato que me he terminado mi cruasán y el suyo me está poniendo ojitos, y yo a él. No me esperaba que Olvido fuera de las que llegan tarde. Es como que no le pega.

Entonces me suena el móvil. Mi tono flamenco hace que se vuelvan hacia mí un par de cabezas, como si nunca en su vida hubieran oído una guitarra. ¿Tan extraño les parece?

Pienso que puede que se trate de Olvido para avisarme de que va a llegar tarde, pero acierto solo a medias.

–¿Magdalena? Perdona que te avise tan tarde, pero he tenido que salir de viaje.

–Oh, vaya… ¿Vas al volante?

–Sí, pero tengo puesto el manos libres. Perdóname, de verdad. Ha sido algo imprevisto, de último momento. Con todo el lío de

organizarlo se me ha pasado avisarte.

–No te preocupes, ya te daré los visillos en otro momento.

–Ahora puedo hablar, si quieres. Cuéntame lo que hayas averiguado.

Cojo el cruasán que queda con una servilleta y salgo a la calle para hablar. No quiero que todo el mundo se entere de lo que pasa en la abadía.

–Bueno, pues eso. Que algunas mañanas se descubren actos de vandalismo que han tenido lugar durante la noche. La abadesa ha descartado poner cámaras porque no quiere que las hermanas se sientan mal, pero puede que llegue un momento en el que tenga que hacerlo.

–Los desperfectos –me pregunta Olvido–, ¿han sido todos en obras de arte?

–Sí. Frescos, cuadros, esculturas…, un retablo…

–Escucha –me dice Olvido–. Habla con la hermana que sepa más de arte. Entérate de qué tienen en común las obras que han sido vandalizadas. Esa puede ser una vía de investigación.

–Buena idea –reconozco.

–Y otra cosa… Ya sé que la abadía no es una empresa, pero en cierto modo funciona como tal. Hay de por medio el dinero de los dulces, así que existen intereses económicos. Y también de poder. En ocasiones las personas que desean usurpar el poder provocan altercados y desórdenes para crear la impresión de que quien gobierna es ineficiente. Si puedes, entérate de quiénes serían las candidatas para sustituir a la abadesa si esta abandonara el puesto.

–Eso haré –asiento–. Olvido, eres muy lista.

Ella se echa a reír.

–Lo dices como si fuera algo bueno, pero a mí me ha dado más problemas que otra cosa.

¿A qué se referirá? A veces me da la sensación de que la vida anterior de Olvido es un gran misterio.

Cuando cuelgo el teléfono, me consuelo de haberme quedado sin plan comiéndome el cruasán y observo que la joyería de Lauri está

cerrada. No cerrada de «HE SALIDO CINCO MINUTOS», sino a cal y canto, con todas las persianas bajadas. Supongo que no le apetecía exponerse como blanco humano de los comentarios y cotilleos.

Me encuentro frente a dos opciones. La primera sería regresar a la abadía y pedir que me den alguna tarea para hacer. La segunda es ir a ver a Lauri y preguntarle cómo está llevando la complicada situación de su padre. Sé dónde vive porque la herborista lo ha descrito con pelos y señales.

Elijo la segunda opción, porque me parece la más caritativa. ¡No es que no tenga ganas de volver a la abadía!

De camino hacia la casa de Lauri paso por la parada donde los turistas se suben a las calesas de caballos. Han instalado una verja de madera y la tienen completamente engalanada, igual que las calesas. Me recuerdan a los coches de caballos de la Feria de Abril, y los animales son realmente preciosos, con un pelaje brillante muy bien cuidado, así que supongo que me quedo mirándolos más rato de lo normal.

–¿*Quiege* usted *subig* a *dag* un paseo, *hegmana*? Invita la casa.

El dueño de esa voz es un francés rubio, alto y de ojos azules que me mira con una actitud de ligoteo sin disimulo ninguno.

Menudo morro tiene el chico este. ¿Es que no ve que soy monja? ¿O será precisamente eso lo que le da morbo, como le pasaba a don Juan Tenorio?

Me dan ganas de decirle que a lo mejor en su país las monjas van vestidas de otra manera, pero que aquí la ropa que llevo significa que le dedico mi vida al Señor. Pero esa no habría sido una respuesta muy piadosa.

–No, gracias –me limito a decirle.

Sonrío como veo que lo hacen casi todas las monjas, pero creo que es un error. El francés malinterpreta mi sonrisa de amabilidad. Y sigue a la carga.

–*Mige* usted, estamos buscando a chicas guapas *paga* que posen con los caballos en *nuestgo* catálogo. *Segía* un posado *remunegado*.

–No soy modelo, señor.

Esta vez no sonrío. Lo que pasa es que mi mejor tono cortante no es lo bastante afilado para él. Más bien al contrario: parece que

le motiva el reto. Hace ademán de decirme algo más, pero hago un gesto con la mano para excusarme y me doy media vuelta. Quién me iba a decir que al convertirme en monjita también me volvería irresistible para determinado tipo de donjuanes.

Mientras camino en dirección hacia la casa de Lauri, pido perdón internamente por haber faltado a la verdad. Puede que haya pasado mucho tiempo, pero lo cierto es que sí que he hecho de modelo, varias veces, en mi vida anterior. Y supongo que me gustaba. Era divertido que te maquillaran y te vistieran, que te dijeran adónde mirar y qué hacer con las manos. Era como un juego, una ocasión especial, tan diferente de mi trabajo.

La verdad es que a mi antigua yo le habría parecido que el hombre estaba para mojar pan. Es totalmente el tipo por el cual a la policía que fui no le hubiera importado saltarse un poquito el reglamento y tomarse una copa estando de servicio.

«Lo que pasa, hermana Magdalena –me recuerdo para mis adentros–, es que el reglamento de esta nueva vida que llevas no es de los que una se puede saltar. No tendría sentido coquetear, por muy leve e inofensivo que fuera, y no harías nada más que engañarte a ti misma».

Cuando llego frente a la casa de Lauri, llamo al timbre. Nadie contesta. Tras un segundo intento, me resigno a emprender la retirada. Pero no he recorrido ni diez metros cuando una mano me agarra del codo. Es Lauri, que lleva unas enormes gafas de sol. Parece que acaba de llegar de algún sitio.

–¡Eres tú! Dime que tienes un ratillo para hablar conmigo… Me da tanta calma verte…

Pobrecita. Se la ve tan ansiosa…

–Claro que tengo un rato. ¿Dónde quieres que vayamos?

–¿Te apetece venir a casa? Es el único sitio donde no hay gente mirándome.

Mientras regresamos a su portal, pienso en la posición tan incómoda en la que está dentro de un pueblo tan pequeño. Ser la hija de un hombre acusado de homicidio justo después de perder a tu madre…

–No soy capaz de estar sola en casa, pero cada vez que salgo me arrepiento –me explica en voz baja, como si temiera que los vecinos le estuvieran prestando atención–. La gente a la que conozco de toda la vida me mira ahora de una manera distinta, como si pusieran en duda todo lo que saben de mí, todo lo que he vivido con ellos. He dejado de ser yo, la Lauri de siempre, para ser la comidilla del pueblo. Ahora ni mi padre ni yo somos personas. Solo… pasto para cotilleos.

Asiento, porque hay poco más que pueda hacer. No creo que ella espere que le diga algo, sino que esté aquí para escucharla. Y es verdad que la gente nos mira. De reojo, desde el otro lado de la calle, y algunos con más descaro. Desde dentro de las casas, descorriendo los visillos. Es una sensación extraña y no demasiado agradable. Agarro a Lauri del brazo, y le hago comentarios intrascendentes para intentar hacerle pensar en otra cosa.

Creo que es la primera vez que entro en una de las casas del pueblo. Siempre es agradable que alguien tenga la suficiente confianza contigo como para invitarte a su hogar.

–Mi madre insistió mucho en que me quedara a vivir con ellos hasta hace muy poco. Ella decía que así era más cómodo para todos y que se ahorraba dinero, entre los gastos y las comidas conjuntas… Pero yo creo que no quería quedarse sola con mi padre.

–Y tú, como buena hija, hiciste lo que quería.

–Sí. Sé que a mi padre también le gustaba tenerme cerca, y la verdad es que era mucho más cómodo encontrarme la comida hecha y que la ropa se lavara sola… Yo no sé cómo se las apaña mi madre para hacerlo todo, de verdad. Es totalmente una *superwoman*…

Lauri se echa a reír, con cierta amargura, e inmediatamente después se echa a llorar.

–*Era* una *superwoman*. *Era*… En pasado. Tenía energía y tiempo para todo. Diseñaba las joyas, sacaba las fotos, montaba unos escaparates espectaculares, llevaba las cuentas y la cartera de clientes, atendía en la tienda, y encima hacía la compra y cocinaba. De la limpieza y la ropa se ocupaba la chica que la ayudaba, menos mal. Pero todo lo demás lo hacía ella sola, y todo bien. E incluso encontraba tiempo para…

Sacude la cabeza como tratando de espantar pensamientos inadecuados.

–Encontraba tiempo para todo. Y estaba siempre feliz y contenta, pero feliz de verdad, no era una pose ni una máscara. Yo intento ser como ella al menos en eso, pero… pero no lo consigo. Por muy amable que sea, por mucho que sonría, no me considero feliz. ¡Se supone que lo tengo todo! Pero nunca jamás podré estar a su altura.

Me da la impresión de que esta chica está muy sola y necesita una amiga.

–Tengo un disgusto… Vengo de Fiscal, de la casa cuartel. Me han contado que la chica esa que ha salido en las noticias, la pobre de Madrid que se ahogó, estuvo antes en nuestro pueblo. ¿Te lo puedes creer?

Asiento, algo sorprendida. Y de repente tengo la sensación de que puede que sepa el motivo del viaje a Madrid de Olvido.

–¿Por qué vendría una chica de la capital a un pueblo como este? Me han dicho que parece que no fue para hacer turismo. ¿Quién podría querer contratarla? Mónica, quizá… No hay tantas personas que pudieran pagar las tarifas que puede tener una profesional del cine. Mientras me hablaba, el comandante he llegado a pensar que mi madre la pudo llamar para hacerse unas fotos sexis para su amante. Ella hacía ese tipo de cosas a veces. No le gustaba ponerse límites, y le daban igual los que le ponían otras personas, empezando por la Iglesia… Simplemente hacía lo que le apetecía. A veces nos metía en problemas a los demás, pero al menos ella era feliz. Yo nunca lo he conseguido.

Lauri se queda mirando al suelo.

–No le voy a contar nada de eso a mi padre, por supuesto. Bastante tiene ya.

Y entonces me mira a los ojos en plan gatito recién nacido.

–¿Me acompañarías a verle ahora? He venido a recoger algunos objetos personales que necesita para llevárselos.

Sacudo la cabeza, sin comprender muy bien.

–¿Yo?

–Sí… Es horrible ir al cuartel ese. Sé que podemos ir dos personas y a él le haría bien ver a alguien como tú. ¿Llevas tu DNI?

–Lo llevo… ¿Él es creyente?

–Sí…

¡Me enfrento a un nuevo dilema! Creo que correspondería a mis deberes como religiosa auxiliar espiritualmente a un hombre en situación de dificultad, tanto si es un asesino como si no. Pero es que pasa una cosa: que yo salga del municipio sin comunicarlo va contra las normas de la abadía.

–Está bien, iré contigo.

Es evidente que las normas del Señor están por delante de las humanas.

Bajamos a la ciudad en el coche de Lauri. Es una conductora tranquila, la verdad es que inspira confianza. Va hablando casi para sí misma la mayor parte del trayecto. Es como si le calmara no dejarse palabras dentro. En eso me recuerda a mi amiga Chaneta, que estudió conmigo en las ursulinas y no era capaz de callar ni debajo del agua.

–Claro que te dejarán pasar. ¿Quién le va a negar la entrada a una monjita con esa cara de buena? Ya he avisado de que irás conmigo.

Me alegra que me diga que tengo cara de buena. Era algo que me reprochaban en comisaría, que no fuera capaz de parecer más dura. ¡Este comentario me parece una señal de que voy por buen camino con mi nueva vida!

Al llegar a Boltaña, vamos a la papelería. Le quiere llevar a su padre sus periódicos preferidos. Como no tienen el diario que más le gusta, vamos al kiosco, pero no podemos seguir buscando porque se hace la hora de la cita.

Tal y como preveía Lauri, me dejan entrar con ella sin ningún problema. Empiezo a pensar que esto de ser monja puede resultar muy práctico…, pero entonces me arrepiento de ese mal pensamiento y me santiguo tres veces.

Entrar en dependencias policiales, o similares, siempre me trae recuerdos de mi pasado. Algunos me causan incomodidad y frío, pero hay otros que son buenos. Tuve compañeros muy agradables, a

los que echo de menos. Gente que realmente tenía vocación de ayudar a otros. El Puesto de Boltaña es pequeño y amigable, con sus ventanas redondas, pero tiene calabozos como todos los demás.

Fidel está calmado. Es como si hubiera aceptado su destino. ¿Puede que eso signifique que realmente es culpable y que su conciencia se ha apaciguado al recibir el castigo? Se alegra de ver a Lauri y se muestra muy amable conmigo.

Los miro hablar. Ella le ha traído dulces, prensa, unas zapatillas. Se cuentan cosas de la vida cotidiana con total normalidad. Casi daría la impresión de que no está prisionero.

Yo lo observo y pienso en todo aquello que escuché en el herbolario acerca de que él y la madre de Lauri estuvieron peleando unos días antes de la muerte de esta. ¿Por qué discutirían? Entonces recuerdo al hombre que quiso asaltar a Lauri el primer día que la vi, y que le pidió que lo llamara «padre»… y empiezo a atar cabos.

Fidel está hojeando los periódicos, y de repente se queda inmóvil.

–No me has traído *Noticias del Deporte*…

–No les quedaba –se apresura a excusarse Lauri.

–Lo hemos buscado en varios sitios –corroboro.

Entonces veo cómo Fidel se sume en una especie de transformación. Se revuelve, mira hacia el suelo, le cambia la cara. La frustración por no tener ese periódico en concreto parece causarle una ira que no es capaz de contener.

Me viene a la cabeza mi tío abuelo, de apellido Mochales, a quien todo el mundo llamaba el Mochuelo. Estaba diagnosticado de doble personalidad. Alguna vez le vi una reacción de este tipo, pasar de un estado de ánimo a otro muy diferente en décimas de segundo.

Pero Fidel se rehace, sacude la cabeza y consigue componer una sonrisa. Una sonrisa diminuta, pero menos da una piedra.

–No pasa nada, hija, ya lo leeré otro día.

El cambio drástico en Fidel me ha dado mucho que pensar. Y también la actitud de Lauri, algo asustada. Por una parte, es como si estuviese acostumbrada a ser testigo de situaciones de ese tipo. Por otra, durante unos segundos he visto temor en sus ojos. Como si le

fuera imposible prever hasta dónde puede llegar uno de esos arranques de ira.

La conversación languidece a partir de ese punto. Siguen hablando un rato, pero sin la alegría del reencuentro que antes tenían.

Justo antes de irnos, cuando ya nos hemos despedido, Fidel hace ademán de decirme algo. Pero parece que no se atreva.

–¿Quiere usted contarme algo? –le pregunto.

–Recen por mi esposa. Ella… hizo algunas cosas que no eran para ganarse el cielo. Por favor, ayúdenla a encontrar su camino.

Le tomo las manos.

–Señor Fidel, le prometo que rezaremos por el alma de Carmen.

El hombre vuelve a sonreír, esta vez con más ánimos, y me da las gracias. Pero de repente hay algo en su sonrisa que me resulta tremendamente inquietante. Es… como si fuera otra persona.

Regresamos al pueblo en silencio. Tanto Lauri como yo tenemos demasiadas cosas en las que pensar.

CAPÍTULO 11

XELO



A pesar de que hemos emprendido el viaje a Madrid en mi coche, Olvido se empeña en conducir. Y yo no tengo el día para llevarle la contraria. Si quiere conducir, que conduzca. No me voy a enfadar por algo así, que luego tengo fama de irascible.

–¿Me vas a contar de qué conocías al capitán? –suelta de repente.

Trago saliva.

–La tensión se podía cortar con unas tijeras de plástico de las que les dan a los niños en las guarderías.

–Está bien… Es que me ha pillado por sorpresa. Fue… hace tiempo.

Respiro profundamente mientras trato de encontrar las palabras que me hagan quedar menos mal. Es una tarea complicada.

–Mmm… Esto… –por fin se me ocurre cómo enfocar la cuestión–: está bien, imagínate que eres una mujer recién llegada a un sitio nuevo en el que apenas conoces a nadie.

–Voy a hacer lo posible por *imaginármelo*.

–Bueno, pues eso. Acabas de llegar, no tienes demasiada vida social, pero te gustaría pasar una tarde agradable tomándote alguna copa con un hombre. Quizá tener una conversación interesante, ya sabes. Tener un pretexto para ponerte guapa y pasar una tarde diferente a todas las monótonas tardes que has tenido hasta el momento.

–De acuerdo.

–Entonces, ¿qué haces? Pues lo único que puedes hacer. Te creas un perfil en una de esas redes sociales diciendo lo que buscas. Para eso están, ¿no?

–Para eso están –corrobora Olvido.

–¡No te burles de mí! Hay que aprovechar las tecnologías. El caso es que en esos sitios tú subes una foto y como esto son pueblos pequeños, te empiezan a escribir los señores de por aquí. Todos me parecían como veinte años mayores que yo… Menos uno.

–¿Qué era veinte años *menor*?

–¡No tenía foto! Se mostró muy amable, me pareció un hombre galante y con buena conversación y decidí correr el riesgo.

–Eres de lo que no hay. ¿Cómo se te ocurre quedar con uno sin foto?…

–Efectivamente, cuando llegó al restaurante donde habíamos quedado, allí en Aínsa, me encuentro con uno que podía ser mi hijo. No sabía dónde meterme… Pero él estaba encantado. Me dijo que era mucho más guapa en persona que en la foto, que a él siempre le habían gustado las mujeres maduras…

–Vamos, que te cameló.

–Es que la gente nos miraba, así que, para relajarme, le fui dando al rosado. Cuando me quise dar cuenta, estábamos en su coche dándonos el lote como si aún tuviéramos acné.

–Impresionante –comenta ella–. Algún día me dirás qué rosado era ese.

–Pues uno que te hace cometer imprudencias. ¡Terminé en su casa! Y en cuanto se quedó frito salí de allí corriendo antes de que se despertara.

–Déjame que adivine: no le volviste a llamar.

–Eso es. Él me escribió un par de mensajes por la aplicación diciendo que se lo había pasado de maravilla y que le gustaría repetir, pero para mí… era todo demasiado raro. No estoy yo preparada para que la gente del pueblo me vea pasearme por allí con un jovenzuelo. De joven no me importaba que se notara que era casquivana, pero ahora prefiero disimular. No creo que fuera bueno para las ventas.

–Quizá te encontrarías con todo lo contrario…

Cuando Olvido bromea lo hace muy seria, pero yo sé que me está tomando el pelo.

–No tenías ni idea de que era el capitán de la Guardia Civil del pueblo más cercano, ¿verdad?

–Como comprenderás, no habría venido contigo a la casa cuartel de haberlo sabido. Ya me las habría apañado sola.

Ella se echa a reír.

–Ahora comprendo por qué te ha mirado así cuando has dicho lo del teléfono para las clientas pesadas.

–¡Es lo único que se me ha ocurrido! Qué sofoco, por Dios.

–¿Sofoco por el apuro o por los calores de recordar aquel encuentro?

–Si lo sé, no te lo cuento…

Llegamos a Madrid sobre las siete de la tarde, y nos vamos directas a la habitación del hotel que nos ha reservado Mónica. Es uno de esos con poca personalidad, para gente que viaja por trabajo y va a hacer poco más que derrumbarse sobre la cama tras su jornada laboral.

–Te voy a llevar a cenar a un restaurante gallego buenísimo –le digo–. Está aquí cerca.

–Gran idea –dice ella–. La cuenta la paga nuestra *jefa*, espero que no crea que nos vamos a conformar con unas tapitas.

Solo hay que caminar unas cuantas manzanas, pero me doy cuenta de que Olvido está tensa. No es que mire a un lado y a otro, es demasiado *cool* para hacer esas cosas. Pero la noto alerta. En la plaza de la Luna, el puro centro de Madrid, es posible encontrarse con cualquiera.

Cuando llegamos al restaurante que yo recordaba, tan popular hace unos pocos años, descubrimos algo completamente distinto. En lugar del muro encalado de blanco y los aparejos marineros que llevaban allí décadas, hay unos paneles de plástico amarillo con imágenes de personajes de manga comiendo ramen.

–Cómo ha cambiado Galicia –se mofa Olvido.

–No me lo puedo creer. No sabes lo buena que estaba la empanada.

–Vamos a buscar otro sitio un poco más fino. Ya que Mónica nos ha hecho venir hasta aquí, lo mínimo es que nos lo cobremos.

No tardamos en dar con un restaurante, si no de especialidades locales, al menos de mantel. Y mientras estamos disfrutando de la mesa y de la botella de vino, Olvido recibe una llamada.

–Es Mónica –refunfuña antes de cogerlo–. Ni cenar en paz podemos.

Yo me concentro en atacar mi lubina mientras ella habla con la empresaria. En el restaurante he dejado el audífono con la sensibilidad justita para entender lo que me dice Olvido.

–Tendremos que tomar un café después de la cena –me anuncia–. Mónica ha removido Roma con Santiago para que podamos acudir a una presentación para prensa esta misma noche. Allí habrá gente del entorno de Aitor Zuara, el último director con el que había trabajado Sira Rodríguez, y con un poco de suerte acudirá él mismo en persona.

–No pierde ni un minuto esa muchacha…

–En media hora nos va a mandar al hotel a una peluquera para que nos convierta en señoras ricas. Tendremos que fingir que somos dos productoras en busca de un proyecto para financiar.

–¿Cómooo?

–Lo que oyes. Parece ser que en el *show business* madrileño los únicos que realmente pueden entrar en cualquier sitio son los que apoquinan.

La peluquera nos ha prestado complementos de alto estatus y nos ha dejado irreconocibles. Al verme en el espejo me han dado ganas de pedirme prestados trescientos mil euros a mí misma. Salimos del hotel intentando adecuarnos a esos *looks* de potentadas y llevarlos con naturalidad.

–Tú te llamas Montse y yo Gloria. Hiciste tu fortuna con una empresa textil junto con tu marido, que en paz descanse, pero ahora

buscas inversiones más creativas y siempre te ha encantado el cine –dice Olvido.

–Un momento, ¿por qué tengo que ser catalana? Puedo poner acento de cualquier parte. Mira, por ejemplo, el vasco me sale de maravilla… ¿A que me queda genial?

–No sé, Xelo… No lo acabo de ver. En la fiesta es probable que bebas y eso hace que cualquier acento pueda tambalearse. Lo que sí puedes hacer es exagerar un poco tu acento catalán si eso te divierte. ¡Pero no te pases!

–¿Cuándo me he pasado yo con algo?

Olvido enarca las cejas de manera más expresiva de lo habitual.

La presentación para la prensa es en un hotel cercano a la Gran Vía, en un salón que seguro que era precioso antes de que lo dejaran todo minimalista. La película se llama *Solomillo de hombre blanco a las finas hierbas* y parece ser ciencia ficción satírica, o alguna de esas mezclas de géneros que están ahora de moda.

–Vamos allá, «Montse» –me anima Olvido al entrar.

–Claro que sí, «Gloria».

La recepción ya está en marcha. Varios grupitos charlan aquí y allá entre canapés de diseño y copas que vienen y van.

–Gloria –le digo a Olvido para grabarme su falso nombre en la cabeza–, un poquito de vino sí probarás, ¿verdad?

–No creo. Me gusta tener la cabeza despejada cuando estoy trabajando.

–Pero no te parece mal que yo…

–No, eso quedará más natural. Pero…

–… sí, ya sé. Que no me pase –digo, agarrando al vuelo una copita de rosado. Es lo mejor para empezar. Espero que no esté demasiado ácido.

–Mmm…, perfecto. En su punto de aroma y de temperatura.

–Mira qué bien –suspira ella.

Pasamos un buen rato conversando con unos y con otros, básicamente repitiendo nuestras historias una y otra vez, lo cual viene bien para fijarlas. Una mujer me pregunta que cómo nos conocimos *Gloria* y yo, lo cual me da una excusa para exhibir mi mejor acento de Manresa. Mi amiga me mira con una sonrisita.

Charlamos con representantes, jefes de prensa, periodistas de todo tipo, *influencers*, y, por fin, nos vamos acercando al séquito que rodea al mismísimo Aitor Zuara.

Es inconfundible. Su cabello, por la derecha, recuerda al de un ciclista, y por la izquierda lleva una cola de caballo hasta media espalda que ya la quisieran muchas modelos. Viste una especie de traje retro de terciopelo con muchos imperdibles clavados, como si un punk de los setenta le hubiera tuneado el traje de gala a su abuelo. Va rodeado de una comitiva de gente muy joven, modernos de todo pelaje, que lo miran como si fuera la Virgen de Lourdes. Está hablando de los mensajes ocultos que ha escondido en su película «para la gente que sabe lo que buscar». Es evidente que tiene mucho carisma, y no duda en hacerse el interesante con todas las estrategias posibles.

No sé cómo se las apaña Olvido para arrancar del grupo a una parejita de esos jóvenes andróginos y hacer que hablen con nosotras. Tras pocas frases, conseguimos nuestro primer éxito: nos revelan que el mejor amigo de Sira Rodríguez se llamaba Otto, de profesión gestor de *influencers*, y nos señalan el grupito en el que está. Para celebrarlo, me casco una copa de cava casi de un sorbo. Los jóvenes regresan al famoso como polillas a la luz.

–¿Eres Otto? –le aborda Olvido.

Él la observa de arriba abajo, al principio reticente, y después más complacido.

–Tienes muy buen gusto para los pendientes –le felicita él.

–Muchas gracias, querido –interpreta Olvido. Casi me entra la risa al ver lo buena actriz que es–. Estamos buscando un buen *community manager*, y nos han hablado de ti.

–A eso me dedico –reconoce él, humildemente–. Al menos, por el momento.

Otto nos cuenta sus ambiciones y planes de futuro con todo detalle. Es un tema que le apasiona y al que sin duda dedica mucho tiempo de reflexión. Mientras tanto consigo pillar un canapé de gamba en gabardina de sésamo negro. Interesante y delicioso. Para bajarlo, me animo con otra copita, esta vez de blanco. Está algo seco, después tendré que quitarme la aspereza con otra cosa.

Me doy cuenta de que, a Olvido, a la de verdad, le cae bien Otto. Supongo que eso ayuda para que logremos congraciarnos con él, algo que parece ser el objetivo de todo esto.

–Tú te encargabas de las redes de Sira Rodríguez, ¿verdad?

La mirada de Otto cae hasta el suelo.

–Sí. Era una de mis mejores amigas. Aún estoy tratando no ya de superar, sino simplemente de creerme que ya no voy a volver a verla.

Tras hablar una hora entera con él, mostrarnos empáticas y hacerle bastante la pelota, nos ganamos su confianza hasta el punto de que nos lleva a su casa a enseñarnos su porfolio. ¡Va ser cierto que el *look* de señoras adineradas abre todas las puertas!

El piso, muy céntrico, también es muy excéntrico, por decirlo suavemente. La última reforma de verdad debieron hacerla allí cuando triunfaban Las Grecas. No creo que uno solo de los muebles haya sido comprado en una tienda: son más bien *piezas* encontradas por la calle cuando reforman una vivienda añeja. Sin embargo, las mentes creativas se han adueñado del espacio colocando cordones de neón, imágenes religiosas recuperadas, carteles de cine de la movida, peluches destripados y todo tipo de objetos inesperados, hasta un traje de luces de torero. El resultado grita a los cuatro vientos rebeldía, libertad, alegría de vivir… y ácaros.

–Compartimos piso entre varios artistas. Está Asela, que hace *performance*; Ruy, que se dedica a la realidad virtual; Teo, que hace costura artística, y yo, que estoy en los medios digitales además de en el arte lumínico.

–Qué interesante suena esto del arte lumínico –dice *Gloria* con esa voz dulce e inofensiva, completamente distinta a la de Olvido, que le sale tan bien–. Ya nos habías comentado algo, ¿verdad?

–Os voy a enseñar esta instalación –dice, mientras prepara unos proyectores–. ¡Vais a flipar!

Todavía no ha terminado de conectar cables cuando entra una chica con uniforme de camarera de restaurante.

–Hola, cariño, vengo reventada…

Olvido y yo cruzamos una rápida mirada. La vida de los artistas jóvenes y talentosos en la nada barata capital del reino no es tan

estupenda como podría parecer.

Tras contemplar la instalación lumínica durante quince largos minutos, en los que casi me quedo traspuesta debido a todas las copas que me he echado entre pecho y espalda, *Gloria* se las apaña para reconducir la conversación hacia Sira.

–Oye, Otto, cuando tú llevas las redes de alguien, tienes todas sus claves personales, ¿verdad?

–Sí. En el caso de mi amiga Sira, que en paz descanse, incluso tengo aquí su ordenador. Me lo dejó los días que se fue de viaje… y no volvió.

–Qué tragedia, Otto. Lo siento muchísimo –le digo.

–Dijo que era un encargo tan tan privado que no me lo podía contar ni a mí.

Entonces Olvido se saca del bolsillo interior un carnet de policía. Parece muy auténtico, sobre todo por la manera en que lo exhibe. ¡Incluso yo me quedo sorprendida ante este golpe de efecto!

Olvido pone voz de sí misma, asertiva y muy clara, al explicar:

–Otto, soy miembro de la policía secreta. Estamos investigando la muerte de Sira y necesitamos acceder a su ordenador.

Él se queda bloqueado.

–¿Y ella? –dice, señalándome.

–Ella es mi tapadera –explica.

–Pues es muy buena tapadera –masculla Otto–. No me esperaba esto.

–Un momento –mascullo–. ¿Qué quieres decir con eso de que…?

–Escucha –le dice Olvido–, queremos saber quién le hizo eso a tu amiga.

–Pero yo ya he respondido a muchas preguntas…

–Estamos investigando desde otro sitio, venimos de Zaragoza. Los de Madrid no avanzaban y nos dimos cuenta de que teníamos que tomar las riendas.

–Es verdad que parece que no han avanzado mucho…

–Enséñanos las fotos del ordenador. Con qué gente tuvo relación en los últimos meses. Vamos a hacer una lista.

Lentamente, Otto mueve la cabeza de arriba abajo mientras busca en el ordenador.

Nos ponemos a mirar imágenes. ¡Hay que ver la cantidad de fotos que se sacan los jóvenes! Que si poniendo morritos, que si comiendo, que si posando con la comida, que si bailando, que si dándose besos… ¡No da la vida para tanta documentación gráfica! Sobre todo, cuando tantas de las fotos son TAN parecidas. Tengo los ojos como dos pepinillos en vinagre.

Supongo que en algún momento debo de quedarme, efectivamente, dormida. Olvido me despierta sacudiéndome por los hombros.

–Montse, tienes que ver esto.

Me desperezo, aturdida. Miro el reloj: las dos de la mañana.

–¿Qué pasa?

–Ven aquí, anda.

En la pantalla del portátil se ve a Sira en una fiesta estilo *country*, rodeada de caballos y decoraciones en plan Oeste norteamericano. Tiene al lado a un vaquero con barba de pega.

–¿No te suena de nada esa cara?

Entrecierro los ojos a ver si enfoco mejor la vista y me entero de lo que pasa.

–Es un rubio de ojos claros… De esos hay mil –rezongo.

–No tantos –comenta Otto.

–No es un rubio cualquiera. ¡Fíjate bien! Imagínatelo con acento francés…

–¡Es verdad! ¡El de las calesas! ¡El francés de las calesas!

–¿Reconoces el lugar?

–La verdad es que nunca he estado allí… Pero seguro que es su casa de campo.

–¿Lo conocéis? –pregunta Otto.

–Sabemos quién es.

Entonces veo algo que me llama la atención.

–Escucha, amiga –le digo a Olvido, porque en ese momento no soy capaz de recordar su nombre falso–, la pelirroja que está en la fiesta es la maquilladora del pueblo. Esa con la que queríamos hablar.

–Telma –recuerda ella.

–Qué buena memoria tienes.

–Es más fácil cuando no vas como una cuba… –dice Olvido.

–Pues para ir como una cuba, no estoy tan mal. Mira, esta otra es Yenu, la *influencer* del pueblo.

La imagen a la que me refiero es una de esas que la gente saca en las fiestas con todo el mundo en el estado en que estoy yo ahora, más o menos, incluyendo quien saca la foto. Encuadres torcidos, gente riendo a carcajadas o con expresiones que los hacen parecer tontos, copas llenas y vacías por todas partes y prendas de ropa a punto de revelar partes íntimas por puro descontrol.

Olvido se vuelve hacia Otto.

–Esto es de gran ayuda. Pásame una copia digital de todas las fotos de esa fiesta y de los días anteriores y posteriores, por favor.

–Esta de aquí –señala Otto en la pantalla– es Virginia, otra de nuestras amigas. O, al menos lo era… Hace unos meses que apenas sale de casa. Creo que tiene depresión o algo así.

–¿Crees que podríamos hablar con ella?

–Lo dudo muchísimo. No coge el teléfono, no abre la puerta si llamas al timbre… Necesitaríais una orden judicial.

Olvido asiente.

–Me vendría muy bien una copia de los *e-mails* de Sira.

–Eso sí que no lo tengo. La contraseña del correo electrónico nunca me la dio.

Olvido se pone de pie.

–Pues con esto ya estaría todo. Ya tienes mi móvil, avísame de cualquier novedad, ¿de acuerdo?

Otto se cuadra para saludar a Olvido. Pero no lo hace irónicamente, ni de broma. Se está tomando en serio esto de ayudar a esclarecer la muerte de su amiga.

–¡Sí, señora! ¡Intentaré averiguar lo que pueda!

Al acompañarnos hasta la puerta, de repente se acuerda de algo.

–Entonces, en realidad no necesitáis ningún *community manager*, ¿no?

–La verdad es que no. Pero si nos enteramos de algo te llamaremos.

Esa frase, por fortuna, parece alegrar bastante a Otto. Debe de estar acostumbrado a rechazos profesionales mucho menos

amables.

A la mañana siguiente no me encuentro demasiado bien. Menos mal que Olvido me ha dejado dormir, si no todo lo que me habría gustado, al menos sí todo lo necesario.

–Bueno, ¿y ahora qué? –pregunto.

–Ahora a desayunar en una cafetería porque ya se nos ha pasado la hora del bufet del hotel. Y después nos volvemos a casa.

–¿Ya?

–Sí, hemos encontrado todo lo que necesitábamos. Hay un vínculo clarísimo entre la maquilladora, Sira, Jules, el ganadero de Otoño, y Yenu, la *influencer* amiga de este. Y también tenemos la presencia de Telma en la fiesta, que podría ser casual, o no. Le he mandado las imágenes a Mónica y está de acuerdo en que no queda demasiado por hacer aquí. Ahora tenemos que averiguar si ese encuentro entre Sira y Jules efectivamente se produjo en la finca de Jules. Mónica no me lo ha podido confirmar, dice que nunca la han invitado a entrar.

–Pero… ¿no habría que hablar con la chica esa que también había estado con ellos? ¿Cómo se llamaba?

–Toma un vaso de agua, anda, te hará sentirte mejor. Esa chica, Virginia, por lo que sabemos, no sale de casa. Me parecería perder el tiempo acosarla y te recuerdo que en realidad no soy una policía auténtica, por lo que no puedo pedir una orden para interrogarla. Además, no me apetece nada estar en esta ciudad.

–Ya me he dado cuenta. Es como si no quisieras encontrarte con alguien.

Ella me mira fijamente.

–Pues es verdad. No quiero. Y cada estúpido minuto que pasamos aquí aumenta ese riesgo.

–No seas exagerada. Es una ciudad enorme.

Olvido sacude la cabeza como si pensara que ningún lugar es lo bastante grande como para asegurar que no se produzcan encuentros catastróficos. El azar es lo que tiene.

Por fin llegamos al *parking* para emprender la marcha. Es impresionante lo feos que son y lo mal hechos que están todos los *parkings* de Madrid, es como si el presupuesto se les hubiera acabado en la superficie y del subsuelo para abajo todo fueran chapuzas.

Nos han dado las tres, que es una hora bastante mala para casi todo lo que no sea echar una siesta, porque antes tenía que desayunar, hacer algunas compritas, y, por supuesto, comer. Afortunadamente para ella, Olvido no se ha encontrado con nadie. Y, afortunadamente, el maletero es lo bastante grande para todas mis compras.

–Xelo, solo vamos a estar en el coche unas horas, no hay que pasar ninguna cuarentena.

–Hija, ya que venía a Madrid he aprovechado. Nuestro pueblo está bien surtido, pero no es tan cosmopolita en lo gastronómico como a mí me gustaría.

–Necesito que me ayudes a darle vueltas a la cuestión que nos ocupa.

–Tenía pensado echar una siestecilla…

–De eso nada, has estado durmiendo hasta hace un rato. Centrémonos, que ya sabes que no me gusta pensar sola. Sira conocía en persona a Jules, y es posible que esa fiesta fuera en casa de este, ya que se trata de un entorno rural. Tenemos que ir a comprobar si coinciden las imágenes.

–De acuerdo –digo, echándome a la boca un caramelo de violeta.

–Vamos a pensar un poco, anda. Tú que conoces un poco más el contexto, ¿sabes de algún desencuentro o rencilla entre Carmen y Jules, el de las calesas? Los dos parecían ser muy poderosos en el pueblo, y es habitual que entre caciquillos rivales haya tensiones.

–Qué va. No creo que coincidieran en demasiados sitios. La joyería no era patrocinadora de las calesas, no tenían acuerdos comerciales. Y en su vida privada, Carmen siempre iba con la gente de toda la vida, mientras que Jules es conocido por montar esas fiestas donde van los jóvenes adinerados. No recuerdo haberlos visto nunca charlando.

Pero entonces me viene a la cabeza algo que puede ser relevante.

–Espera un momento. Yenu, la *influencer*, sí que tenía un litigio pendiente con Carmen. La joyería le prestó un set de piezas para que hiciera una *promo*, y ella, por lo visto, nunca las devolvió. Estaban en un proceso judicial por ese motivo.

–Interesante, ¿no crees?

–Esa chica, aparte de tener muchas menos costillas de las que le fabricó su madre, ha tenido problemas con medio pueblo. Mónica se muestra muy comprensiva con ella porque por lo visto llegan muchos clientes gracias a sus redes. Tiene muchísimos seguidores, y a lo mejor por eso va tan de diva. Solo ha entrado una vez en mi tienda, y fue para pedir que le regalara un sofá de cuero a cambio de promoción. Creo que se me escapó la risa, y no le debió de sentar demasiado bien.

–De acuerdo. *Influencer* que no hace muchos amigos, salvo el guapo francés de los caballos. ¿Crees que hay algo entre ellos?

–No lo sé con seguridad. La muchacha tiene un novio un poco sietemesino, muy mono y vestido a la última, pero timidito, que va detrás de ella a todas partes. Es casi un complemento de moda. Pero sí, oí comentar que se traía mucho tonteo con el francés.

Olvido asiente, y durante un largo rato no me pregunta nada más. Se nota que le gusta conducir.

Al cabo de un rato, me llama Ernesto. Me cuenta confidencialmente, tal y como le pedí, los resultados de la autopsia de Carmen. En su cuerpo no había restos de venenos ni de sustancias tóxicas, tan solo algo de alcohol y sus medicaciones habituales. Por otra parte, los forenses pensaban que los rasguños que presentaba se los hicieron después de muerta.

CAPÍTULO 12

MAGDALENA



El despacho de la madre abadesa se está convirtiendo en uno de mis escenarios habituales.

–¿Por qué saliste del municipio sin pedir autorización?

Primero me disculpo varias veces, y después procedo a explicarle toda la secuencia de acontecimientos. Con pelos y señales. Necesito que comprenda bien lo agobiada que estaba Lauri, lo desesperado de su situación, y la necesidad urgente de auxilio espiritual que tenían tanto ella como su padre.

La madre me escucha con atención.

–Magdalena, cuando era usted agente de la ley, ¿tenía la costumbre de desobedecer a sus superiores?

Estoy a punto de decir que no, pero me arrepiento enseguida. Eso sería mentir.

–Siempre actué de la manera que me indicaba mi manera de pensar y de sentir –le aseguro–. Pero es verdad que a veces me salté algunas normas. Sin embargo…

No sé si continuar o si lo que he estado a punto de añadir podría ser utilizado en mi contra.

–Sin embargo ¿qué, hermana Magdalena?

–Sin embargo –mascullo–, nunca sentí mala conciencia.

Nos quedamos en silencio.

Cuando ya estoy a medio camino de asumir que tendré que irme, ya casi siento la guillotina en el cuello, la madre se levanta y me dice:

–Acompáñame.

Sigo a la madre sin tener la menor idea de lo que me espera. ¡Estoy empezando a pensar que a esta mujer le gusta tenernos en vilo!

Abre una puertecita con llave. Me hace subir, tras ella, un tramo de escaleras que yo ni siquiera sabía que estaban allí. No nos cruzamos con ninguna otra hermana en todo el trayecto.

–La historia de la Iglesia está llena de personas que han asegurado ver cosas que otros no veían, y decían la verdad, o, al menos, su verdad. Pero también está llena de impostores. Y además hay otro factor.

La madre superiora empieza a extenderse, dando algunos ejemplos de visiones de santos más o menos conocidas. No sé dónde quiere ir a parar. Madre mía, ¿cuántos escalones tiene esta torre?

Entonces la madre explica que en algunos casos las supuestas visiones fueron diagnosticadas como trastornos psiquiátricos. Pone el ejemplo de Hildegarda de Bingen.

–Algunos expertos contemporáneos están convencidos de que sus famosas visiones eran el fruto de una fuerte jaqueca. Han tratado de demostrar que el tipo de visiones que ella describía eran compatibles con los fogonazos que experimentan los pacientes con este trastorno. Supongo que, según esta lógica, todas las visiones podrían ser justificadas por la ciencia de un modo u otro.

Eso me hace pensar en mis propias experiencias al respecto. En su día, dos médicos trataron de convencerme de que estaba experimentando psicosis y casi lo consiguen.

–Pero también –prosigue la abadesa–, para todos aquellos que creemos en lo espiritual, podría suceder lo contrario. ¿Y si una parte de todas esas personas que han estado diagnosticadas e incluso encerradas por supuestos trastornos en realidad sí que estaban viendo cosas, ya fueran ángeles o demonios?

Parece que ya hemos llegado a nuestro destino. Las escaleras acaban aquí. Me preparo para lo que me voy a encontrar al otro lado de esa puerta.

La madre se quita un colgante que lleva al cuello. Se trata de una llave, con la que abre la puerta.

El piso más alto de la abadía tiene ventanas grandes, por las que la luz entra a raudales. Estamos en un espacio amplio, con sillones de polipiel blanca y reposabrazos metálicos. Hay muchas plantas.

Las hermanas que tengo delante llevan hábitos, en su mayoría, pero no la toca. Y no tardo demasiado en darme cuenta de que estoy en un sanatorio para pacientes con trastornos mentales.

Una de ellas mira por los ventanales al horizonte mientras se balancea sobre sus pies de atrás hacia delante. Otra está sentada y sacude la cabeza compulsivamente, en un eterno gesto de negación. Otra mujer muy corpulenta se está mordiendo las manos hasta hacerse sangre. Una enfermera se acerca a ella y le da un juguete infantil para que mantenga los dedos ocupados.

Hay algo que me resulta sobrecogedor en ver aquí a todas estas mujeres. Supongo que siempre que he entrado en un sanatorio mental he sentido algo muy difícil de describir. Teniendo en cuenta las experiencias que tuve hace casi dos años, en parte hay un miedo latente a acabar así.

–Hermana Magdalena, esta es la hermana Casilda.

–Hola…, encantada de conocerte.

Casilda está tan delgada que causa mucho impacto verla de cerca. Se pone a hablarme muy deprisa, y llega un punto en el que pierdo completamente el contexto y dejo de comprender a qué se refiere con su palabrería.

–Vamos a seguir con la visita, Casilda –la corta la abadesa.

–Si no fuera por toda esa gente, quién sabe lo que pensaríamos… –sigue Casilda, mostrando cierta preocupación en su voz. Y se aleja sin dejar de hablar.

–Déjame que te presente también a la hermana Asunción.

La hermana a la que se refiere está sentada en una mesa camilla. Es joven y regordeta. Cuando vuelve la cabeza hacia mí, admiro su piel perfecta y sus ojos transparentes. Entonces recuerdo que la abadesa le preguntó específicamente por ella al padre Andrés.

–¿Quién es esta? –le pregunta a la abadesa.

–Es la hermana Magdalena, lleva unos meses con nosotras.

–Todavía no es novicia… ¿Cuántos meses?

–Eso no importa, hermana Asunción. Cada hermana tiene sus ritmos y sus procesos.

La hermana Asunción sonríe para sus adentros y sacude la cabeza, como si ya me diera por perdida. Me recuerda a las abuelas de los pueblos de antaño, que si no estabas casada con veintiuno ya te llamaban solterona.

La abadesa le da un beso en la mejilla a la hermana Asunción, algo que me extraña un poco porque no se caracteriza por ser demasiado cariñosa. Supongo que esta paciente le resulta enternecedora, parece ser de las que están mejor en un entorno de enfermas más graves. También son algo parecidas, quizá a la madre le recuerde a alguien de su familia.

–Ven por aquí…

La madre me guía hasta una pequeña capilla, en la que está el padre Andrés.

–Padre, esta es la hermana de la que le hablé –le dice.

Después de saludarlo, me señala la última muestra de vandalismo. Esta vez han quemado la pintura de una contraventana que fue esmaltada a mano muchas décadas atrás. Pero tan solo han quemado una de ellas, y han respetado escrupulosamente los marcos de las ventanas en sí, los cristales, y cualquier otra cosa.

–Esta vez hemos decidido guardarlo en secreto –me cuenta la abadesa–. No queremos que haya alarma o malestar entre las hermanas.

Mientras descendemos de nuevo esas escaleras, que comprendo que solo utiliza la madre abadesa cuando no quiere que nadie vea adónde va, ella me dice, muy seria:

–Tienes tres días para descubrir quién está cometiendo estas tropelías. Serás dispensada de todas tus tareas. Demuéstrame que he hecho bien en confiar en ti.

El corazón se me pone como una locomotora. ¿Significa eso que si no consigo resolver el misterio me echarán de aquí?

–Muchas gracias por esta oportunidad –le digo, por no echarme a llorar allí mismo.

Las preguntas que me hizo Olvido me resuenan en la cabeza: los desperfectos son siempre contra obras de arte, y no cualquier otra

pieza de mobiliario. Tiene sentido empezar a investigar por allí. Así que salgo disparada en dirección al taller de arte.

La zona artística está gobernada por la hermana Violeta. He venido muy pocas veces. Al contrario que a las hermanas reposteras, que tendrían mayores motivos para ello, a las artistas les gusta trabajar con las puertas cerradas. Llamo a la puerta y espero a que me den paso. En cuanto entro, la hermana enarca las cejas interrogativamente.

–¿A qué debo su visita, hermana?

Observo el taller. Tres o cuatro hermanas están realizando diferentes tareas como restaurar objetos o realizar diseños para los envases de los pasteles.

–Estoy escribiendo un artículo para la web de la abadía –improviso–. Es sobre las obras de arte que decoran este lugar. Me gustaría saberlo todo acerca de ellas.

La hermana levanta la cabeza, satisfecha. Si no fuera pecado de vanidad, creo que podría muy bien haber dicho: «Ya era hora que a nuestro trabajo se le diera la importancia que merece».

Ella me explica que, hace más de medio siglo, la abadía estaba en un estado muy penoso. Las hermanas se habían empobrecido mucho y el aspecto de las instalaciones era muy deprimente. No se recibían nuevas vocaciones porque nadie quería vivir en un sitio tan triste y avejentado. La dirección de entonces quería tomar medidas, pero no contaban con demasiado dinero. Entonces hubo una llegada providencial.

–Llegó Francisca, la hermana que había aprendido técnicas de pintura y artesanía, y se puso a enseñar a las demás cómo devolverles la gracia a las paredes, los muebles y las ventanas. Si le interesa esa época, puede preguntarle a la hermana Justina, que estaba aquí por entonces, pero no sé si le servirá de gran ayuda porque está muy mayor. Tenemos el proyecto de catalogar todas esas obras, pero siempre hay algo más urgente que hacer.

Apunto el nombre de Justina casi por vicio profesional mientras ella sigue hablando:

–Sin el renacimiento producido por el arte, sin ese impulso que atrajo a nuevas vocaciones, nunca habría podido tener lugar el

desarrollo de la repostería que vino después.

La hermana está muy orgullosa de su función, y obviamente la considera más importante que otras.

–Comprendo…

La hermana Violeta me cuenta que a partir de ese momento la abadía ganó fama de ser un lugar muy agradable, y que empezaron a recibir nuevas postulantas. Tan grande se hizo la cosa que incluso llegaron a recibir una visita del papa Wojtyla en los años ochenta. A partir de entonces, la abadía ha destacado siempre por su excelencia en las artes, y sus representantes forman parte de los comités internacionales.

La verdad es que no tenía ni idea de todo esto. Había observado que este lugar estaba bellamente decorado, pero no me parecía algo inusual. En mi tierra hay mucho arte y he crecido rodeada de él. Y, desde luego, ignoraba que las monjas artistas participaran en competiciones en todo el mundo e incluso vendieran sus creaciones para ayudar a la economía de la comunidad. Quizá ese sea el motivo de que trabajen a puerta cerrada: no quieren que ninguna de sus ideas pueda salir de allí hasta que la obra esté acabada.

–¿Qué opina usted de los actos vandálicos que han tenido lugar en la abadía? –le pregunto.

–Es una pena que se produzcan esas tropelías.

–¿Diría usted que las pérdidas son importantes a nivel artístico?

Ella sacude la cabeza con rotundidad, e incluso sonríe con cierta suficiencia.

–Para nada. Eran obras menores, ejecutadas por una mano algo torpe. En aquella época no se firmaban porque se consideraba falta de modestia, y, claro, eso le venía muy bien a la gente con poco talento. No se las echará en falta. Eso sí, nos darán el trabajo extra de tener que restaurarlas.

Las palabras «No se los echará en falta» me han chirriado mucho. Mientras ella me sigue contando los pormenores del trabajo de cada una de las hermanas pintoras, de las que parece estar muy orgullosa, una idea me aparece en la cabeza. ¿Y si esas *«obras menores»* en realidad estaban molestando a esta mujer tan perfeccionista? ¿Y si prefería sustituirlas por otras para que la

decoración de la abadía resultara realmente perfecta, y la única manera de hacerlo, sin faltar al respeto de las artistas que aún sigan por aquí, fuera destrozarlas? ¿Sería capaz la hermana Violeta de llegar hasta ese punto?

Salgo de los talleres sintiendo que puede ser que esté por buen camino, gracias al consejo de Olvido. Y en el refectorio me encuentro con el padre Andrés, lo cual me viene de perlas.

–¡Padre! ¿Le importaría que le hiciera algunas preguntas?

Él se mira el reloj con cara de prisa. No puedo evitar darme cuenta de que ese reloj en concreto vale una pequeña fortuna. Lo sé porque era uno de los modelos más robados que nos llegaban a comisaría, en Badajoz, tras las detenciones de ladronzuelos.

–Solo serán unos minutos –le aseguro.

–Está bien, aunque no sé muy bien qué podría decirte. Llevamos semanas dándole todas las vueltas posibles a este asunto… y nada.

–Vayamos a algún lugar tranquilo.

Es la primera vez en mi vida que interrogo a un hombre de Dios. Me pone un poco nerviosa esta situación.

–Padre Andrés, creo que usted ha estado pensando como un sacerdote, y tratando de descubrir los secretos del espíritu, cosa que está muy bien, pero puede que convenga un cambio de enfoque. Vamos a intentar pensar en esto como si fuéramos policías.

El hombre asiente. Le pregunto:

–¿A quién perjudica que se produzcan estos actos de vandalismo?

Él se lo plantea durante unos segundos.

–A todos nosotros, pero quizá, especialmente, a la madre abadesa. Esto hace parecer que no es capaz de mantener el orden y la armonía. Y, por supuesto, también a mí, como guía de conciencia de esta comunidad.

–De acuerdo –le digo, agradeciendo la sinceridad de su respuesta. A veces los sacerdotes son muy buenos yéndose por las ramas–. Entonces, ahora viene la parte difícil de la pregunta: ¿a quién beneficiaría que la madre o usted tuvieran problemas?

Él agita la cabeza, inquieto.

–No querrá usted decir que podríamos tener enemigos…

Le veo tan agobiado que trato de quitarle importancia.

–Hombre, enemigos, enemigos, no, pero quizá sí gente que tuviera intereses… diferentes a los suyos.

El pobre deja escapar todo el aire de sus pulmones mientras piensa.

–Siempre hay monjas a quienes les gustaría ocupar el lugar de la abadesa, supongo. Una de ellas estuvo a punto de ser elegida. Pero eso no significa que…

–¿De quién se trata?

–De la hermana Tórtola. Es la que se encarga de llevar todas las cuentas, de la gestión de la abadía.

–¿Sigue residiendo aquí?

El sacerdote asiente.

–Pero eso no quiere decir nada. La hermana Tórtola escogió quedarse en esta abadía en lugar de irse a Ordesa y tiene una relación correcta con la madre.

Uf. Cuando alguien utiliza la palabra «correcta», es que no tiene ninguna mejor. Esto tiene toda la pinta de que las cosas no son todo lo cordiales que deberían.

Por otra parte, al oír «Ordesa» de repente se me prende una lucecita. Alguna vez he escuchado por los pasillos que son nuestras rivales.

–Padre, se me ocurre también que la mala fama de esta abadía podría convenirle mucho a la sede de Ordesa, ¿no es cierto?

Él se revuelve en el asiento. Supongo que esta manera de pensar, que supone lanzar hipótesis negativas acerca de todo el mundo y presuponerlos culpables *a priori* para encontrar móviles, es todo lo contrario a lo que él representa.

–Hermana, esto es muy desagradable. ¿Cómo iban las hermanas de otra abadía a hacer algo parecido? Además de que no sería posible. Yo las conozco bien, también soy su confesor, y le aseguro que no llegarían a tal extremo con tal de conseguir estas instalaciones.

–¿Cómo dice?

El sacerdote se esconde la cara entre las manos, consciente de que ha metido la pata.

–Hermana, estos actos de vandalismo seguramente hayan sido cometidos por alguna de las pobres mujeres que están allí arriba. Es lo que todo el mundo piensa. Especialmente porque alguna…

–¿Alguna?

–Supongo que puedo decirlo, ya que no es secreto de confesión, y la abadesa le ha encomendado a usted que indague. Una de ellas tiene un historial delictivo.

–¿Cuál?

–Eso… no se lo puedo decir. Se le ha advertido muchas veces a la madre abadesa que no es sensato tener a estas enfermas en la misma sede, pero ella, por motivos sentimentales, insiste en cuidarlas en persona. Las enfermas están exentas de la confesión, del mismo modo que las más ancianas. Podría haber sido cualquiera de ellas.

–¿Me podría explicar, por favor, eso de que la sede de Ordesa podría llegar a hacerse cargo de estas instalaciones?

No le apetece hablar de eso, es evidente. Pero lo hace a regañadientes, tratando de que no se note de qué lado está.

–Esta abadía funciona bien. Pero si en algún momento dejara de haber una buena líder al frente, o si los dulces o las pinturas dejaran de dar buenos resultados económicos, el obispado ya tenía previsto que las dos abadías tuvieran la misma dirección. Eso les simplificaría el trabajo.

–Pero algo así cambiaría totalmente el funcionamiento de las cosas en este lugar.

–Así es, hermana. Pero no necesariamente a peor. Y ahora, si me disculpa, ha llegado el momento de que me vaya antes de que la hermana portera se ausente para comer.

–Una última pregunta, que no tiene nada que ver con todo esto. ¿Ha sido usted confesor del señor Fidel, el joyero?

El padre asiente.

–Pobre hombre…, pobre. Rezo para que el Señor se apiade de su alma. Es una persona muy peculiar.

–¿Peculiar en qué sentido?

–Siempre estuvo ensimismado, en su pequeño mundo. Algunos días estaba verdaderamente perdido. Y después le descubrieron el párkinson y esos rasgos se le reforzaron. Sin embargo, a veces cambia, se altera. Es casi…

–¿Casi como si fuera otra persona?

–Sí, supongo que podría describirse de esa manera. Tiene algo muy dentro, una ira profundamente reprimida, que no le acerca precisamente a Nuestro Señor.

Eso me da que pensar.

–¿Le habría creído usted capaz de asesinar a su esposa?

El sacerdote sacude la cabeza.

–No puedo contar nada concreto, ya sabes… Pero he de confesar, y que el Señor me perdone, que no me sorprendería.

Menudo día cargado de información y de revelaciones. ¡Ha sido todo lo contrario que mi primer intento de investigación, hace unos días! Tengo la cabeza llena de pensamientos dando vueltas. Primero, todo aquello de que oír voces milagrosas podría ser confundido con una enfermedad mental, y al contrario…, igual que sucede con la doble personalidad, que podría tener síntomas relacionados con una posesión infernal. Y después, todo lo demás. Un caso que parecía no tener sospechosos, ahora cuenta con casi demasiados para mi gusto.

Creo que me he ganado una recompensa. Es más: mis pies han decidido, por su cuenta, encaminarse al obrador.

Este lugar, tan blanco y luminoso, se transforma en algo aún más especial con los aromas dulces que llenan el aire. En cierto modo, es lo más parecido al paraíso que puede encontrarse en la tierra. Me despierta las sensaciones contrarias a lo que he vivido esta mañana al ser testigo del sufrimiento de las hermanas enfermas. En este caso, el cielo no está arriba, sino a ras de tierra.

–Te veo como preocupada –me dice la hermana María.

–Sí…, hoy tengo mucho en lo que pensar.

Y más me vale pensar lo mejor que pueda, porque si no… me echarán de aquí.

Puede que este pensamiento me haya dado un aire aún más desvalido, porque la jefa del obrador me concede el privilegio de tostar el azúcar glas de los bizcochos con el hierro caliente. Es una de las actividades más gustosas del mundo. Sentir cómo la herramienta al rojo vivo se hunde en la blandura esponjosa de la espesa capa de azúcar y la convierte en caramelo, haciendo emanar las volutas más deliciosas del mundo…

Pero me cuesta concentrarme en disfrutar de esta experiencia, porque la mente se me va al recuerdo de la contraventana quemada en el piso de arriba.

Mientras doy el toque final a los bizcochos, y me pregunto si la hermana me dejará probar uno de ellos, veo que entra la señora Victoria, la granjera que nos trae la leche. Está conversando con una de las monjas de la que es muy amiga.

Me acerco a ellas y la saludo.

–¿Quieres tomarte un café con nosotras? –le pregunta la hermana María–. Los bizcochos están recién hechos.

–Qué buena pinta… Pero solo un ratito, mi hijo me está esperando fuera.

Señala la ventana del almacén, y, efectivamente, vemos que uno de sus hijos la espera fuera con la furgoneta de reparto.

Al remojar los deliciosos bizcochos en el café es inevitable que la conversación se centre en los temas de actualidad. Supongo que en el pueblo la gente no habla de otra cosa que de la detención del padre de Lauri.

–Carmen y yo nunca nos llevamos bien. Ya desde que abrieron su negocio me trataba con altanería, a mí y a todas las que son como yo, granjeras y pobres. Se lo creía mucho. Se pensaba que era mejor que nosotras porque tenía más dinero, iba bien arreglada y no quería mezclarse con la plebe.

Asiento, comprensiva.

–Tenía unas uñas largas, bien pintadas…, de manicura. De esas de no haber trabajado con las manos ni un día de su vida. Y todo el pueblo sabía lo mucho que Carmen se opuso a la amistad entre su

hija y mi Héctor. –Victoria señala a su hijo, que espera con paciencia–. Le decía cosas malas del pobre chico a Lauri aunque hubiera otra gente delante, como si no estuviéramos allí, vaya. Como si lo que pensáramos los pobres no importase. Le decía que Héctor era desaseado, que olía mal, que no sabía hablar, que masticaba con la boca abierta. Que no lo podía llevar a ninguna parte. Que dónde iba una chica bien como ella con un paleto de granja como ese.

Por lo poco que sé de Carmen, parece encajar que dijera esas cosas. Y para Lauri esa opinión de su madre pudo llegar a pesar más que sus propios sentimientos.

Observo a Victoria, y veo por la ventana a su hijo. Y pienso algo que muchas veces me vino a la cabeza cuando era policía. ¿Qué personas serían capaces de cometer un crimen? Según mi antiguo comisario, Facundo, casi cualquiera, al menos en determinadas circunstancias: cuando se pone en juego aquello que más te importa, lo que define quién eres.

Por lo que parece, lo que más le importa a Héctor podría muy bien ser Lauri. Y, desde luego, Victoria es una de esas mujeres capaces de hacer cualquier cosa por un hijo suyo.

CAPÍTULO 13

XELO



Hace rato que hemos dejado atrás Madrid, y estamos ya atravesando los parajes semidesérticos que rodean la capital.

–Vamos a hacer un recuento de otros posibles enemigos que tuviera Carmen, además de su propio marido, con el que discutía con frecuencia, de ese amante al que no quería tomarse en serio, de la carnicera que estaba liada con ese mismo amante y de la *influencer,* con la que tenía un pleito. Y quizá de la maquilladora, Telma.

Cierro los ojos para concentrarme. Hay que ver todo lo que me hace pensar Olvido…

–Pues no se llevaba demasiado bien con la herbolaria, a la que le tenía arrendado el local. Por lo visto, a veces Angelita se retrasaba al pagar el alquiler. Pero no creo que la cosa fuera como para llegar a matarse.

–Puede haber situaciones que sean más graves de lo que parezca desde fuera. Pero, hipotéticamente hablando, quizá una herbolaria habría optado por envenenar. Y en la autopsia no había restos de sustancias tóxicas.

–Mmm… Si estás pensando en una señora muy apacible y serena que se dedica a beber tila y a alinearse los chacras, ya puedes borrarte esa imagen de la cabeza. Angelita es una mujer de muchísimo carácter. Le encajaría más liarse a hachazos que tener la premeditación de escoger las hierbas y buscar la ocasión de colárselas en la comida.

–Curioso. ¿Y por qué se hizo herbolaria?

–Pues precisamente por eso, para ver si de ese modo podía dominar su carácter.

–Entonces no es muy buena con las hierbas, ¿no? Vaya, a juzgar por el escaso éxito en sí misma.

–Pues supongo que no. Pobreta.

Me pongo a pensar un rato en la pequeña tragedia que debe de suponer para Angelita tener ese temperamento tan poco apropiado para una prescriptora de remedios naturales, y no sé si decidir que eso podría ser una prueba de que las terapias naturales no son demasiado eficaces o de que la personalidad es la que es y no hay manera de modificarla.

Pero tengo la sensación de que se me escapa algo…, algo importante. Algo relacionado con Carmen. Algo que pasó hace tiempo…

–Escucha. ¿Te acuerdas de todo eso que me contaron en la peluquería el otro día? ¿Eso de que la carnicera odiaba a Carmen porque había sido novia de su marido y amante de su amante Lucho? Pues creo que sé algo más… En su momento no lo registré, pero ahora que lo pienso…

–Haz memoria. Trata de recordar los detalles.

Cierro los ojos.

–Fue hace menos de dos semanas. Estaba en la carnicería comprando un solomillo de cerdo…

–No hacen falta tantos detalles –se burla ella.

–Déjame meterme en la escena. Estaba en la carnicería, y de repente entró Lauri. La carnicera se sorprendió de verla allí. Sí, puso una cara en plan «¿qué hace esta aquí?»… Y Lauri pidió un costillar de ternera para una cena. Le pidió que se lo hiciera en el horno, y le dijo que lo recogería a tal hora. Y luego le susurró a una de las clientas que no se lo comentara a su madre. Me pregunté el motivo.

–Interesante.

–Me llamó la atención que la carnicera pusiera esa cara de extrañeza, aunque no le di más importancia. Pero ahora que sabemos que Carmen nunca compraba allí, sino que hacía que le dejaran el pedido en casa… Tiene sentido. Ahí puede haber algo más que el asunto de Lucho.

–Tenemos que hablar con Lauri de eso. ¿Te acuerdas de algo más?

–Me pides demasiado. ¡No soy la Espasa de los cotilleos!

–Te acercas bastante.

–Simplemente tengo una buena retentiva. Me pasaba lo mismo en clase, nunca tenía que hacer los deberes porque me acordaba muy bien de lo que decían los profesores.

–Una buena atención auditiva… Mejorada por la tecnología. Eres la espía perfecta.

–¡No te burles de mí!

–No he hablado más en serio en mi vida. Podrías ganarte la vida como detective, te lo aseguro. Sobre todo… con esa ropa.

–¿Y ahora qué le pasa a mi ropa?

–¡No seas tan susceptible, mujer! Tu ropa es de señora elegante, que no es el perfil habitual de una detective. Por eso pasarías desapercibida.

Sus palabras me dan que pensar. Quizá debería aprovechar más estas ventajas.

Olvido me sigue preguntando:

–Entonces esa Carmen era toda una rompecorazones.

–Era muy carismática, sin duda. Llena de energía. Tenía la autoestima de una estrella de cine, mucho poderío. Aquello que se proponía lo llevaba a cabo.

–Todo lo contrario que su hija, ¿verdad?

–Sí…

–No podemos olvidarnos de Lucho –dice Olvido–. El pasional es el más antiguo y frecuente de los móviles. Si ella hubiera intentado dejarle, por ejemplo, él podría haberse vuelto loco.

Ya está oscureciendo cuando llegamos a Zaragoza.

–En un par de horitas ya estaremos en casa, calentitas junto a la chimenea –le digo para animarla.

–He estado pensando…, creo que, si hacemos algo, debemos hacerlo bien. Ya que estamos por aquí, nos quedaremos a dormir en

Zaragoza y mañana intentaremos ver el contenido de las cámaras de seguridad.

–¡Pero yo tengo que abrir el anticuario mañana! ¡A este paso me voy a arruinar!

–Hablaré con Mónica, estoy segura de que nos pasará dietas.

–No me das opción…, a estas horas ya no hay autobuses para irme sola, y no te voy a dejar aquí tirada sin coche.

–Muchas gracias, cariño. Eres un *xelo*.

–Y tú muy graciosita –protesto.

Siempre me he encontrado a gusto en Zaragoza, pero cuando reformaron toda la plaza del Pilar, hace treinta años, se convirtió en uno de mis lugares preferidos del país. Me gusta la manera de ser de los zaragozanos, franca y espontánea. Siempre me he sentido como en casa.

Mientras caminamos bordeando el Ebro, Olvido recibe una llamada y yo toqueteo el audífono para enterarme de lo que dice su interlocutor.

–Hola, soy Otto. He estado dos horas parado frente a la puerta de Virginia para que me abriera. Le he dicho que era muy importante que hablara con vosotras para saber qué le pudo pasar a Sira. Se lo debemos.

–Muchas gracias, Otto.

–La tengo aquí mismo. Te la paso.

Tras unos segundos, se oye la débil voz de una muchacha.

–¿Síii?

–Hola, Virginia. Encantada de conocerte –dice Olvido–. Nos ha dicho Otto que eras amiga de Sira.

–Sí… Pobre Sira…

Olvido y yo nos miramos, enarcando las cejas. La chica tiene voz de estar bajo el efecto de alguna sustancia. Legal o no legal, eso no lo sabemos.

–Hemos visto unas fotos en las que apareces junto a ella en una fiesta en el campo, con muchos caballos. Son de la primavera pasada. ¿Recuerdas dónde fue eso?

–Fue hace mucho… Llegamos hasta allí en coche, a la ida me mareé, pero conseguí no vomitar, pero a la vuelta tuvimos que parar tres veces.

–¿Te acuerdas de cómo se llamaba ese sitio? ¿O, al menos, en qué zona estaba?

–Bufff… Era lejos, tardamos varias horas. Era un pueblo de por el norte, y había muchos caballos, es verdad.

Miro a Olvido con sensación de éxito. Eso confirma que la fiesta sucedió en la finca de Jules.

–¿Alguien hablaba otro idioma?

–No… no me acuerdo. No me acuerdo de nada más, está todo como nublado. Y además me estoy empezando a encontrar mal. Toma el teléfono…

La chica le pasa el móvil a Otto.

–Bueno, creo que eso será todo por hoy –dice este.

–Es bastante. Te lo agradezco mucho.

Cuando Olvido cuelga, me quedo mirando el río donde encontraron el cadáver.

–¿Algo de utilidad? –le pregunto.

–Puede ser. Son piezas de un puzle, a veces cobran sentido cuando van apareciendo otras más.

–Esta chica no estaba bien de lo suyo… –murmuro con cierta pena.

Entonces salta un mensaje al móvil de Olvido. Es de Otto.

«He estado pensando. Creo que Virginia empezó a estar tan depresiva precisamente después de aquel viaje. Las fechas encajan. Hay algo que no está contando. Si consigo sacárselo, te lo diré».

Olvido me enseña el mensaje, y las dos asentimos. Tendremos que ir a visitar la finca.

Paseamos, pensativas, como las señoras que somos por el paseo de las Damas cuando mi amiga me pregunta:

–Aquí también querrás comprar cosas, ¿verdad?

–¡Pues claro! Es que sería un crimen pasar por estas tiendas abiertas y no aprovechar.

–Pues aprovecha deprisa porque no tienes demasiado tiempo. Te necesito para conseguir ver las imágenes de las cámaras. Tengo un plan.

–Espero que no tenga que hacer un papel de esos…

–Te encanta hacer papeles *de esos* –se mofa ella.

–¿Y qué nos va a hacer falta para este disfraz? ¿Pelucas, una calva de mentira?

–Solo una cosa: cebollas.

Una hora escasa después, nos presentamos en la comisaría encargada de la investigación de Sira. Olvido ha recurrido a sus contactos para saber cuál era. Y llegamos con nuestro particular disfraz.

Olvido me ha puesto cebolla cortada tan cerca de los ojos que casi me mareo, y mis pobres lagrimales no dan abasto de todo lo que he llorado y me queda por llorar. Después ha tenido la gentileza de echarme un poco de perfume para disimular el olor.

–Buenas noches, agente –digo, recitando el guion que me ha explicado Olvido–. Mire, soy la abuela de la chica que murió ahogada en el Ebro hace unos días.

–Señora, la acompaño en el sentimiento…

–Muchas gracias, muchas gracias… He venido hasta aquí desde Toledo con la esperanza de que me dejaran ver las imágenes de los últimos momentos de mi querida nieta.

–No creo que podamos hacer eso…

–¡Se lo suplico! ¡Hacía casi dos años que no venía a verme! ¡Mi otro nieto me tuvo que instalar las redes sociales esas para que pudiera verla al menos en la pantalla!

–¿Lleva usted su documento de identidad?

–¡Nunca lo llevo encima por si lo pierdo! ¡Lo tengo en el salón en una cajita de madera al lado de la Biblia!

Me ha salido solo. ¡Le estoy tomando el gusto a esto de hacerme pasar por otras! Voy a tratar de utilizar el Método y acordarme de cosas que me causen dolor para que mi sufrimiento parezca más

auténtico. Y al pensar en esas cosas, me doy cuenta de que todos los padecimientos de mi vida han estado causados por hombres.

–Dígame usted su nombre.

Le doy el que Olvido me ha dicho, y, tras hacer algunas comprobaciones en el ordenador, parece darse por satisfecho. Yo sigo con mi actuación estelar para que se deje de tantos trámites y acelerarlo todo.

–¡Mi pobre niña, que se la tragaron estas aguas! ¡Ha sido horroroso verlas con mis propios ojos! ¡Me daban ganas de tirarme yo también al río!

–Señora…, voy a ver qué puedo hacer.

Nos hacen pasar a una sala de espera, en la que Olvido finge ofrecerme un bote con caramelitos…, pero en realidad contiene más cebolla para refrescar el llanto.

Al cabo de unos minutos aparece un inspector.

–Señora, pase por aquí. Le dejaremos ver los vídeos de su nieta.

–¡Que Dios le bendiga, agente! ¡Es usted un hombre de los que ya no hay!

–¿Y esta quién es? –pregunta señalando a Olvido.

–Soy su enfermera –asegura Olvido.

¡Y no sé cómo lo hace, pero consigue poner voz de personal sanitario!

La miro con los ojos entrecerrados como rendijas.

–Sí, la enfermera de esta pobre ancianita que no puede casi moverse…

Cuando todo esto termine me las va a pagar.

–Señora Lucía, yo estoy aquí para todo lo que usted necesite, ya lo sabe –dice, acariciándome la mano.

De verdad que me voy a vengar de semejante humillación. Aunque luego me llame rencorosa.

Se me pasa el enfado parcialmente cuando por fin conseguimos ver las grabaciones. Me siento muy orgullosa de que mis dotes interpretativas hayan conseguido engañar a la autoridad una vez más, y me concentro en mantener el personaje de abuela

desconsolada. Sería estupendo que consiguiera llorar un poquito de verdad.

En las cámaras aparece la imagen borrosa de dos personas, una de ellas corpulenta y la otra delgada, Sira. Estaba tan borracha o drogada que la pobre apenas podía caminar.

La otra persona la sujetaba, pero en ningún momento se ve demasiado bien. Lleva una sudadera oscura con capucha, y la mantiene todo el tiempo cubriéndole la cara. Por su volumen, podría tratarse, por ejemplo, de Lucho. Pero también de Otto. Otro personaje del pueblo con esa complexión es Héctor, el hijo de Victoria, el cuidador de los caballos de Jules y enamorado de la juventud de Lauri.

Una segunda grabación muestra a Sira, ya sola. La han dejado en las escaleras de una pensión. Pero en lugar de entrar en ella, sacude la cabeza y echa a andar erráticamente.

En la tercera grabación se la ve caminar muy cerca del río, completamente a la deriva.

Al pensar en la pobre muchacha, abandonada a su suerte en ese estado, a dos minutos de caer en las aguas heladas de las que jamás saldría, no necesito fingir. Es imposible evitar que se me salten las lágrimas.

Al día siguiente, el cielo está especialmente gris mientras vamos en el coche de regreso a Otoño, ya en la puesta de sol. Caen unas gotas de lluvia finas y escasas. Ni Olvido ni yo tenemos muchas ganas de hablar.

Llega un momento en el que me doy cuenta de que estar en silencio nos está deprimiendo cada vez más, así que me esfuerzo en sacar un tema de conversación.

–¿Era divertido?

–¿El qué?

–Investigar y todo eso. Nunca me has contado demasiados detalles de tus casos.

Ella sacude la cabeza y se le forma una sonrisa.

–Muchos de ellos eran confidenciales, y algunos lo siguen siendo incluso hoy. De otros…, supongo que sí que podría hablarte porque hay gente que ya ha fallecido. Algún día me animaré a contarte. Creo que me sentará bien sacarlo. Solo he tenido un interlocutor con el que podía tratar estos temas, un comisario de Barcelona. También está muerto.

–En ascuas me tienes…

–La verdad es que sí, que a veces lo disfrutaba. Era emocionante, supongo, me sentía un poco James Bond. Me codeaba con gente muy variada y a veces muy interesante, y cuando conseguía resolver una situación complicada antes que los Mossos era satisfactorio. Claro que yo podía hacer cosas por las que a ellos les echarían del cuerpo…

–¿Y a ti te podrían haber metido en la cárcel?

–Afortunadamente, eso no sucedió. Este amigo comisario, Miquel, me salvó el culo en un par de ocasiones.

Olvido echa la cabeza para atrás.

–Sabes, cuando eres joven piensas que eres inmortal, invulnerable. Que no te va a pasar nada, que la gente que tiene problemas es porque no ha hecho bien las cosas. Por supuesto que es un engaño tremendo causado por la energía de la juventud, pero, en mi caso, me llevó a correr unos riesgos que fueron descabellados. Hay varios casos y situaciones en las que nunca debería haberme metido.

–Ya me imagino… Pero bueno, eso puede hacer que ahora aprecies más tu vida tranquila.

–Eso será cuando consiga tenerla –dice ella, con cierto sarcasmo.

Nos quedamos de nuevo en silencio, pero esta vez no es un momento triste sino nostálgico. Olvido está sonriendo.

–Tengo que reconocer que sí, que en ocasiones me lo pasaba bien, y que en general era gratificante y compensaba los malos momentos. Era estupendo sentir que ayudaba a la gente y recibir su gratitud. Hay un determinado tipo de problemas que solo un buen detective privado puede solucionar.

Paso el resto del viaje escuchando algunos de los casos de Olvido y en ocasiones se me contrae la boca del estómago. No tenía ni idea

de que hubiera tenido que pasar por situaciones tan delicadas… y peligrosas.

Las luces de Otoño ya se ven en la distancia, y el corazón se me llena de calorcito ante la cercanía de mi hogar. Lo primero que voy a hacer en cuanto llegue es encender el fuego y poner a cocer un consomé de esos que resucitan a un muerto.

Estoy algo pensativa tras haber interpretado a la abuela de Sira. Cuando vemos en las noticias que alguien ha desaparecido, que ha muerto, necesitamos pensar en ello en abstracto. Porque si nos damos cuenta de que esa persona se reía, lloraba, se aburría y amaba igual que nosotros, que era la hija, la hermana o la nieta de alguien, es imposible no sentir una tristeza que tarda un buen rato en irse.

CAPÍTULO 14

MAGDALENA



Hay muchos tipos de agobio. Uno es cuando te han salido mal varias cosas de la vida cotidiana, se te acumulan las tareas pequeñitas y estás frustrada. Otro es cuando hay cosas importantes que van a afectar tu vida, pero que no dependen de ti, y no puedes hacer otra cosa que esperar. Estas dos son un fastidio.

Pero ¿qué hay de esas situaciones en las que te lo juegas todo a una carta? Un examen importante del que depende tu futuro o, como es mi caso, una prueba. Una responsabilidad que te pone bajo presión.

A veces siento la tentación de preparar mi mente para la posibilidad de que tenga que irme. Planear lo que haría, cuáles serían los pasos que seguir…, pero entonces una voz dentro de mí me grita: «¡No! ¡No te resignes! ¡No dediques ni un minuto a pensamientos derrotistas! Puedes lograrlo. Alguien ha cometido esos actos vandálicos, y no pueden haber sido tantas personas».

Pero la verdad es que sí que han podido ser unas cuántas. Miro, por enésima vez, la página de mi cuaderno en la que he apuntado los nombres de las sospechosas:

La hermana Violeta, encargada del departamento de arte.

Tras una investigación en internet, he descubierto que sus obras se venden por decenas de miles de euros. Sin duda le interesa

mantener la reputación artística de la abadía, y es tan perfeccionista que creo que sería capaz de llegar a los extremos del vandalismo.

La hermana Tórtola, contable y rival de la abadesa.

Sería la más beneficiada de una pérdida de prestigio de la madre, y de su puesta en cuestión de cara al obispado. Conoce muy bien la abadía y está en buena forma física. Pero habría mentido en confesión al padre Andrés, y eso es pecado mortal.

Alguna de las pacientes "de arriba".

Los actos de destrozo son tan extraños que bien podrían haber sido fruto de una mente que sufre. Puede que el padre Andrés tenga razón y que, al final, esa sea la explicación más sencilla. Por otra parte, han sido ejecutados con sumo cuidado, despacio y con premeditación.

Las de Ordesa.

Otras grandes beneficiadas de la posible caída de la abadesa… Pero ¿cómo podrían haberlo hecho?

En ese momento me resuena en la cabeza la frase del padre Andrés: «Pero no necesariamente a peor» al referirse a un posible cambio de poder en esta abadía, concretamente, a que la abadesa actual pudiera ser sustituida. Recuerdo la sensación de incomodidad que sentí al escucharlo, pero a la que no le di importancia. Ahora, en frío, comprendo que el padre podría sentirse más cercano a «las de Ordesa» que a nosotras, y estar de su lado en este conflicto inmemorial. Otra explicación para esa frase podría ser la personalidad adaptable y filosófica del padre, que le haga considerar que todas las situaciones pueden tener un lado bueno. Eso encaja más con la imagen afable que tengo del sacerdote, y también con lo que se supone que debe pensar de uno de ellos una monja. Pero ¿qué pensaría una policía?

Este cambio de punto de vista me conduce a una idea incómoda. ¿Y si hubiera sido él quien cometió las fechorías? ¿En nombre de

quién, de él mismo?

Me entra un escalofrío solo de pensarlo. El padre puede entrar libremente en nuestra abadía, y la conoce desde hace años, lo suficiente como para quedarse escondido toda la noche si fuera necesario. ¡Podría estar actuando, incluso, siguiendo órdenes de alguien del obispado! Puede que le hayan prometido prebendas, o quizá ni siquiera haya sido necesario, y haya actuado por lealtad y obediencia a sus superiores. En ese caso ni siquiera tendría la sensación de que estaba cometiendo una mala acción. Me santiguo varias veces para atenuar la culpabilidad por pensar mal de hombres que llevan toda la vida al servicio de la Iglesia…

Sin embargo, no dejan de ser hombres, al fin y al cabo. Con sus debilidades y sus mezquindades, como todos. Con sus intereses. Ellos podrían estar pensando en «el gran esquema» de las cosas. Al fin y al cabo, ¿qué son unas obritas de arte hechas por monjas? Algo muy poco importante para el mundo en comparación con otras cosas. Con planes mayores.

Tengo a la monja y la investigadora que hay en mí con un tremendo conflicto. Si ya es difícil ser dos, no me quiero ni imaginar lo mal que lo debe pasar el Señor en su forma trinitaria.

Escribo en mi lista, con el pulso algo tembloroso:

El padre Andrés.

Me suda la frente. Cierro el cuaderno, lo escondo bien bajo el colchón, y salgo a que me dé un poco el aire.

Hace un día espléndido, y los jardines resplandecen de serena belleza. Los pájaros cantan posados en los almendros, y las hortensias están tan azules como el mismísimo cielo. Sin duda, la cuidada vegetación y el olor de la tierra mojada, tan distintos a los de mi tierra, son dos de las cosas que más echaría de menos si tuviera que irme.

No sé si sería capaz de arrojar sospechas sobre un sacerdote. Creo que antes que hacer algo así, debería, sencillamente, recoger mis cosas y renunciar.

Una de las hermanas viene hacia mí. Cuando se acerca, descubro con cierta sorpresa que se trata de Bernarda.

–Hola… La madre me ha dicho que te ha puesto a prueba.

No lo dice, pero por su tono me da a entender que a ella no le parece bien esta conducta de la abadesa, Agradezco esta muestra de solidaridad. ¡No me la esperaba en absoluto!

–¿Has descubierto ya algo? –me pregunta.

Yo sacudo la cabeza. Estoy tan bloqueada…, miles de ideas se entrelazan en mi mente. Y entonces, justo en ese momento, dos de ellas hacen conexión. El parecido entre ambas, la circunstancia de no llamarla «hermana»… No es que a la abadesa la enferma le recordara a alguien de su familia, es que lo era.

–Asunción es la hermana de la madre superiora, ¿verdad? –le pregunto. La hermana de verdad, vaya, de sangre. Que aquí todas somos hermanas… Pero, vamos, que unas pueden ser más hermanas que otras. Doblemente, quiero decir.

A la par que no sé salir de mi propio lío, ella abre los ojos como platos.

–¿Cómo lo has sabido? No le gusta contárselo a nadie.

Supongo que la verdad ya estaba por ahí flotando, y yo solo he tenido que recogerla. Que la abadesa le preguntara por ella al padre, que le diera un beso con lo poco cariñosa que es, el hecho de que la madre quiera tener aquí a las enfermas a pesar de la opinión en contra del obispado.

–He atado cabos, supongo.

–Esto se te da bien… Nos hace falta alguien como tú. Asunción nunca ha estado bien. Ha ido rodando de residencia en residencia, de casa de acogida en casa de acogida, hasta que su hermana llegó a superiora y pudo darle un hogar estable. Pero no es demasiado agradecida con ella.

–¿A qué te refieres?

–Parece ser que no le gusta estar aquí. Les dice a sus compañeras, cuando cree que ninguna hermana la oye, que ojalá su hermana dejara de ser la superiora. De ese modo, ella sería libre. No sé qué tipo de libertad se cree que iba a tener.

Entonces caigo en la cuenta de que Asunción, al ser relativamente joven y estar en buena forma física, es una de las pocas «de allí arriba» que podría haber realizado los actos de vandalismo. Y gracias a la hermana Bernarda acabo de descubrir que también tiene un motivo. Si la abadía da la sensación de estar descuidada, su hermana no tardaría demasiado en ser destituida.

–Tengo que hablar con ella.

Los ánimos de Bernarda, y mi propia deducción afortunada, que ha espoleado la pregunta de ella y su respuesta involuntaria, me motivan muchísimo. Puede que sea verdad que esto se me da bien. Cuando trabajaba, el comisario no parecía confiar especialmente en mi inteligencia, pero creo que lo importante es que la que sea capaz de confiar en mí sea yo misma.

–Te acompañaré, tengo llave. Pero cuando estés a solas con ella…, ten cuidado.

El pabellón de las pacientes, en lo alto del edificio, allí donde más fuerte se oye el viento…, es el lugar más incómodo de toda la abadía. Estoy segura de que las enfermas están aquí mucho mejor que en otros sitios, sin embargo… Siempre es triste ser testigo de lo que el tiempo y la mala suerte pueden hacer con una mente humana.

–Asunción, esta hermana quiere hablar contigo.

La hermana de la abadesa me observa con curiosidad.

–Ya te había visto por aquí. ¿Qué eres, la nueva perrita faldera de mi hermana la perfecta?

Es posible que esto sea más complicado de lo que había previsto. Intento cambiar de tema, y echo un vistazo a la pared cubierta de bordados de punto de cruz. Pero en lugar de casitas, flores o alfabetos, como es tradicional, casi todos representan coches.

–Yo tenía uno como este –le digo–. Un Golf.

–¿Ah, sí? –Le cambia la mirada.

–Me encantaba salir de Badajoz e irme al campo para pisarle a tope. A tope… dentro de lo que daba de sí el cacharro.

–Ojalá tuviera uno –susurra ella–. Pero, aunque lo tuviera, ya no me dejarían…

–¿Qué no te dejarían?

–Conducir.

Respiro hondo. Se le ha ensombrecido la mirada. Supongo que esa prohibición se deberá a su patología.

–No confían en mí. Pero no fue culpa mía.

La manera en que lo dice, desviando la mirada al suelo, expresa una tremenda vergüenza. Y entonces recuerdo las palabras del sacerdote: una de las hermanas de aquí arriba estuvo implicada en un delito.

–¿Tenías un coche? ¿Qué modelo era?

–Un Ford Fiesta. De color azul. Me encantaba estar allí. Me sentía tan libre… Yo no tuve la culpa. El hombre salió de la nada. Tienes que creerme.

Antes de que pueda darme cuenta, la hermana Asunción está llorando, pero además me agarra del brazo con una fuerza tremenda.

–Dile a mi hermana que fue un accidente. Ella confía en ti, pero en mí no ha creído nunca. ¡Se cree que lo atropellé para divertirme!

–Estoy… estoy segura de que la madre sabe que…

–Dile que necesito salir de aquí aunque sea un día. No puedo estar encerrada más tiempo. No puedo…, no puedo…

La hermana Asunción llora en silencio, sin expresión en el rostro, mientras me agarra el brazo cada vez más fuerte, clavándome los dedos. Por eso la hermana Bernarda me advirtió que tuviera cuidado.

–Se lo diré –le aseguro.

Me gustaría decirle también que no puede imaginarse hasta qué punto la comprendo. Con toda la delicadeza de la que soy capaz, separo sus dedos como tenazas de mi brazo. Ella me lo permite.

–¿Me lo prometes?

–Te lo prometo.

Y entonces comprendo que la hermana Asunción no ha sido la responsable del vandalismo. Está tan desesperada por disfrutar del

aire libre que si hubiera tenido la oportunidad de salir de ese lugar ya haría tiempo que estaría lejos de la abadía.

Me encuentro en la antesala del despacho de la madre, inmovilizada por la duda. Siento un fuerte impulso de pedirle que deje salir a Asunción de vez en cuando, pero no sabría por dónde empezar. Uno, porque ella ni siquiera me ha dicho que se trate de su hermana, y sé por Bernarda que es información delicada. Dos, porque estoy a prueba.

Tendré que encontrar la manera de hacerlo bien. No es buena idea intentarlo hoy.

Unos minutos después, me sorprendo preguntándome cómo he acabado de nuevo en el obrador. Me consuelo de mi aturdimiento cuando la hermana María me regala unos cruasancitos en miniatura que no se podían vender porque les faltaba un brazo.

Creo que hay cosas que ya sé, solo que no sé que las sé. Solo tengo que reunir esos hilos y conectarlos. Hay algo… hay algo que ha estado siempre ahí, justo delante de mí, y que no estoy siendo capaz de ver.

–No te preocupes tanto –me dice la hermana María–. La abadesa ladra mucho, pero muerde poco.

–¿Quieres decir que no me obligará a irme?

–Oh, claro que tendrías que irte. Pero no será para tanto. Siempre podrás venir de visita.

Se me derrumba la mirada hacia el suelo. Y entonces veo un rastro de harina que alguien se ha olvidado de barrer. Y recuerdo lo que me dijo la hermana encargada de la limpieza: que la que traía los sacos de harina al obrador a primera hora era una de las hermanas más mayores.

–A lo mejor podría traeros la harina para que no la tenga que cargar una anciana.

–¿Cómo dices? –me pregunta María.

–Sí…, me contaron que la que trae los sacos por la mañana desde el almacén es una hermana de las mayores.

La hermana María niega rotundamente con la cabeza.

–En absoluto. Esa es una tarea de la hermana Dácil, que para eso tiene veintitrés años.

Vuelvo a notar la sensación de que algo no encaja, o, mejor dicho, de que va encajando… La harina en el suelo me mira como si quisiera decirme algo.

–Tengo que ir a hablar con alguien.

Vuelvo a buscar a la hermana que tenía el turno de limpieza, y le pregunto cómo se llama la monja mayor a la que vio cargando la harina aquella mañana. Y entonces me dice un nombre que yo ya he oído antes:

–Fue la hermana Justina…

Una campana como las de la iglesia de grande me resuena en la cabeza. La encargada del taller de arte, Violeta, me dijo que una de las hermanas más ancianas se había dedicado a la artesanía en el pasado. Y yo apunté ese nombre: Justina.

Atravieso corriendo el refectorio. Subo a la oficina. Pregunto quién es la hermana Justina y dónde puedo encontrarla en ese momento. Me dicen que a esta hora suele estar en el patio de la fuente, descansando después de comer. Y voy corriendo hacia allá.

Para mi sorpresa, descubro que Justina es la monja mayor que siempre va acompañada por la hermana Candela. Le pido permiso a esta para hablar a solas con la anciana.

–A mí no me tienes que preguntar –me dice Candela–. Ella hace lo que quiere…

Candela se va, y yo observo a la anciana. ¿De verdad alguien tan mayor podría haber hecho todas esas cosas sin ser descubierta? Y, sobre todo, ¿por qué motivo? Una vocecita dentro de mí me advierte de que estoy haciendo el ridículo, pero otra…

No sé por dónde empezar a preguntarle, así que le planteo las preguntas que debería haberle hecho desde el principio.

–Hermana, me contaron que usted lleva muchos años realizando obras de arte en la abadía. ¿Me podría contar cómo ha sido su experiencia?

La mirada se le ilumina al contarme cómo era todo en aquella época. Me explica que estaban todas muy unidas, y que las dificultades económicas les hacían sacarle el máximo partido a su ingenio y creatividad.

–Durante los setenta nos alimentábamos de lo que nosotras mismas cultivábamos, de manzanas que recogíamos y de los huevos de las gallinas y de las ocas. A veces me tocaba ir a recogerlos. ¡Los picotazos que me daban como me descuidara!

La hermana Francisca les enseñó a pintar y restaurar, tal y como me había explicado Violeta.

–Fue la mejor época de la abadía. Todas estábamos tan unidas… Éramos realmente como abejitas, cada una con su tarea. Había mucho que hacer y todo lo hacíamos con gusto. No era como ahora, que la gente solo hace cosas si dan dinero, y si no, se quedan sentadas. Entonces éramos necesarias, todas y cada una. Imprescindibles. Y eso nos hacía estar muy unidas.

La hermana habla con lucidez, y eso me hace pensar que está mucho mejor de lo que sugiere su aspecto. Entonces la mirada se le ensombrece.

–Ya no queda ninguna de todas ellas, tan solo yo. Y ahora es todo tan diferente… Antes nunca se nos hubiera ocurrido firmar nuestras obras, eso habría sido pecado de vanidad. Pero ahora así lo hacen, las firman, y alguna vez he oído que se llaman a sí mismas «creadoras». ¡Creadoras! ¡Eso es una blasfemia! ¡Tan solo existe un creador!

Le tiembla la voz al alterarse. Le pido que respire y se calme, y al cabo de unos minutos lo logra. Pero sigue con su tema.

–Se han perdido los valores. Era mucho mejor cuando pintábamos todas juntas, sin que cada una de nosotras tuviera mérito. Como abejitas…

–¿Y qué obras fue las que usted pintó?

–Eso no importa.

–Me gustaría saberlo.

Ella tarda mucho en responder.

–Una contraventana de la planta de arriba, de esas que llevan flores.

–¿Solo una? –me extraño.

–Yo pinté la mitad y la hermana Carmina la otra mitad. Dábamos las mismas pinceladas, al mismo tiempo, cada una en una mitad. Era tan bonito… Pura armonía.

Caigo en la cuenta de que las hermanas no saben que una de las contraventanas fue quemada, y me entristece pensar que pudiera ser precisamente la que pintó Justina… Pero entonces caigo en la cuenta de la coincidencia. Y no es la única: demasiadas casualidades me han llevado hasta esta mujer. Una contraventana pintada, una contraventana quemada. Solo una. Y algo me empieza a bullir dentro como un hormiguero pequeñito.

–Hermana, ¿qué otras obras hizo usted?

Lentamente, a regañadientes, la hermana Justina enumera todas y cada una de las piezas que han sido vandalizadas. Yo no me puedo creer lo que está sucediendo.

–Esto no puede ser casualidad. Hermana…, creo que alguien ha intentado destruir todas las obras que hizo usted, y solo esas.

Ella se queda en silencio. Entonces me riño a mí misma por haber sido tan tonta. ¡Pero si he venido a hablar con ella porque trató de disimular una pista!

–Fue usted, ¿verdad?

–Oí… oí que querían hacer un catálogo para documentar quién hizo cada cosa, quién pintó cada obra. ¡Y eso no está bien! ¡Es vanidad! ¡Yo hice todas esas pinturas para ayudar a la abadía y a mis hermanas!

La hermana se levanta con una energía que me deja de piedra.

–¡Nadie debería firmar sus obras! ¡No somos creadoras, ninguna de nosotras!

Y entonces sale corriendo con una velocidad que demuestra que tiene la agilidad suficiente para haberse pasado las noches destrozando cosas. Y también sé que nadie querrá castigarla por ello.

Miro las ventanas de la abadía, el patio en el que estoy… Giro sobre mí misma igualita que *Fräulein* María en los Alpes, doy una vuelta en redondo con los brazos abiertos en estos preciosos

Pirineos míos, y agradezco este entorno que se me ha dado y en el que, afortunadamente, podré quedarme.

CAPÍTULO 15

XELO



–¿De verdad era necesario preparar un pícnic entero? –suspira Olvido mientras acarrea la cesta que le toca.

–¡No seas cascarrabias! Me ha quedado buenísimo, y tú eras la que llevabas días diciendo que querías salir al campo.

–A hacer senderismo por la montaña, no a zampar a un merendero.

–Qué ingratitud… Yo no tengo la culpa de haber hecho comida para tres y que al final Landon no se haya animado a venir.

–Solo digo que no hacía falta este despliegue para hacer como que pasamos por aquí.

–Así queda más verosímil. No me importa hacer de abuela o de productora rica a cientos de kilómetros de casa, pero en mi propio pueblo no quiero ganarme fama de mentirosa. Y no te quejes tanto, que luego bien que vas a disfrutar de todo lo que he preparado tan amorosamente.

Pienso para mis adentros en lo sola que ha debido de estar Olvido todos estos años. Por una parte, no está acostumbrada a trabajar en equipo. Por otra, creo que no se le da bien recibir cuidados en general. Es como si pensara que no los merece.

Por mi parte, me muero de ganas de ver de cerca a los caballos. Desde pequeña he sentido una conexión especial por esos nobles animales, de modo que aprovecharé nuestra investigación para acariciarlos un poquito si me dejan. Incluso he metido en la cesta un regalito para ellos.

–Por cierto –recuerdo–, ¿hablaste con Lauri de todo eso del costillar?

–Sí –me cuenta Olvido–. Me acerqué a su casa para ver cómo estaba, y aproveché para sacarle el tema. Me dijo que su madre le pedía de vez en cuando que preparase cenas elaboradas, pero que a ella no le gusta demasiado cocinar y que solía encargarlas. En este caso se quedó sin tiempo y se la tuvo que pedir a la enemiga de su madre, esperando que esta no se enterase.

–¿Y cuál era la ocasión especial?

–El aniversario de la joyería. Se suponía que los tres iban a cenar juntos… Pero, por algún motivo, Fidel no quiso bajar, como sucedía a veces. Lauri me dijo que ella apenas probó la pieza, pero que Carmen se puso las botas.

–¿Crees que esa pudo ser la causa de la muerte? Un costillar con mucha salsa puede resultar muy adecuado para ocultar sabores extraños. Recuerda que Carmen creía que Dolores ya había intentado envenenarla antes, precisamente con una pieza de carne intoxicada… ¿Y si lo volvió a intentar?

–Una sustancia tóxica habría aparecido en la autopsia.

–No tendría por qué ser tóxica, bastaría con que Carmen fuera alérgica. Mira, otra cosa que no le hemos preguntado a Lauri.

Para que no se me olvide, se lo pregunto por mensaje de móvil en ese mismo momento.

–Tenemos que hablar con esos carniceros –recuerda Olvido.

Nos quedamos pensativas.

–Pero…

Olvido se queda mirando un nido de pájaro.

–También le pregunté a Lauri si creía que su padre podría tener algún tipo de trastorno psiquiátrico como doble personalidad. No fue capaz de decirme que no.

Ya estamos llegando. La entrada a la finca de Jules es un muro de troncos tipo empalizada, y creo que quiere sugerir un fuerte del Old West norteamericano. El cartelón que indica que esa es la sede del negocio de las calesas tiene la misma estética *country*

completamente importada. No sé qué tiene de malo el estilo de los pueblos de aquí para que este chico tenga tantas ganas de hacer que todo parezca Oklahoma.

–Te acuerdas de lo que tienes que decir, ¿verdad? –me susurra.

Yo asiento, componiendo una expresión de «¿por quién me tomas?», y Olvido llama al timbre.

Cuando nos abre la puerta una chica jovencísima, me pongo a recitar mi papel.

–¡Buenos días! Soy Xelo, la que tiene el anticuario en el pueblo. Estoy aquí con mi amiga, de paseo, y hemos oído a los caballos. ¡Nos haría mucha ilusión verlos!

La chica nos observa con los ojos muy abiertos, pero no sabe qué decir. Se nota que no está acostumbrada a tomar decisiones.

–Un momento –dice.

Al cabo de unos minutos llega el mismísimo Jules, el dueño en persona.

–¡Buenas! –le saludo, y le repito lo que ya le había dicho antes a la chica.

Él nos observa con un levísimo desdén en su mirada. Me da la impresión de que la gente que no es muy joven no es lo suyo.

–Estamos un *poquitó* ocupados *ahoga*… Tenemos visitas.

–¡Uy, no importa! –le digo–. ¡No nos molesta nada que haya gente! ¡Cuantos más, mejor!

Qué divertido me resulta poder dar rienda suelta a este morro que tengo y que a veces me veo obligada a contener. Sin esperar su respuesta, como si ya nos hubiera invitado a pasar, introduzco mi cuerpo por la puerta.

El francés suspira.

–Están *pog* allí –se resigna.

Olvido me sigue hacia las cuadras, y las dos observamos el entorno. Igual que el exterior, mantiene el estilo *country*, con madera cruda, barreños de aluminio, chapas comerciales estadounidenses como de los años cincuenta, cactus y atrapasueños por todas partes.

El encargado de cuidar de los equinos es Héctor, el hijo mayor de Victoria antiguo pretendiente de Lauri. Es mucho más trabajador y

sensato que el botarate de su hermano pequeño. Está cepillando a un caballo, y la verdad es que a los animales se les ve bien alimentados, saludables y contentos de estar allí.

–Señora Xelo, ¿cómo usted por aquí? –me pregunta.

–Tenía curiosidad por ver a estos pequeños a los que cuidas tan bien.

–Se hace lo que se puede…

Pero a pesar de la modestia de Héctor es evidente que esos animales están muy bien atendidos. Tienen el pelo lustroso y brillante de salud, y las crines perfectamente peinadas. Se les ve relajados. Los tratan como a los príncipes que son.

Saco del bolso, como quien no quiere la cosa, las zanahorias que había traído para los caballos.

–¿Y esas zanahorias?

–Las llevamos para el pícnic.

Decido olvidarme de la «bienvenida» del gabacho y me concentro en disfrutar de mi momento con los caballos. Alargo la mano para darle a uno la primera zanahoria, y sus ojos curiosos y brillantes se fijan rápidamente en mí.

Me encanta ver la precisión con la que toman cada bocado. Es un momento de intimidad entre ellos y yo. La sensación de poder alimentarlos y cuidar de ellos me llena de una profunda sensación de paz.

–Se ve que usted les gusta –me dice Héctor.

Yo le sonrío.

–Debería venir más a menudo a visitarlos.

Mientras los caballos mastican con gusto sus zanahorias, puedo apreciar su gratitud en sus suaves relinchos y el brillo de sus ojos. Me da la impresión de entender sus emociones mediante sus expresiones y movimientos. Es una experiencia humilde y hermosa, que me conecta con la naturaleza. Creo que es cierto que debería venir más.

Olvido, entonces, le pregunta a Jules:

–Este árbol… ¿de qué color son sus flores en primavera?

–Blancas –responde él expeditivamente.

–Pero ¿son grandes o pequeñas? ¿Son de las que hacen ramilletes o de las que cuelgan? Es que estoy tratando de escoger un árbol para mi jardín, y veo que este se ha dado bien en este clima.

–Jules no se fija mucho en las flores –dice la muchacha–. Él solo tiene ojos para los caballos. Pero sí, este árbol da unas flores preciosas, blanquísimas, en forma de campanas, ¡más grandes que mi mano!

Olvido le agradece a la chica los detalles, y yo me doy cuenta de que el francés está cada vez más molesto. ¿Qué le pasa a este tipo?

Cuando por fin salimos de allí, al pasar junto a la terraza, vemos quiénes eran los invitados de Jules. Nada menos que Yenu, la *influencer* del pueblo, y su pareja. Están vestidos con vaqueros y camisas holgadas, con botas y sombreros de *cowboy*, y el chico lleva incluso un corbatero de cuero rematado con un pequeño cráneo de búfalo.

Ni siquiera nos saludan, como era de esperar. La gente *normal* no va con ellos. Jules hace ademán de acompañarnos a la puerta, pero entonces Olvido dice:

–Uy, esa es Yenu, ¿verdad? ¿Crees que le importaría que me sacara un *selfi* con ella?

–Claro, venid –dice la asistente, que es un cielo.

Al francés no le hace la menor gracia. Y todavía menos cuando, al llegar junto a los *influencers* y presentarnos, Olvido suelta:

–¡Yenu! He oído hablar mucho de ti. Sobre todo, por mi amiga Lauri.

La *influencer* resopla mirando hacia arriba. Es fotogénica incluso cuando está fastidiada.

–¡Otra vez con ese asunto! ¡Ya le dije mil veces que le devolví las joyas a su padre!

–Mmmm…, de acuerdo, de acuerdo.

–¿Queréis una foto o qué? –pregunta con divismo.

–No, déjalo –le dice Olvido–. Lo que sí me gustaría es que vierais esta imagen.

Al decir esto, saca su móvil y les muestra las fotos de Sira. Jules se queda pálido.

–No estaba segura de que estas fotos hubieran sido hechas aquí hasta que tu asistente me ha confirmado que las flores eran blancas y en forma de campana. ¿Las ves?

El francés fulmina con la mirada a la pobre chica.

–Sabes quién es, ¿verdad? Es Sira, la chica que fue encontrada muerta en Zaragoza hace unos días.

–Estas *fotogafías* son de hace mucho tiempo, como *pgecisamente demuestga* que el árbol esté en *flog*. *Pog* aquí pasa mucha gente del mundo del *espectaculo*.

–¿Quieres decir que no recuerdas que estuviera aquí?

–Si *tuviega* que *recogdag* a cada *pegsona* que viene a una fiesta…, no me *quedagía memogia paga* nada más.

–Pero alguien tuvo que invitarla, ¿no? ¿Podría usted recordar, al menos, quién la trajo? Deben de tener un registro de quienes fueron invitados.

–*Pegdone*, *pego*, ¿*pog* qué *debegía gespondeg* a sus *pgeguntas*?

Olvido llama a Mónica, y tras hablar con ella unos segundos, le pasa el móvil a Jules. Este escucha, asiente, emite monosílabos, asiente, escucha, y no le queda más remedio que claudicar. El francés tiene muy claro quién es la que verdaderamente manda en Otoño, más que el alcalde o que la propia policía. Mónica podría acabar con su negocio con un solo chasquido de dedos.

–Está bien, *consultagemos* en los *e-mails* con quién vino.

–Eso sería de gran ayuda. Muchas gracias. ¿Y vosotros? ¿Estabais en esa fiesta? –les pregunta Olvido a Yenu, la *influencer,* y a su pareja.

Jules la mira y hace una inclinación de cabeza, como para indicarle que puede, y debe, responder.

–No te sabría decir. Todas las fiestas son parecidas. Si tenéis la fecha, podría mirar la agenda.

Tras comunicarle el día exacto, ella confirma que sí estuvo.

–¿Qué nos podrías contar de aquel día?

La *influencer* compone una pose teatral, casi como fingiendo que hace memoria. Supongo que estas personas están tan acostumbradas a posar y lucirse que se les ha olvidado cómo suelen comportarse el resto de los seres humanos.

–Es cuando vino la gente de Madrid, ¿verdad? De una agencia de publicidad. Teníamos que rodar no sé qué anuncio de un viñedo, lo gestionó todo mi agente.

–¿Y quién es tu agente?

Ella se limita a señalar, sin molestarse en mirarle, al novio que está a su lado.

–Román –se presenta el chico, dándonos la mano.

Es tímido, pero educado. Puede que las personas tan expuestas necesiten parejas que les proporcionen mucha calma y estabilidad.

El novio resulta de mucha más ayuda. Nos cuenta cómo les contactó el viñedo para la promoción, cómo fueron ellos los que gestionaron la llegada del equipo técnico de Madrid, los pormenores del breve rodaje, ya que solo había que hacer tres clips de quince segundos cada uno, y la fiesta que siguió. Incluso es capaz de enumerar a algunos de los asistentes, entre los que se encuentra Telma, la maquilladora.

–¿Hubo incidentes en esa fiesta?

Román sacude la cabeza.

–Más de los que nos habría gustado. El viñedo ese pagaba bien y creo que no volverán a hacer tratos con nosotros.

Jules carraspea sutilmente. Román se apresura a rectificar.

–Como ha dicho antes Yenu, todas las fiestas son parecidas.

Es evidente que hasta aquí hemos llegado. Olvido también se da cuenta.

–Está bien. Si os acordáis de algo más, por favor, decídmelo.

Para asegurarse de que realmente nos vamos, Jules le pide a Héctor que nos escolte hasta la salida. El chico trabaja allí desde que el francés se instaló en Otoño, y en el pueblo se dice que si no fuera por él, por todas las horas y cuidados que le dedica a esos caballos con mano experta, el negocio sería insostenible.

Cuando ya no pueden oírnos desde la terraza, Héctor, que apenas había abierto la boca, nos dice:

–Esa fiesta de la que hablaron…, cuando vino la gente del cine…, no fue bien. Había mucho descontrol. Nos dijeron que no viniéramos

a trabajar al día siguiente.

–Tenemos motivos para pensar que a esa fiesta vino la chica que murió hace unos días –le cuenta Olvido.

Él inclina la cabeza en señal de asentimiento.

–Es normal que pasen esas cosas. La gente bebe mucho y toman… de todo. Ya no saben qué pastillas y qué cosas inventarse.

–Héctor, ¿cómo podríamos enterarnos de algo más acerca de esa fiesta?

–La única que pudo haber visto algo fue Emilia, que se encargaba de la limpieza durante la fiesta.

–Muchas gracias, Héctor –le digo–. Eres un buen chico.

Él asiente de nuevo con cierta tristeza, como si fuera consciente de que, efectivamente, es un buen chico, y eso fuera algo que le perjudicara.

Al alejarnos del rancho de Jules, Olvido está pensativa, como hace siempre que quiere procesar informaciones recientes.

–¿Qué impresión te ha dado el francés? –me pregunta.

–Pues la de un listo que no hace nada solo porque no sabría. De estos que van de estupendos, pero que necesitan un ayudante hasta para hacerse un Colacao.

–Es evidente que Sira estuvo aquí, y que Jules lo sabía. No ha mostrado la menor sorpresa al ver la imagen, solo fastidio.

Pensar exactamente lo mismo acerca de una persona es algo que une mucho. Olvido continúa:

–¿Te fijaste en cómo miró a su asistente cuando ella me habló de las flores del árbol? Parecía que la fuera a asesinar.

–Es un hombre bastante maleducado. Pobre chica, no me quiero ni imaginar cómo debe de ser trabajar con un déspota como ese.

–Sí. Es un tipo desagradable y creído. Pero creo que ahí estaba sucediendo algo más. No me pareció una mirada de «no hace falta que les dirijas la palabra a estas señoras, queremos que se vayan cuanto antes». No. Era una mirada de «pero ¿qué cojones estás haciendo?». La chica estaba metiendo la pata en algo. Y no era que las flores del árbol nos pudieran ayudar a identificar el lugar, ya que

Jules en ese momento no sabía que teníamos las fotos, algo que lo sorprendió bastante.

–Pero… ¿qué otra cosa puede ser? ¿Qué interés puede tener un simple árbol?

–Pues todavía no lo sé, pero estoy dispuesta a averiguarlo.

Lo que hay dentro de la cesta del pícnic son hojaldritos de puerro confitado y empanadillas de espinacas con pasas y piñones, además de unas brochetas de tomates *cherry* y bolitas de *mozzarella*.

–¿Por qué te gusta pasarte tantas horas en la cocina? A mí ya me cuesta hacer algo que no sea pasta o una tortilla francesa… Lo veo como una gran pérdida de tiempo.

Observo atentamente a Olvido.

–Supongo que cada persona tiene un lenguaje para expresar lo que realmente le importa. En mi caso, puedo ser muy simpática con todo el mundo, pero solo cocino en serio para la gente a la que realmente quiero.

Ella evita mi mirada, algo incómoda.

–Es algo que he heredado de mi abuela, de mi madre… Rara vez nos abrazaban o nos decían cosas bonitas, pero se volcaban en que tuviéramos delante cosas deliciosas para comer. Tradición familiar –sonrío.

–Están impresionantes –reconoce Olvido antes de meterse en la boca uno de los hojaldritos.

Nos rodean los robles, y el sol reparte una luz clara y atenuada. Los pájaros cantan a nuestro alrededor, quizá relamiéndose con el festín de migas que les espera cuando nos vayamos.

–Te lo agradezco –me dice, por fin, Olvido.

Entonces me acuerdo de algo importante que, con todo el lío de hacer el pícnic, no me ha dado tiempo de contarle a Olvido.

–¡Por cierto! Esta mañana mientras compraba la rúcula se me ha acercado Victoria. Me ha llevado aparte, así como con mucha intriga, y me ha dicho que se ha enterado de que voy por ahí haciendo preguntas y pesquisas «con esa amiga mía tan rara».

–Muy buena descripción –se ríe ella.

–Después… ha sido un poco extraño, pero ha bajado la voz y me ha dicho que, si descubrimos algo que podría implicar a personas cercanas, por favor digamos que fue ella. Creo que ha sido, exactamente: «Si lo van a meter en problemas, que lo dejen en paz y me metan a mí».

–¿Cómo? ¿Se quería echar la culpa a sí misma?

–Algo así. Supongo que le da miedo que puedan acusar a su hijo. Como medio pretendió a Lauri pese a que Carmen se oponía… Cuando el río suena, es que algo de agua lleva…

Olvido se queda pensando.

–Puede que no. Quizá no esté intentando atribuirse una posible falta de Héctor, sino protegerlo de algo que ha hecho ella misma y de lo que él podría resultar sospechoso.

–¿Quieres decir…?

–Aquí hay un montón de cosas que no me encajan –se queja Olvido, frotándose la frente–. Pero claro que Victoria podría haber hecho algo para vengarse de Carmen, aun después de tantos años. Esas cosas pasan. Especialmente si ha sucedido algo que lo remueva todo.

–¿Como qué?

–Pues cualquier cosa. Imagínate, por ejemplo, que Héctor hubiera vuelto a acercarse a Lauri y esta lo hubiera rechazado por segunda vez…

Estoy a punto de decirle «tú no la conoces como yo», pero me lo pienso mejor. Por mucho aprecio que le tenga, no puedo descartarla como sospechosa…, precisamente porque la conozco. Tengo que hablar con ella cuanto antes.

Nuestra conversación queda interrumpida por un paseante. Lleva una cazadora verde de rombos, un sombrero austríaco, y está flanqueado por dos perros de raza de los que cuestan tres mil euros cada uno. Observo a Olvido para ver qué cara pone al ver al alcalde.

–Buenas tardes, señoras –nos saluda, con su deslumbrante sonrisa.

–Buenas –le dice Olvido, con media sonrisa.

Se está haciendo la enigmática.

–¿Has venido a buscar setas? –le pregunto.

–A lo que caiga –dice él, mirando directamente a Olvido–. A veces en el bosque se encuentran cosas mucho mejores que las setas.

–¿Como los Rolex? –le digo, recordando el viejo chiste.

–Exacto –dice él, galanteando sin complejos con mi amiga.

–Me gustaría preguntarle algo –dice Olvido–. El otro día usted le dio a entender a Xelo que Héctor podría estar en problemas. ¿A qué se refería?

El alcalde sonríe y entorna la mirada.

–Ya me contó Mónica que había solicitado tus servicios. Me moría de ganas de verte en acción.

–Pues si me respondes puedo seguir haciéndote preguntas.

Madre mía. No sé dónde meterme. Esto es casi como el principio de una película de esas que yo no veo… casi nunca.

–Drogas –resume el alcalde–. Y todo apunta hacia él. Llevamos meses investigando. Xelo, confío en que no seas indiscreta.

–No serviría de mucho que lo fuera, ¿verdad?

–Quizá para que Héctor huyera a otro sitio, lo cual no sería tan malo. Un problema menos en el pueblo. –Se vuelve a girar hacia Olvido y cambia completamente de tono–. Dispárame otra. Lo estoy deseando.

–Lucho –se limita a decir Olvido.

El alcalde agita la cabeza como si espantara un moscardón.

–Vaya, estás en todo. No sabía que te ocuparas de más asuntos aparte del caso de la maquilladora.

–Esto es por amistad –le aclara ella.

–Seré sincero –dice el alcalde–. No me gusta ese hombre. Desde el primer momento sabía que daría problemas, y así ha sido. Tengo a la comunidad revuelta con sus escarceos. En confianza os diré que tiene antecedentes en su país. Hay gente que se escapa de un sitio para evitar responsabilidades.

–¿Antecedentes de violencia? –le pregunta Olvido.

–Robo. Pero es lo mismo. Quien es capaz de una cosa, es capaz de otra. Estoy seguro de que, antes o después, cometerá un error y podremos librarnos de él de una vez por todas.

Este hombre quiere librarse de un montón de conciudadanos.

–¿Dolores, la carnicera?

Él se lo piensa.

–Impulsiva. Muy buena en lo suyo, tengo que reconocer que el cuchillo lo maneja de auténtico lujo. Es capaz de sacar, cortando a mano, lonchas más finas que la máquina. Pero no es muy buena esposa, me gustaría que Damián encontrase a alguien mejor. O al menos, que pudiera estar solo y quedarse tranquilo. Esa mujer no le da más que problemas. No se soportan desde hace mucho. Él la ignora, pero ella le machaca con comentarios de desprecio. No comprendo cómo puede aguantarlo.

–¿Es amigo tuyo?

–Los cazadores y los carniceros siempre nos llevamos bien. Ellos necesitan de nosotros y nosotros de ellos. Tenemos cosas en común.

–¿Crees que Dolores podría haber estado tan celosa de Carmen como para hacer una locura?

–Desde luego que sí –asegura él–. Pero también creo que nos habríamos dado cuenta si hubiera sido así. En los pueblos todos estamos muy vigilados.

Eso me da que pensar. Quizá el alcalde está sobreestimando el control que tiene sobre los ciudadanos. Es cierto que todo el mundo conoce a todo el mundo, pero la gente no puede estar pendiente de todo las veinticuatro horas. Alguien que, precisamente, conociera muy bien los hábitos de todo el mundo, podría encontrar una ventana de oportunidad. La mayor parte de la gente no registra lo que le resulta cotidiano, y si la carnicera doblemente celosa hubiera esperado en el porche a la hora adecuada, como sugirió Olvido, podría haber cometido el crimen sin despertar sospechas.

–¿Y Telma, la maquilladora?

El alcalde sonríe de oreja a oreja. Está irresistible cuando hace eso.

–¡Esa sí que no me la esperaba! Pues lo que sé de ella es que fracasó en su profesión, y vino aquí a retirarse de las ambiciones, como tantos otros habitantes de Otoño. A diferencia de Dolores, no destaca por la calidad de su trabajo. Una vez recibimos una queja formal de una niña de seis años después del pintacaras de carnaval, así de mala es la pobre.

–¿Sabes de algún conflicto que pudiera tener con Carmen?

El alcalde lo piensa un momento, y sacude la cabeza al acordarse.

–Sí. Fue una disputa a altas horas de la noche, en el sitio menos recomendable de por aquí. Carmen a veces iba con Lucho porque sabía que estaba a salvo de los cotilleos. Ningún marido le diría a su mujer que estuvo allí.

–Comprendo.

–Telma iba a veces a maquillar a las chicas antes del espectáculo. Ese día debía de estar medio deprimida porque se quedó más tiempo de la cuenta, y bebió de más. Iba tan cocida que tuvimos que llevarla a casa, pero antes le dio tiempo a intentar ligar con Lucho y Carmen casi le saca un ojo.

Olvido me mira como diciendo: «Por eso Lauri no sabía nada».

Cuando el alcalde se aleja con sus perros, observo a mi amiga por el rabillo del ojo.

–Está fenomenal para su edad –comento.

–Eso es innegable –se limita a decir ella.

Y yo pienso que no tiene sentido que le intente tirar de la lengua. No me va a contar si le gusta o no. De lo que sí estoy segura es que los diez minutos siguientes al encuentro, Olvido está tan pensativa que no pronuncia una sola palabra.

Justo entonces me llega la respuesta de Lauri a la pregunta acerca de las posibles alergias de su madre.

–Carmen no tenía ninguna alergia conocida –informo a Olvido.

Ella mueve la cabeza distraídamente. A veces me pregunto en qué estará pensando, pero sé que odiaría que me interesara por lo que sucede en la privacidad de su cabeza.

–Xelo, creo que deberías hablar con tu amiga Victoria. Quizá en confianza se le escape algo.

–Estoy segura de que no serviría de nada. Por mucha confianza que haya, nunca cometería un desliz que pudiera perjudicar a ninguno de sus hijos. Y nuestra amistad quedaría dañada para siempre si tuviera la sensación de que la estoy investigando.

Afortunadamente, Olvido lo comprende.

Ya de regreso en casa de Olvido, Landon baja en cuanto nos ve. Le contamos nuestra pequeña aventura visitando a los caballos y con el pícnic en el bosque, y nos hace prometer que la próxima vez lo llevaremos.

–Tengo una cita con una chica de este pueblo –nos anuncia.

–¿Y eso?

–Mujeres de aquí muy sociables…, muy agradables. Me gustaría novia.

Mientras nos cuenta su historia con la chica a la que ha conocido en el supermercado, me sorprendo pensando de nuevo en lo mucho que me gustaría tener treinta años menos en este momento.

CAPÍTULO 16

MAGDALENA



–Así que, después de todo, lo resolviste tú sola –me dice Olvido.

No puedo evitar sonreír de pura satisfacción.

–¡Eso parece! La madre abadesa me ha felicitado en persona.

–Me gustaría, entonces, corresponderte por los visillos. Te deben de haber llevado horas.

–Déjame que te los regale. Al fin y al cabo, fueron las preguntas que me planteaste las que me pusieron sobre la pista.

La cafetería El Oso y la Miel está muy tranquila a esta hora de la mañana. No es el típico sitio donde tomarse un café de pie e irse, sino un lugar en el que detenerse a pasar un rato agradable. Por eso suele estar más lleno por las tardes, cuando la gente ya ha terminado su jornada laboral.

He puesto al corriente a Olvido de todo lo sucedido en la abadía. Las pistas que seguí, los cabos que até, las observaciones que descarté y la intuición que, por fin, me llevó hasta la hermana Justina. Cuando se lo conté a la abadesa, esta me informó de que hacía unos años le habían sustituido la cadera por una de titanio. ¡Por eso corría como un galgo!

Olvido me ha escuchado con atención, asintiendo de vez en cuando, como si aprobara mis métodos o mis deducciones. ¡Me he sentido superorgullosa!

No puedo parar de hablar. Le cuento también todo lo de las abejas, desde la primera vez que la abadesa me habló de ellas hasta mi *«revelación»* frente al mural de cerámica. Ella inclina la cabeza, y me da la sensación de que me comprende a la perfección.

–¿Qué es eso que has pedido para beber?

–Ah, se llama *chai*. Es una bebida de té con leche y especias. Está muy rica.

–¿Lo puedo probar?

–¡Pues claro!

Olvido bebe de mi taza y, tras pensárselo un poco, emite un juicio:

–Demasiado dulce. Podría estar bueno si no llevara tantísimo azúcar…

–Lo puedes hacer en casa si tienes un molinillo o algo parecido. Yo lo hacía así cuando vivía en Badajoz. Lleva canela, clavo, cardamomo, jengibre, anís estrellado y semillas de cilantro.

–¡Uy, cuántas cosas!

–En realidad si solo tienes algunas de ellas está rico igual. Y también se puede hacer sin triturarlas, solo hay que conseguir que su sabor pase a la leche a fuego lento.

–¿Te gusta la cocina o simplemente eres golosa?

–Me has pillado…

–¿Por eso escogiste estar en una abadía que se dedica a hacer dulces y pasteles?

–Supongo que fue un factor importante, sí… ¡Pero decirlo así lo hace parecer bastante frívolo! –Nos reímos–. La verdad es que me gusta mucho estar allí. Es un lugar cálido, me siento protegida. Es como si los males y las miserias del mundo no pudieran alcanzarme allí dentro. Entre esos muros solo se percibe la paz de la oración, el orden de una comunidad donde todo el mundo tiene una función y la cumple con gusto, y el dulce perfume del obrador.

–Una colmena armoniosa.

–Así es. Lo que pasa…, no sé por qué, pero todavía no he encontrado ninguna amiga verdadera entre las hermanas. Con muchas me llevo bien, pero no se ha producido una conexión.

La miro a los ojos, como para transmitirle que, con ella, me sucede eso precisamente. Puede que sea por las semejanzas de nuestras vidas pasadas. Es difícil saber a ciencia cierta cuál es la levadura que hace que prospere una amistad y otra no. Ella parece

comprender de lo que le hablo. Y, por fin, me siento preparada para contarle lo que llevo tanto tiempo guardando.

–Te voy a contar algo que ninguna de ellas sabe, excepto la madre abadesa. Hace casi un año y medio estaba de patrulla en uno de los barrios difíciles de Badajoz. El comisario solía ser reticente a enviar allí a agentes mujeres, pero yo le insistía en que todos deberíamos repartirnos el trabajo por igual. No tiene sentido pedir la igualdad de oportunidades si después el trabajo de las chicas va a estar aligerado…

–Estamos de acuerdo.

–El caso es que se suponía que aquella iba a ser una tarde rutinaria, de vigilancia, para que la gente del barrio viera que allí había presencia policial. Pero entonces llegaron tres motos de compañeros con una orden judicial para hacer una redada en un almacén.

–¿Droga?

–Droga, armas…, de todo. El oficial nos repartió las posiciones y a mí me tocó entrar por la salida lateral del edificio.

Siento un leve mareo al recordar esa noche, como suele sucederme. Las imágenes están cargadas de sensaciones traumáticas. Sin embargo, con el paso del tiempo, estas impresiones negativas son cada vez más tenues. Poco a poco voy sanando.

Le doy un largo trago al *chai*, y dejo que su dulzura y calidez me cuiden por dentro. Respiro hondo y me concentro en el bienestar que me proporciona.

–Subimos por la escalera de emergencia, era metálica y muy estrecha. Solo cabía una persona. Yo iba delante de otro compañero. Una vez más, me había empeñado en estar en esa posición.

–Nos pasa a muchas mujeres. Siempre tratando de demostrar el doble.

–Exacto. Compensando, supongo… Pero, claro, cuando uno de los delincuentes salió por la portezuela de metal, solo estábamos a cuatro metros. Él no tenía otra salida. Llevaba una pistola en la mano y no dudó en apuntar contra mí. Estaba muy nervioso. Fue todo muy deprisa.

Se hace un silencio.

–Pero estás aquí.

–Yo sí, pero él no. Me disparó en el hombro, quizá solo intentaba herirme o asustarme para poder escapar. Quizá estaba tratando de darle a mi compañero porque a mí no me consideraba una amenaza. He revisado la escena tantas veces en mi cabeza desde entonces… Era un chico muy joven. Aún tenía granitos en la cara. Y yo lo maté.

–Solo tuviste unas décimas de segundo para reaccionar. Y él escogió disparar en lugar de volver a entrar y cerrar la puerta.

–Eso me dijo el comisario, y todo el mundo. Me había encontrado muy pocas veces en situaciones parecidas, y creo que el estruendo del arma ilegal fue lo que provocó mi respuesta. En los entrenamientos estamos acostumbrados a intentar dar en los puntos vitales, era lo que había aprendido a hacer, y fue el automatismo que repetí. Pero debería haberle apuntado al brazo en el que llevaba el arma.

–¿Y si no hubieras acertado? Un brazo es un blanco bastante estrecho. En ese caso, estarías muerta.

Mi mirada se pierde en un punto indeterminado. Sí, tiene razón. Y también la tenía mi madre cuando me dijo que esas cosas podían suceder en el trabajo que había escogido. Ser policía conlleva situaciones reales.

–A pesar de ser consciente de que eso podía suceder en mi trabajo, una cosa es imaginarlo y otra vivirlo. La cara de ese muchacho… la llevaré siempre grabada. Y entonces hice algo que nunca debería haber hecho. Me puse a investigar a escondidas a la familia del chaval. Tenía un bebé. Su mujer debía de quererlo de verdad, porque parecía hecha polvo, y encima se había quedado sola para cuidar del pequeño. Los padres, destrozados. Me sumí en una depresión, me obligaron a pedir la baja y la psiquiatra me recetó pastillas. La medicación me quitaba la ansiedad y las pesadillas, pero no me hacía sentir mejor.

–Sé lo que es eso…

–No sufría como antes, de acuerdo, pero también era incapaz de disfrutar de nada. Me había vuelto como de cartón. Ni padecía ni podía alegrarme. Y una mañana, al despertarme, no sé lo que habría

soñado, pero vi claramente que no podía continuar de la misma manera. Dejé de tomarme las pastillas.

–¿Así, de golpe?

–La psiquiatra me había insistido tanto en que debía tomarme todo lo que ella me dijera que ni siquiera se lo dije. Pensé que no sería para tanto, que podría desengancharme sola… ¡Pero no veas qué mareos! Era como si mi casa fuera un barco. Y uno de esos días… vi a María.

Olvido enarca las cejas. No pregunta.

–Vi a la Virgen María. Pero no era la Virgen de la Amargura coronada, ni la Virgen de la Esperanza Macarena, ni la de Triana, ni la de las Angustias. Era una muchacha como de dieciocho años, vestida con una túnica sencilla blanca y azul, con carita de buena. No solo de buena: de una clemencia y una compasión radiantes, con una sonrisa que lo iluminaba todo. Era la verdadera. Y me recordó que yo me había hecho policía debido a mi amor por la justicia y mi voluntad de defender a los menos favorecidos, pero me dijo que había otros muchos caminos para llevar a cabo esa tarea.

Esto es algo que ni siquiera sabe la madre abadesa. Ni tampoco mi psiquiatra. Solo se lo había contado a mi madre. Observo atentamente la reacción de Olvido, pero en su mirada no hay juicio, escepticismo ni desprecio.

–No me dijo específicamente que me hiciera monja, pero capté la idea. Y ya sé que todo pudo ser una alucinación causada por el mono de las pastillas, pero, para mí, fue un milagro. Me puso en un camino que me ha sanado.

–Eso es lo importante –comenta, esbozando una sonrisa.

No me atrevo a preguntarle si ella, alguna vez, le ha quitado la vida a alguien. Creo que prefiero pensar que sí lo ha hecho, porque de ese modo yo no soy la única.

–Ahora lo comprendo mejor todo –me asegura.

Un nuevo silencio se establece entre nosotras, y, una vez más, ninguna parece incómoda con ello. Para mí, eso es la prueba de que por fin he encontrado una amiga.

–¿Cuál era tu nombre antes? –me pregunta.

Yo dudo antes de decírselo. Me da miedo que eso sea un paso en la dirección equivocada, como si tuviera que invertir toda mi energía en dedicarme a ser la hermana Magdalena. Pero al final lo hago.

–Lucía.

No pronunciaba esa palabra desde que llegué y me sabe extraña en la boca. Ella me mira a los ojos.

–Es un nombre muy bonito y encaja contigo. Pero Magdalena también.

Asiento. Sí, yo podría ser cualquiera de esas dos personas. La cuestión es… decidir quién quiero ser. Cuál de las dos es mejor para mí y para el mundo.

–¿Me acompañarías a hablar con algunas personas? –pregunta Olvido–. Es para el asunto de Lauri…, bueno, de su madre, Carmen.

–Que en paz descanse.

–Hemos estado indagando y hay gente que, por lo que parece, tenía cosas contra ella. Quisiera saber hasta qué punto podía llegar esa enemistad.

–¿Crees que mi presencia servirá de algo?

–Ya has demostrado ser muy observadora.

Me hace ilusión que valore mis capacidades. ¡Ojalá mi antiguo comisario hubiera sido más como ella! De modo que nos ponemos en marcha. Nuestro primer destino es la carnicería.

El lugar no ha cambiado demasiado desde la última vez que me fijé en él. Sigue manteniendo un aspecto algo inquietante, y no solo por la falta de higiene. Es como si se hubiera congelado en el tiempo en una época más brutal y más oscura.

La carnicera se nos queda mirando sin decir nada. Es una mirada interrogativa y casi feroz, si tuviera que ponerle palabras serían: «¿Qué carajo os creéis que estáis haciendo al merodear por aquí?».

–Buenas –interviene Olvido–. Quisiera hacerle algunas preguntas, si es tan amable.

–En general no lo soy –asegura la carnicera–. Pero ya me han contado que Mónica le ha pedido que husmee en nuestras vidas.

–Tengo entendido que tenía usted cierto… cierto conflicto con Carmen. ¿Podría hablarme de él?

–No es ningún secreto. Fue novia del imbécil de mi marido, cosa que no le hace gracia a ninguna mujer. Pero es que después se hizo amante de mi amante, lo cual ya parece recochineo.

Me asombra la franqueza de la mujer, que remacha sus palabras descargando un cuchillo gigantesco sobre un costillar.

–¿Qué hizo usted el día que la encontraron muerta?

–Pasarme aquí todo el día. Mis clientas pueden dar fe.

–¿Hay cámaras en la carnicería?

–Menuda estupidez. ¿Para vernos a mí y al gañán de mi marido? Aquí la seguridad funciona de otra manera. Si a alguien se le ocurriera robarnos, nos daríamos cuenta, y a esa persona no la atenderíamos más.

–¿Cuál es su horario de apertura y cierre?

–Ahí lo tiene, en la puerta.

Olvido y yo nos fijamos en un descolorido cartel de plástico en el que hay cuatro ruedecitas para indicar el horario de mañana y el de tarde.

–Solemos estar aquí un par de horas antes para preparar las piezas, y nos quedamos recogiendo y limpiando como mínimo otra hora al acabar.

–¿Recuerda lo que hizo después de cerrar?

La carnicera observa con sorna a Olvido durante unos segundos antes de responder. Es casi como si la estuviera desafiando.

–Irme a mi casa a poner las piernas en alto y beberme una cerveza acompañada de torreznos mientras veía la tele.

–Lauri me dijo que tenía usted llaves del portal de la casa de Carmen.

–Le dejábamos allí los encargos semanales. Siempre hacían el mismo pedido, Fidel es un hombre de costumbres. El panadero y Victoria hacían lo mismo. Esta costumbre la pusieron de moda los aristócratas del balneario, y en cuanto Carmen se enteró, no perdió ni un minuto para imitarlos. ¡Se debía de creer que era de la misma clase que ellos!

La carnicera se ríe a carcajadas ante esa idea.

–Pero a usted tampoco le habría gustado que viniera por aquí, ¿verdad?

–Desde luego que no. Disponer de una llave era el mejor arreglo para no tener que vernos. Ya me dirá su hija si quiere mantener el trato o prefiere que le devolvamos la llave.

–¿Podría hablar con su marido?

–Está haciendo un reparto, el muy vago va con retraso. Pero ya le adelanto que pierde el tiempo con nosotros. Si quisiéramos matar a alguien, le aseguro que ese cadáver no aparecería. Estaría hecho chuletas en media hora, y encima se las venderíamos a la gente del pueblo y sacaríamos un buen dinerillo.

Me quedo horrorizada por la naturalidad con la que comenta esta posibilidad. No lo dice en plan chiste, sino como algo que hubiera valorado seriamente muchas veces. La veo completamente capaz de hacerlo.

Cuando salimos de allí, tanto Olvido como yo necesitamos un rato para asimilar lo que hemos vivido.

–¿Tú qué opinas? –me acaba preguntando.

–Que ha sido completamente sincera en eso de que no habría dejado un cadáver si lo hubiera hecho ella.

La siguiente en la lista es Telma. La encontramos en el bar menos recomendable de todo el pueblo. Es un lugar grasiento donde todos los clientes menos ella son hombres, y todos, incluyéndola a ella, están fumando dentro.

–¿Tenemos que entrar ahí? –le pregunto a Olvido.

–Es lo que hay. Estará más relajada en su entorno.

Olvido tiene razón. A Telma le hace muchísima gracia ver allí a una monja, y se une a los chistes de aquellos hombres rudos a mi costa. Para cuando Olvido la sorprende con sus preguntas, ya tiene la guardia completamente bajada.

–Carmen era una hipócrita que quería tener las ventajas de una vida respetable, pero que hacía lo que le daba la gana. Le gustaba apostar, decir palabrotas y azuzar a los hombres para que se pelearan entre sí. Era capaz de invitar a bebidas y a droga con tal de ver a la gente perder el control, solo porque le divertía. Era retorcida y manipuladora. Durante el día disimulaba, toda finura y sonrisas en su joyería. Pero de noche, en los antros a los que venía con Lucho, en las fiestas y en las timbas del *camping*, es donde se veía

realmente quién era. Los que estamos aquí sabemos muy bien de lo que era capaz.

Algunos de los hombres asienten, como recordando escenas desagradables del pasado.

–¿Cree que hay alguien que tuviera ganas de vengarse de ella?

–Pues claro, todos. Yo la primera. Si su marido no fuera tan poco atractivo, me habría enrollado con él solo para fastidiarla. Aunque a lo mejor le habría dado igual. Era un hombre tan insignificante que si hubiera sido él quien desapareció, la gente habría tardado semanas en darse cuenta.

Olvido le agradece su ayuda. Pero antes de que nos vayamos, le dice:

–Por cierto…, los que la conocen de toda la vida piensan que su hija no es hija de Fidel. El año anterior se la vio mucho con Damián, especialmente de noche.

Esta última revelación parece calar hondo en Olvido.

–Bueno, ya va siendo hora de que regrese a la abadía –le digo.

–Te agradezco mucho tu ayuda. Hay que pensar mucho sobre todo lo que hemos descubierto… Pero otro día tienes que conocer a mi amiga Xelo –me dice Olvido–. Creo que te va a caer muy bien. No es de las que se pasan todo el día pensando en tonterías.

CAPÍTULO 17

XELO



¿Cuántos años llevo haciéndome la raya del pelo en el mismo lado? Podría ser el momento de probar algo nuevo.

Suspiro al mirarme en el espejo. Me apetecía ir a la peluquería esta vez, pero me he tenido que apañar sola porque no me gustaría que las *caris* comentasen que he ido a la peluquería porque tenía cita con el médico.

A veces me gustaría…, no sé, verme diferente. ¿Qué podría cambiar? ¿El tono del tinte? ¿El corte? Quizá algo más de mantenimiento merecería la pena a cambio del resultado. Sentirme renovada, verme más joven, con más energía.

Tras probar un par de cosas con horquillas, colocarme el pelo de otras maneras… Al final me decido por lo de siempre. Supongo que el principal motivo es, precisamente, que no quiero que la gente piense que me he hecho un cambio de *look* porque me toca consulta. Especialmente el propio doctor.

Por otra parte, mientras me pongo la crema hidratante, me planteo la legitimidad de mis propias motivaciones. ¿Por qué quiero gustarle a Ernesto? ¿Estaría dispuesta a tener una relación con él si las cosas llegaran a más, o simplemente me gusta disfrutar del coqueteo?

Suspiro, y miro el móvil. Hace tan solo unas horas, Tacho, el capitán, ha vuelto a escribirme. Por supuesto que me reconoció cuando nos plantamos allí en su casa cuartel, y, a pesar del tremendo ridículo que hice y de que se debieron de pasar horas

riéndose, me propone que tengamos otra cita. Todavía no le he respondido.

Ese hombre no tiene nada de malo. Si yo realmente quisiera algún tipo de relación con alguien, lo lógico sería que le diera una oportunidad. Pero la verdad… La verdad, Xelo, es que no quieres involucrarte con nadie. La vida es mucho más sencilla cuando se va por libre, entrando y saliendo sin tener que dar explicaciones.

Ernesto, por otra parte, tampoco tiene muchas pegas. Quizá llegue el momento en que deba resignarme a tener pareja estable y renunciar a la libertad.

Olvido me llama y me pone al día de sus nuevas averiguaciones. Ha estado haciendo pesquisas con una monja, nada menos. Y ella le ha contado que estuvo visitando a Fidel con Lauri, y que tuvo una sensación muy extraña. Tengo que aprovechar mi visita con Ernesto para preguntarle sobre todos estos asuntos.

El doctor me abre la puerta de la consulta en persona, y estoy segura de que no lo hace con todo el mundo.

–Bienvenida, Consuelo. Pasa, pasa. ¿Qué tal te encuentras de la artritis?

Tengo un segundo de duda. ¿Debería explicarle que no me gusta que me llamen Consuelo, como me sugirió Olvido? Al final decido que no. Demasiado esfuerzo por mi parte, no quiero hacerle sentir mal a estas alturas.

–Mucho mejor, Ernesto. Eso que me recetaste va estupendamente.

–Ya me han pasado los resultados de los análisis. La situación ha mejorado, pero no tanto como yo esperaba. ¿Estás caminando?

–Todos los días. ¡No paro de corretear de aquí para allá!

–Eso está bien, pero sería mejor que salieras al campo.

–Ya, es lo que me dice Olvido todo el rato.

–Es tu amiga la que ha venido al pueblo hace poco, ¿verdad?

Hace una pausa antes de continuar.

–Me ha dicho Mónica que la está ayudando a hacer algunas averiguaciones.

–Sí. Antes era detective privada.

–Parece ser que hay ciertas sospechas sobre el francés, ¿verdad?

Supongo que Mónica ha debido de hacerle preguntas. Yo asiento.

–Esa gente… Me han venido pacientes con cosas muy raras. Drogas de diseño que no había visto en la vida. No te acerques a ellos…

–Pero, doctor, yo no soy una de esas jovencitas de buen ver a las que invitan a esas fiestas… Yo prefiero quedarme en casita tomando el té, y más ahora que está aquí Olvido.

–Espero que no te moleste que te lo pregunte, pero ¿sois solo amigas?

–¡Pero bueno, Ernesto! ¡Qué cosas dices! ¡Ese es un comentario de auténtico berzotas! ¿Es que no sabes que la vida privada de la gente es, como su propio nombre indica, *privada*?

–Vaya, lo siento. Es que se os ve tan unidas…

–En ningún caso sería asunto de tu incumbencia, ¿no crees?

Aunque se lo he dicho con más humor que otra cosa, el pobre se queda mirando al suelo.

–Siento mucho haberte incomodado. Ya sabes que estoy muy interesado en conocerte mejor. Estoy convencido de que nos iría muy bien juntos. Me gusta mucho tu nombre… Consuelo. Es justo lo que necesita alguien como yo, después de como me ha tratado la vida.

Se le ve tan compungido que ahora me da penita. Si es que hay que ver…

Pero todo eso de que él *necesita* a alguien no me parece demasiado atractivo. No lo sé, puede que la rara sea yo y no él, pero si tuviera que estar con alguien me gustaría que se tratara de algo divertido, para pasar juntos el rato de manera agradable. Nada de necesidades.

Tengo que hacer algunas filigranas para cambiar de tema y desviarlo hacia donde me interesa. Le pregunto por Fidel.

–Ernesto, sé que eres amigo de Fidel. ¿Crees que podría tener personalidad múltiple?

Él sacude la cabeza, indeciso.

–No soy un especialista. Sí que es verdad que en muy contadas ocasiones le he visto estallidos de ira muy agudos, pero no me han parecido algo fuera de lo habitual. Quizá llamaban más la atención por contraste, por ser él tan tranquilo normalmente. Es tan introvertido…, últimamente costaba muchísimo sacarlo del taller.

–Pero, a pesar de vuestra amistad, avisaste al alcalde y a Mónica de que era necesaria una autopsia…

–¿Cómo lo sabes? Está claro que en este pueblo no hay secretos… Sí, me pareció que era lo correcto avisar, a pesar de que se tratara de un amigo.

–Es decir, ¿que consideras posible que haya sido él?

A su pesar, Ernesto reconoce que así es.

–Tengo otra pregunta, algo más delicada. ¿Existe alguna prueba genética de que Lauri sea efectivamente hija de Fidel? ¿Alguna enfermedad hereditaria?

Una vez más, le cuesta decirme la verdad. No puede estar seguro de que lo sea.

Cuando ya me estoy levantando para irme, me detiene:

–Ya sé que Mónica le ha pedido a tu amiga que investigue y que la estás ayudando, pero, por favor, ten cuidado. Puede que este pueblo parezca amable e inofensivo, pero hay gente a la que no conoces, personas que viven sobre todo de noche y que son capaces de cualquier cosa. No te metas en la boca del lobo.

Me despido de él sin dejar de darle vueltas a la cabeza. Si él dice que es peligroso interrogar a según quién, es porque lo sabe de buena tinta. Con lo cual, lo más eficiente y seguro es obtener la información directamente de las autoridades. Sería tan sencillo aceptar la propuesta de cita con el comisario para seguir avanzando…

Eso podría traerme algunas complicaciones adicionales. Como mínimo, me tendría que volver a acostar con él, cosa que no me apetece demasiado después de la metedura de pata del otro día.

Anda, que si el pobre Ernesto supiera que su comentario me ha empujado a los ardientes brazos de otro hombre… Mientras se me

escapa una risita al pensar esa tontería, respondo al mensaje de Tacho. Él contesta enseguida, y quedamos para esa misma noche. Olvido se va a sentir superorgullosa de mí por toda la información que voy a conseguir con mis artes de seducción.

De camino a casa, para arreglarme esta vez ya en serio, veo de lejos a Victoria con Marcos, su hijo pequeño. Me pregunto si una persona como ella de verdad podría estar relacionada con algún tipo de delito. Eso no lo tengo claro, pero no me cabe duda de que haría cualquier cosa con tal de proteger a alguno de sus vástagos.

Entonces paso por la herboristería… Y de repente me fijo en un cartelito que debía de llevar ahí pegado semanas. Me llama la atención una fecha. Se trata del anuncio de unas jornadas en las que Angelita fue ponente. Coincide con las fechas de la muerte de Carmen.

Voy a casa de Olvido para comentárselo, pero justo cuando llego, casi sin aliento por la carrera, y me siento en la cocina, llaman a la puerta. En este pueblo no tiene una ni un minuto para sí misma.

–Ya voy yo –le digo a Olvido.

Al abrir, me encuentro algo que no me esperaba en absoluto. Es Lucho, el amante de la difunta Carmen. El hombre lleva su gorro de trabajador apretado entre las manos y tiene cara de arrepentimiento.

–Me dijeron que su amiga la detective vivía aquí. Quería… quería pedirle disculpas. Por lo que pasó el otro día en la cafetería.

Olvido se acerca desde el salón al oír su voz. Espero que no haya escuchado eso de «la detective», porque no le haría ninguna gracia saber que la llaman así en el pueblo.

Mi amiga lo observa. Creo que trata de evaluar si puede representar un riesgo invitarlo a pasar. Y por fin se decide.

–¿Quieres entrar? Te invito a un café o a lo que tomes.

–Muchas gracias… Un café con leche, por favor.

–Yo me encargo del café –aseguro.

Landon sube a su habitación al ver que hay visita. Yo me meto en la cocina, sin molestarme en cerrar la puerta entre esta y el

salón. Mientras preparo la cafetera y la bandeja, no puedo evitar escuchar lo que Lucho le cuenta a Olvido.

–Me comporté como un bárbaro, lo sé. Y después me detuvieron, y luego pensé que ya era demasiado tarde para venir a pedir disculpas, y por último me armé de valor. Me gustaría que al menos usted comprendiera la situación en la que me encuentro. Veo que Laurita le hace mucho caso. Si usted pudiera hablarle bien de mí…

–Ya veremos –le dice Olvido–. Le diré lo que sinceramente piense.

–Se ve que usted es sincera.

–Me parece algo importante –le asegura Olvido.

–Yo también soy de los que va con la verdad por delante. Carmen y yo llevábamos años juntos. Había sitios, los lugares que más frecuentábamos ella y yo, donde pensaban que yo era su marido. Me gustaba esa sensación. No… no es agradable ser el amante. La gente te juzga. Te sientes constantemente culpable.

Llego con el café y me siento junto a ellos. A Olvido no parece importarle.

–¿Y qué nos dices de Dolores, la carnicera? –le pregunto.

Lucho asiente.

–Últimamente, Carmen pasaba muy poco tiempo conmigo. Después de tantos años juntos, era como si se hubiera cansado de mí y buscara nuevas distracciones. Se iba a Huesca, a Zaragoza, incluso más lejos; no sé lo que buscaba. Y un hombre no puede estar solo tantos días… Dolores es una mujer reservada y pensaba que sería más discreta, pero en un pueblo como este todo se sabe.

–¿Estaban celosas la una de la otra? –pregunta Olvido.

–Carmen, no demasiado –suspira él–. Pero Dolores ya sentía celos de Carmen desde antes de estar conmigo, por eso de que fue novia de su marido cuando eran jóvenes. Llegué a pensar que solo se juntaba conmigo para molestar a Carmen… Pero no lo consiguió, al menos que yo sepa. –Lucho deja escapar otro suspiro–. Dolores es una persona infeliz. Parece que crea que necesita sufrir…, le cuesta mucho darse permiso para pasar un buen rato.

–¿Crees que los celos podrían haberla empujado a cometer una barbaridad? –le pregunta Olvido.

Lucho sacude la cabeza, pensativo.

–No puedo decir que no. Tengo la sensación de que nunca he llegado a conocer del todo a Dolores. Solo sé que a ella la Guardia Civil no la detuvo, pero a mí, sí.

Olvido y yo asentimos. Yo no he estado demasiadas veces en situación de ser «la otra», tan solo fueron dos breves episodios que por suerte no llegaron a más. Pero creo que Olvido sí que ha pasado tiempo en relaciones de ese tipo. Probablemente ese sea uno de los motivos por los cuales es tan celosa de su intimidad.

–¿Qué te preguntó la Guardia Civil?

–Pues lo mismo que tú. Que si era amante de Carmen, qué hacíamos juntos, si Fidel lo sabía y cómo se lo tomaba. Pero creo que nunca llegaron a sospechar realmente de mí. Me parece que siempre pensaron que el culpable había sido Fidel.

–¿Y tú qué piensas?

Lucho desvía la mirada hacia el suelo, como si estuviera arrepentido.

–Siempre he querido que se separasen, pero nunca he tenido nada contra él. La verdad es que es un buen hombre, y Carmen lo quería, pero como a un hermano. Y creo que a él le bastaba con eso. Solo anhelaba seguridad, un trabajo, un techo, seguir con sus costumbres. Es…, no me malinterpreten, pero su personalidad se parece más a la de un perro que a la de un hombre.

–¿Así que no crees que él la asesinara?

–No. ¿Por qué ahora, después de tantos años? Me parece más probable que fuera Dolores, o alguien enviado por ella.

El hombretón sufre un amago de sollozo.

–Antes, Carmen y yo éramos muy felices. Disfrutábamos cada minuto que pasábamos juntos, nos hacíamos mucho bien. Ella era tan alegre, pura vitalidad. Yo veía en ella una alegría que había sido incapaz de encontrar en ningún otro lugar desde que llegué de Colombia. Los españoles a veces me parecen secos, altivos, como si no fueran capaces de divertirse. Pero Carmen llevaba la alegría allá donde iba. Yo…, de verdad que yo no era capaz de comprender por qué no quería dejar a su marido, al que no soportaba, y que solo le

daba disgustos. Pero para ella su empresa, el dinero, era más prioritario que el amor.

Hay bastante amargura en la mirada de Lucho.

–Creo que ella murió por un disgusto que él le dio. Y no puedo dejar de pensar que eso no habría sucedido si hubiese estado conmigo. Quizá no insistí lo suficiente, no luché por ella…

Los ojos se le humedecen y las comisuras de la boca le tiemblan como las de un niño pequeño.

–Yo… siento mucho haber asustado a Laurita el otro día. Le doy las gracias por haber impedido que hiciera el ridículo todavía más. Ella es una buena chica, buena hija. Su madre la quería mucho. Era la niña de sus ojos. Laurita era la única en quien ella confiaba, la única que sabía dónde guardaba el dinero Carmen.

Olvido y yo nos miramos con cierta sorpresa. No sabíamos nada acerca de esto. Pero entonces me vienen a la cabeza las palabras del alcalde: Lucho tenía antecedentes por robo. ¿Y si esta narración fuera una especie de estratagema o un intento de coartada?

–Carmen no confiaba plenamente en su marido. O eso, o en realidad tenía la idea de separarse algún día, cuando ya no le necesitara económicamente. Y por eso apartaba dinero. Pero solo Laurita sabía dónde lo escondía.

Olvido sacude la cabeza. Es inevitable pensar que Lucho podría estar tratando de despistarnos. Quizá al ser el amante de Carmen, sí que hubiera tenido conocimiento de la ubicación de ese dinero, del mismo modo que sabía de su existencia. De hecho, no sería de extrañar que hubiera venido a casa de Olvido después de haberse enterado de que ella está haciendo pesquisas para Mónica.

–Lucho, ¿crees que Fidel, el marido de Carmen, sabía que existía ese dinero? ¿Pudo enterarse antes de que ella muriera?

–Ella siempre aseguraba que él no se daba cuenta. A veces se reía de él. Decía que estaba todo el día ocupado en su taller, encorvado sobre las joyas. Que ni siquiera levantaba la cabeza. Presumía de lo sencillo que era engañarle con el dinero…

–Y con todo lo demás, ¿verdad? –digo.

–Supongo que sí.

Nos quedamos pensativos. Tal y como todo el mundo lo describe, Fidel parece uno de esos seres inofensivos, incluso pusilánimes, incapaz de hacer daño. Pero no sería la primera vez en la historia del mundo que una persona callada, reservada, poco hábil a la hora de comunicar o de pedir aquello que necesita a nivel emocional, tuviera un estallido de violencia.

–Lucho –le pregunta Olvido–, ¿solías visitar a Carmen en su trabajo, en la joyería?

Ya sé por dónde va. Yo he pensado lo mismo esta mañana.

–Sí, muchas veces. El marido no iba nunca por allí. La que llevaba la comunicación entre los dos espacios, y entre las dos personas que eran sus padres, si me lo permite, era Laurita. Ella era lo que los mantenía en contacto, que no ya unidos.

Miro a Olvido con cara de comprensión. Está claro lo que sucedió.

–Escucha. Hay un asunto pendiente… La *influencer* del pueblo recibió unas joyas de Carmen y, al parecer, nunca se las devolvió. Llegaron incluso a denunciarla ante los tribunales, pero ella asegura que se las dio al padre de Lauri. ¿No serías tú, por casualidad, quien recibió esas joyas?

Lucho se reclina en el asiento, incómodo.

–Esa muchacha es muy atolondrada. Va demasiado deprisa por la vida y resulta muy sencillo que a una le tomen el pelo cuando tiene la cabeza llena de aire. Yo nunca traté de engañarla, no le mentí. Ella dio por supuesto que yo era el marido de Carmen, sin preguntar.

–Y te dio las joyas…, pero tú nunca se las devolviste a Carmen.

–No crean que estoy orgulloso de lo que hice… Pero estaba ya harto de pasar penurias mientras la mujer que amaba derrochaba el dinero en tonterías. Cuando una situación como esa se mantiene durante varios años, llega un momento en el que uno se llega a plantear cualquier cosa. ¡Pero yo ni siquiera lo planee! Solo tuve que aprovechar la oportunidad que la vida me puso delante.

–¿Sigues teniendo esas joyas?

–Hace mucho que las vendí.

Olvido suspira. Sé que lo hace porque habría sido mucho más sencillo que las conservara, no porque tuviera esperanzas de que así fuera. Lucho es un hombre que vive el presente y al que le gusta

disfrutar. No es de los de perder el tiempo planteándose las grandes preguntas de la existencia, como Fidel. Carmen tenía en cada uno todo aquello de lo que el otro carecía.

–Lauri debe saberlo. Sinceramente, dudo mucho que ella te reclame esa cantidad. Pero le hará bien saber la verdad. Así podrá retirar la denuncia, y tendrá un asunto menos del que preocuparse.

–Eso es cierto, señora Olvido. Saber la verdad después de haber pasado incertidumbre siempre es un alivio y un consuelo. Intentaré contárselo a Laurita, si alguna vez me lo permite. Por favor, si ella le pregunta…, dígale que soy un buen hombre.

Cuando Lucho se va, Olvido y yo comentamos nuestras impresiones. Ni ella ni yo pensamos que el culpable sea Fidel. Lo que vimos cuando le detuvo la Guardia Civil fue a un hombre devastado, perplejo, completamente desubicado.

–O es un actor excelente –asegura Olvido–, o todo aquello le pilló por sorpresa.

–Lauri está convencida de su inocencia e incluso Lucho, su rival amoroso, piensa que él no lo hizo. Pero Ernesto –le recuerdo– sí cree que podría ser culpable.

–Lo cierto es que podría ser un actor excelente. O no necesitar serlo si tuviera un caso de personalidad múltiple, trastorno disociativo, en el que no recordara lo que hizo la personalidad anterior. Supongo que le estarán haciendo un examen forense en ese sentido.

Nos quedamos pensativas, imaginando al padre de Lauri siendo sometido a todo ese proceso.

–¿Qué sensación te ha dado Lucho? –me pregunta.

–Creo que puede estar acostumbrado a mentir, pero no a matar. Y no tendría motivo. Si lo hubiera hecho por dinero, no nos habría hablado de él.

–Salvo –puntualiza Olvido– que piense que ese dinero puede ser echado en falta y quiera preparar el terreno para culpabilizar a Lauri.

–¡Qué bien se te da ponerte en la piel de los delincuentes!

–Es el setenta por ciento del trabajo de detective. El otro treinta por ciento consiste en esperar en condiciones incómodas.

Me siento especial al estar investigando junto con ella.

–Debería arreglarme para mi cita con Tacho. Aunque tenga que ir pillándole el truco a la mentalidad criminal y aún no esté preparada para esperar en sitios incómodos, esto sí puedo hacerlo para ayudar.

Ella sonríe con cierta picardía.

–Espero que, además, te diviertas un poco.

La cita con Tacho empieza bien. Me lleva a un restaurante sirio bastante aceptable en Boltaña. Me parece adecuado y prudente que no nos veamos ni en su pueblo ni en el mío. Los dos fingimos elegantemente que nuestro último encuentro no tuvo lugar.

Pero sí le pregunto por qué no me había contado que era guardia civil.

–No me gusta que las mujeres con las que salgo sepan que pertenezco a las fuerzas del orden hasta que no queda más remedio. Porque en el momento en que se enteran suelen pasar dos cosas: o me dicen que les asusta salir con alguien que tiene una profesión tan peligrosa, o les encanta. Y a las que les encanta sé que, en el fondo, es porque les gusta sentirse dominadas. Al menos a la mayor parte.

–Mosquitas muertas, aunque no lo parezcan, ¿eh?

–Eso es. Y a mí me gustan las mujeres que son todo lo contrario. Como tú, por ejemplo.

–Qué casualidad…

–Me encanta que tengas las cosas tan claras.

Mis labios están a punto de soltarle una de mis réplicas, pero recuerdo que estoy cumpliendo una misión.

–Pues a mí me interesa mucho tu trabajo. En todas partes hay misterios sin resolver y eso me resulta muy interesante. Por ejemplo, en mi propio pueblo. Hay rumores sobre la carnicera.

–Te sorprenderías de la cantidad de personas que tienen antecedentes penales.

–¿Es la carnicera una de ellas? ¿O su marido?

–Todo eso es confidencial.

–A lo mejor te gustaría convertirte en mi confidente.

He dado en el clavo. Se le ilumina la mirada ante la insinuación.

–Se me ocurren situaciones en las que eso podría llegar a suceder.

Necesito definir muy bien las condiciones de este pacto que está cobrando forma. Primero le diré todo lo que necesito, y después dejaré que él ponga su precio.

–Tengo entendido que el médico os ha contado que el cadáver de Carmen mostraba signos de llevar muerta más tiempo del que dijo la familia. ¿Por qué no lo estáis investigando?

Él sacude la cabeza.

–¿Y cómo se supone que tú podrías saber si estamos investigando o no? Por supuesto que esa pesquisa está abierta después de las declaraciones del médico. Debe de tenerte mucha confianza para habértelo contado.

–¿Es que estás celoso o algo semejante?

–Un poco. –Entorna los ojos–. Aunque él sea bastante carcamal y yo esté para mojar pan, por algún motivo me has estado dando largas.

–Puede que deje de dártelas.

Funciona. Por fin, consigo que responda:

–Si te acuestas conmigo, te cuento lo que hizo la carnicera.

Tras un primer instante en el que me dan ganas de dejarlo allí sentado, escaparme por la ventana del cuarto de baño y hacerle pagar la cuenta, cambio de opinión. Nuestro anterior encuentro fue de lo más satisfactorio, así que no veo nada malo en que él me ofrezca un incentivo para tener otro.

Eso sí: no pienso conformarme con migajas de información. Me aseguraré de que pasar tiempo con el capitán merezca la pena. En el aspecto aeróbico y en el de sacarle todo lo que sepa.

Sintiéndome como una gran estratega, como una espía internacional, salgo del restaurante y me dirijo de regreso a mi casa. Me impresiona que, con mi edad y mi categoría, tenga mucho menos autocontrol que curiosidad.

CAPÍTULO 18

MAGDALENA



La primera vez que veo a Xelo, la amiga de Olvido, tengo la sensación de que ella y yo somos el día y la noche. No para de hablar, dice palabras raras y cosas que no estoy segura de que no sean tacos. A los pocos minutos de conocerme ha dejado muy claro que no cree en «las religiones», y me ha dado la impresión de que no tiene demasiado aprecio a quienes sí lo hacemos. Creo que ha estado a punto de decir la palabra «capillitas».

Me resulta extraño que Olvido pueda llevarse bien con dos personas tan rematadamente distintas. Claro que yo, en mi anterior vida, tampoco me habría imaginado entablando amistad con alguien como Olvido, de una edad tan diferente. Pero con ella tengo la impresión de que, como yo, ha vivido varias vidas.

Esta Xelo, sin embargo, no es de las que se adaptan al entorno. Es todo un personaje, genio y figura, y son los demás quienes tienen que adaptarse. ¡Ella sería exactamente igual en cualquier lugar, con cualquier compañía y en cualquier idioma!

Tomamos un café donde siempre, y en lugar de disfrutar de la increíble pastelería, ¡la tía la critica! Dice que su caracola lleva demasiado glaseado y que las pasas no estaban en su punto.

–Demasiado secas. Si no las tenían más frescas, las podrían haber remojado en un poco de jarabe.

–Xelo cocina muy bien –me explica Olvido–. Supongo que todos los talentos vienen con la contrapartida de fijarse mucho en lo que se conoce.

Me paro a pensar en eso. ¿Cuáles son mis talentos? Tengo muy buena puntería, pero no por eso voy criticando la de los demás.

La amiga de Olvido dice que le gustaría pasarse por el herbolario porque se ha quedado sin té de crisantemo. Va muy de cosmopolita y de que le gustan los alimentos extraños y elitistas. La acompañamos, por supuesto, pero yo no pienso pedir nada en esta tienda. ¡Menudos humos tiene la que la lleva!

Efectivamente, al entrar encontramos a la herborista en plena muestra de impaciencia. Está incluso apretando los puños para no soltarle un improperio a una abuela que le está pidiendo información sobre todas y cada una de las hierbas de la tienda. Seguramente ya lleve una hora haciendo eso.

–¿Y esto va bien para los riñones?

–No, ya se lo he explicado hace un momento. Esto no ayuda con los riñones, es para los problemas cutáneos.

–¡Yo no tengo nada de eso!

Angelita suspira.

–Quiero decir de la piel.

–Ah, bueno…, siendo eso…

Pero la abuela no parece nada convencida de que Angelita no le haya dicho algo sospechoso.

–¿Le importa que atienda a estas señoras mientras usted se lo piensa? –le pregunta.

La anciana refunfuña, pero se encoge de hombros.

–Cuéntame en qué te puedo ayudar, Xelo.

Mientras la amiga de Olvido se pone a entretener a la herborista, yo me dedico a curiosear por la tienda. Creo que es la primera vez que estoy aquí y me siento relajada, sin que la dependienta me esté prestando atención y preguntándome qué quiero cada tres minutos. Debo reconocer que el herbolario lo tiene precioso. Hay una sección de minerales muy bien surtida, con las piedras en relucientes bandejitas de colores. También tiene un mostrador entero de velas aromáticas que huelen que dan gusto, a lo mejor me animo a comprarme una con aroma a almendras.

Por el rabillo del ojo veo cómo Olvido curiosea la sección de libros. Algo parece haber llamado su atención, porque mantiene el

libro abierto por una página y la observa con interés. Saca su teléfono y busca información en él. Y cuando su amiga Xelo termina de comprar tés, le hace un gesto para que vaya a ver lo que ella ha visto. Yo me acerco disimuladamente, no vaya a ser que me pierda alguna cosa importante.

–Es el mismo árbol que estaba en la fotografía que vimos en Madrid, ¿verdad? –le pregunta Olvido–. La que nos puso sobre la pista de que Sira ya había estado antes en Otoño.

Xelo asiente. Olvido gira el libro hacia mí para que yo pueda verlo.

La página muestra la imagen de una flor preciosa, blanca, en forma de campana colgante.

–Brugmansia –leo.

–Puede causar efectos alucinógenos y narcóticos. La planta procede de Centroamérica, y allí ha sido utilizada en rituales desde hace siglos –explica Olvido.

–«… los brujos y curanderos ya conocían bien esta planta mucho antes de que se hiciera conocida a nivel global. Posteriormente ha adquirido una triste fama el preparado que se confecciona con las flores y las hojas de la brugmansia…

–… llamado burundanga» –completo yo, absorta, cuando Xelo deja de leer.

–¿Qué has dicho, muchacha? –pregunta la abuela.

–¡Nada, señora! ¡Que me apetece un poquillo de fritanga!

La mirada de reproche de la anciana me recorre de arriba abajo.

–Hay que ver estas andaluzas qué cosas más raras dicen. Y hacen. ¿A quién le pueden gustar tanto las cosas fritas, si eso sienta fatal?

–Todo depende de la costumbre –me defiendo.

Creo que no tiene sentido aclararle que no soy andaluza, sino extremeña. Es una confusión muy habitual y que no me parece importante.

–Vamos a tomar un café –decide Xelo.

De nuevo en lo que ya es una especie de cuartel general, El Oso y la Miel, y mientras degustamos unos *lattes* de cúrcuma con miel de caña, Olvido dice:

–Hemos quedado con Emilia, la encargada de la limpieza de la fiesta aquella, dentro de veinte minutos. No creo que sea perjudicial que vengas con nosotras. Seis ojos ven más que dos.

–Es mejor que vayamos al parque para que la conversación sea confidencial –apunta Xelo.

Y eso hacemos. El pequeño parque está bonito en esta época del año, pero como todavía hace un poco de frío, no está demasiado frecuentado. Es justo de lo que se trata para tener intimidad.

Emilia es una mujer delgada, con aspecto pulcro y discreto. No me extraña que dé confianza a la gente que tiene secretos que ocultar.

Sin embargo, en esta ocasión no se muestra muy confidencial. Supongo que, precisamente, está harta de mantener silencio para proteger a las personas inadecuadas. Lo que la pobre ha debido de vivir…

–La fiesta ya empezó muy fuerte. Era una ocasión especial porque venía gente de Madrid, habían estado rodando unas escenas para un anuncio o algo así y luego se dieron a la buena vida. Habían traído a un tipo con un maletín lleno de cosas, las vi de refilón al limpiar. Allí había sobrecitos, botes de pastillas, de todo. Así que desde el principio me imagino que ya habían repartido, porque la gente estaba eufórica y no eran ni las diez de la noche.

–¿Había también alcohol?

–Dos barras, y también pipas de esas de humo blanco. Habíamos preparado un bufet de comida y al principio la gente apenas la tocó de lo colocados que iban. Se habían olvidado de que estaba allí. Hasta el chaval al que habían contratado para hacer de socorrista en la piscina estaba que se caía. Más tarde los de los porros sí que acabaron con toda la comida, daba pena verlos.

–Parece una situación muy imprudente –apunta Olvido.

–Fue de lo peor que yo he visto. Esa noche se podría haber prendido fuego a la casa tranquilamente. Todos estaban fuera de control.

–¿Qué personas del pueblo estaban allí?

Emilia coge aire, como si se preparase para franquear una barrera a la que no está acostumbrada.

–Yenu, la *influencer*, su novio, y todo su séquito. Y un grupo de gente de vida nocturna, que supongo que son los que frecuentan el antro aquel que hay en el *camping*. La única mujer entre ellos era Telma. –Suspira–. Se suponía que yo ya no debería estar allí, para no molestar a los invitados, pero me había retrasado con la limpieza. En esas situaciones no sabes muy bien qué hacer: o dejas algo sin limpiar y te arriesgas a que luego te lo echen en cara, o te quedas un rato más. Eso fue lo que hice, a pesar de que el jefe había dejado muy claro que no debíamos quedarnos allí pasada cierta hora. –Hace una pausa y sigue–: Estaba ya a punto de recoger mis cosas cuando oí que entraba gente. Me puse muy nerviosa y no se me ocurrió nada mejor que meterme en un armario. Pensaba que se habrían dejado algo en ese salón y que, en cuanto lo recogieran, se irían. Pero no, no se les había olvidado nada. Venían porque una chica había tenido un problema. Alguien la traía a cuestas, oí cómo la dejaban caer sobre el sofá. No sé si la muchacha estaba consciente o no, pero hablaban de ella como si no pudiera escucharlos. Y después llegó el jefe. Yo me moría al pensar que me pudieran encontrar allí.

Se le nota en la voz que está reviviendo el estrés de aquella situación.

–A la chica la había traído su amiga. Dijo que le había tenido que quitar a tres chicos de encima, literalmente. El jefe y alguno más trataban de restarle importancia, diciendo que eran cosas normales de los jóvenes en las fiestas. Pero la amiga decía que no, que allí estaba pasando algo raro. Que a su amiga le habían tenido que dar algo, que nunca la había visto en ese estado.

Emilia se pasa las manos por la cara, agobiada.

–Qué mal lo pasé allí escondida. Me aterraba que pudieran descubrirme y hacerme cualquier cosa. En ese momento la chica que había estado inconsciente recuperó un poco el habla, y empezaron a preguntarle. Pero la pobre en lugar de contestar se echó a llorar. Se le notaba que iba ya muy mal de alcohol y lo que fuera, y eso que solo hacía como una hora que había comenzado la fiesta. Creo que el jefe se empezó a preocupar y a tomárselo un poco en serio. Él también iba bastante puesto. Vete a saber el *material* que debía de

llevar en la maleta el hombre aquel… Ah, ya me acuerdo del nombre de la chica. Me llamó la atención porque a la pobre la violaron y, sin embargo, tenía un nombre…, pues eso, como de inocente y pura.

–¿Virginia? –dicen Olvido y Xelo.

Emilia asiente con la cabeza.

–A lo mejor la gente de las ciudades está acostumbrada a todo eso, pero para nosotros y en un sitio tan tranquilo… Impresiona bastante. El que sí debe de estar acostumbrado es el jefe, porque una vez que vio que la estrategia de quitarle importancia no funcionaba, se puso serio, les pidió a las chicas que los describieran. Lo apuntó todo y les prometió que denunciaría a los culpables. Pero creo que nunca lo hizo. Nos habríamos enterado.

Menudo malnacido es el gabacho. Y pensar que… Debió de ser difícil para Emilia seguir trabajando para ese pieza.

–Al final las convenció a las dos de que lo mejor era darle a la chica algo para tranquilizarla. Entonces salió al pasillo y llamó por el móvil, supongo que al tío de la maleta. Desde donde estaba, ellas no podían oírle, pero yo sí. Y lo que le pidió no fue un calmante. Dijo: «Trae de eso que borra la memoria». Y la chica a la que habían agredido se lo tomó. Las convenció a las dos de que lo mejor era darles algo para que se olvidaran. Se lo pensaron un poco y aceptaron. Cada una se tomó lo que les dieron.

La monja que soy intenta detener los pensamientos de la policía y de la mujer, pero no se le da demasiado bien. Esa gente merece todo lo malo que le pase.

–Yo lo único que quería era que todo el mundo se fuera de allí para poder salir e irme a casa sin que nadie me viera. Pero después me llegué a sentir muy mal por haberme quedado dentro del armario sin hacer nada.

Olvido le agradece a Emilia su ayuda, y le pide más detalles. Toma nota de todo en una libreta, con letra pequeñita y pulcra.

De camino a casa de Olvido las tres estamos en silencio, aún con mal cuerpo tras lo que nos ha contado Emilia. Pero entonces recuerdo que tengo que sacar otro tema igual de desagradable.

–Por cierto –dice Xelo–, con tantas distracciones se me ha pasado contarte lo que me contó Tacho sobre los antecedentes de los carniceros. Sucedió hace varios años. ¿Recuerdas la cicatriz que tiene Damián? Pues el informe forense indicaba que la herida de su ojo fue causada por una mano humana, pero Damián se hartó de repetir que había sido un accidente. La policía lo dejó pasar, pensando que el único que podría correr peligro era el marido de Dolores. Pero estaban convencidos de que fue ella quien le sacó el ojo y que él no quería denunciarla.

Olvido sacude la cabeza.

–Por eso al alcalde no le gusta nada esa mujer.

–Y también me contó algo interesante sobre la autopsia de Carmen, algo que Ernesto había pasado por alto. No debió darle importancia. Por lo visto, en el cuerpo sí que había una sustancia extraña, trazas de ácido bórico, que causa un debilitamiento general. No les pareció relevante porque no aparecía en grandes cantidades. No podría haberla matado.

–Eso podría significar que o bien Dolores o bien el mismo Damián, para complacer a su esposa o por propia iniciativa, pudieron «adobar» el costillar que compró Lauri. Quizá se quedaron cortos con la dosis.

–O quizá se tratase de un veneno con dos componentes. Lo he visto a veces…, «un veneno binario», lo llaman. Si Dolores hubiera podido introducir una sustancia en el costillar, y después hubiese tenido acceso a alguno de los alimentos de Carmen…

–Quizá no fuera un alimento –reflexiono–. Una persona debilitada que fuera sometida a un susto fuerte, por ejemplo…

–Susto que pudieron darle fácilmente en ese porche de doble entrada, donde no esperas que pueda haber alguien esperándote –apunta Olvido.

Se pone a darle vueltas en su cabeza.

–Pudieron hacerlo juntos. ¿Y si, después de todo, Dolores se llevara mejor con su marido de lo que parece? Este seguramente tuviera motivos pasionales para acabar con Carmen.

De nuevo nos quedamos pensativas.

–Magdalena, este asunto de Lauri está cada vez más complicado. Nos vendría muy bien que tuvieras los ojos bien abiertos.

–Claro que sí –responde la policía que sigue habiendo en mí, a pesar del recelo de la monja que también soy.

La verdad hay que reconocerla, y es que el niño este es una monada. Si nos lo hubiéramos encontrado de adolescentes por la plaza Alta, cuando lo único que nos importaba de un muchacho a mis amigas y a mí era el pelo y la miradita… Vamos, que a uno como este no lo habríamos perdonado.

–Magdalena, ¿te quieres quedar a cenar? –me pregunta Landon.

¿Cómo voy a decirle que no a esos ojitos?

Pero bueno…, ¿qué estoy pensando? Pues claro que tengo que decirles que no.

–A la hermana que está en la portería no le hace mucha gracia que volvamos tarde –me excuso.

–Pues vente mañana a comer, ¿quieres? –me propone Olvido.

Landon asiente al oírlo mientras sonríe.

–De acuerdo –sonrío yo también.

CAPÍTULO 19

XELO



Esto de investigar requiere sacrificios personales. Por fin me he decidido a hablar con Victoria. Tras darle muchas vueltas, y ensayar la conversación en mi cabeza una y otra vez, creo que podré hacerle algunas preguntas sin poner en peligro nuestra amistad. La encuentro en su granja, dando de comer a los pollos con mirada ausente.

–¿Cómo estamos? –la saludo.

Ella suelta un gruñido. Es una mujer de pocas palabras.

–El cielo está muy nublado hoy –asegura.

Yo asiento.

–Victoria –le digo–, hace poco me dijiste «Si lo van a meter en problemas, que lo dejen en paz y me metan a mí». ¿Te referías a tu hijo? –Ella no responde, pero trato de convencerla–. Puedes confiar en mí. No le diré nada a Mónica. Solo lo que tú quieras que se sepa.

–¿Ni a tu amiga de la ciudad?

Creo que en las palabras de Victoria hay algo de celos. Antes de que llegase Olvido, yo pasaba más tiempo con ella.

–Ni siquiera a ella. Sé que, hicieras lo que hicieras, tendrías tus motivos.

Victoria se lo piensa.

–Carmen no era una buena persona. Pero no me corresponde a mí ser juez de una semejante. Esa es una tarea que solo pertenece a Jesucristo Nuestro Señor.

Victoria se santigua.

–Solo quiero que comprendas –me dice– que si ella hubiera tenido la intención de hacerle daño a alguien de mi familia, esa mujer llevaría años muerta. Es muy fácil echarle cosas a la leche, y ella bebía mucha.

Asiento. Sin embargo, tengo muy claro que hay algo que no me está contando.

–Tu hijo… ¿tiene relación con Lucho, el amante de Carmen?

Ella asiente.

–A veces juegan a las cartas. Mi hijo me dice que no apuestan dinero, pero no estoy segura de que diga la verdad. Ya sé lo que estarás pensando…, que la gente de mal vivir se acaba juntando siempre.

–En absoluto, Victoria…

–Todo el mundo lo piensa. Cada vez que llega al pueblo alguien con mala pinta, con antecedentes, se hace amigo de mis hijos. Es como si se encontraran mutuamente porque son semejantes… Sin embargo, eso no es justo para ellos. A mis niños, por ser pobres, aquí nadie les ha dado una sola oportunidad. La gente que se llama a sí misma «de bien» les daban de lado desde pequeños, y apartaban a sus hijos de los míos como si tuvieran la peste. Todos… menos Lauri. Y menos tú.

Aprovecho esta sinceridad de mi amiga para preguntarle:

–Tu hijo Héctor… ¿la está viendo?

Ella sacude la cabeza.

–No, que yo sepa. No en ese sentido. Verse como amigos se han visto siempre.

Me quedo pensativa. Lucho, por lo que nos dijo el alcalde, podría estar ocultando muchas cosas. Si Héctor fue su cómplice, sería posible que hubiera hecho algo de lo que nadie se diera cuenta. Carmen, después de todo, tenía muchísimo dinero. Quizá intentó robarle, la cosa se torció y terminó en homicidio.

Victoria sigue diciendo:

–Mi hijo sabe muy bien lo que hace. Desde hace mucho tiempo. Por eso lo contrató el francés.

En sus palabras creo oír «es más listo que la Guardia Civil, y lo ha demostrado en numerosas ocasiones».

–Todos cometemos errores –asegura–. Nadie debería juzgar los de los demás.

He de reconocer que, del mismo modo que le sucede a Victoria respecto a Olvido, yo estaba un poco celosa de la monjita. No me esperaba que, con lo cangreja ermitaña que es Olvido, se hubiera echado una amiga tan deprisa. Y menos monja, vaya. Porque si hay algo que no encajaría con Olvido sería la típica monja, beata y votante de lo que le diga el cura.

Pero esta chica no es la típica monja. A ver, sí que lo es, habla de la virgen y todo eso, pero hay algo más en ella. Entiendo lo que pueden tener en común, más allá de que la monjita mire a Olvido con una admiración como de niñita de Lourdes.

Conocerla me ha dado que pensar. ¿Por qué una muchacha tan joven, tan mona, tan llena de vida decide encerrarse en un convento? Al menos no es de clausura, y parece que las dejan entrar y salir más que en otros lugares, pero con todo y con eso… Me parece que esa moza esconde un misterio.

Olvido la invitó anoche a comer, pero claro, ¿quién tiene que cocinar? Pues la de siempre. Mi querida amiga se ha tenido que pasar la mañana gestionando el alta de los servicios de su nueva vivienda, algo que no había podido hacer hasta ahora. Así que me he recorrido el pueblo en busca de unos *gnocchi* en condiciones y no ha habido éxito. Los tendré que hacer a mano… Aprovecharé para hacerlos de boniato. Combinan de maravilla con una salsa ligera de queso gorgonzola.

–¿*Nesesitas* mi ayuda?

Qué majo que es este chico. Me recuerda un poco a un violoncelista iraní con el que salí una vez. Por otra parte, no sé cuándo compone, ya que se pasa el día con nosotras. Supongo que la música que hace tiene más de inspiración que de transpiración.

–Bueno, ya que te ofreces, puedes pelar los boniatos. Ya se deben de haber enfriado, los he sacado del horno hace un rato.

Landon, servicial, se pone a quitarles la piel a los boniatos. Lo hace con mucho cuidado, tiene las manos delicadas y parece que le

dé miedo que los tubérculos se vayan a romper.

–No hace falta que lo hagas tan perfecto, después hay que machacarlos.

Mi comentario parece relajarle, y empieza a pelarlos con un poquito más de brío. Es que si no nos daban aquí las campanadas de medianoche.

Yo me dedico a tamizar la harina como buenamente puedo con el colador tan pequeño que tiene Olvido. Es importante para que no se formen grumos. Después Landon machaca la pulpa de los boniatos con un tenedor, y la incorporamos a la harina. Hay que amasarlo todo muy bien para que quede una mezcla bien homogénea.

–Se hace con las manos –le explico–. No hay otra manera.

–Interesante –comenta el chico.

Cuando ya me he quedado contenta del punto en el que está la masa, le explico cómo darle la forma a cada *gnocchi*.

–Las rayitas del tenedor vienen muy bien, porque dejan unos surcos, ¿ves? Cuando estén cocidos, esas marcas servirán para que se impregnen mejor de salsa.

El pobre sacude la cabeza con cierta confusión y, para preguntarme su significado, intenta repetir «impregnen» con resultados desastrosos.

–Que la salsa se quede más pegada –le resumo.

Le dejo dando forma a las bolitas y me pongo a hacer la salsa. No tiene ningún secreto: nata, gorgonzola, sal y pimienta. En la cocina italiana sucede lo contrario que en la francesa: cuantos menos ingredientes lleve un plato, mejor. De ese modo se pone de relieve el verdadero gusto de cada uno de ellos.

Olvido llega refunfuñando lo complicados que han sido los trámites, lo que ha hecho imposible completarlos todos. Tendrá que volver, como mínimo, otro día. Le digo que se arme de paciencia, que en los pueblos todo va lento, y que, después de todo, a partir de ahora no va a tener mucho más que hacer.

–Sí, eso me has estado diciendo todo este tiempo: «Vente aquí que es una vida muy tranquila…». Pues que sepas que hasta el momento no me han dejado respirar.

–No te alteres y deja ahí todos esos papeles hasta otro día –le digo–. Vamos a tomar una copita de aperitivo.

–Es mejor que ponga la mesa, que Magdalena debe de estar a punto de llegar.

Al oír esto, Landon sube a arreglarse, lo que hace que Olvido y yo crucemos una miradita de complicidad. A ninguna se nos escapó la química que hubo anoche entre el músico y la monjita cuando se conocieron.

Landon baja con una camisa bastante elegante justo a tiempo de abrirle la puerta a Magdalena, y la acompaña al salón.

–He traído unos dulces del convento –explica esta–. Recién salidos del obrador.

–Estupendo –agradece Olvido.

La comida transcurre muy agradablemente. A Landon se le nota mucho lo que le gusta Magdalena, lo que me pone un poco triste por el muchacho. Cuando dice «tiene aspecto *delisioso*», no sé si se refiere a los *gnocchi* que él mismo ha ayudado a preparar o a la monjita. Pero no creo yo que una religiosa vaya a abandonar su convento por un músico que está de paso, por muy *delisioso* que sea este. Ella disimula un poco mejor, y su manera de hacerlo es evitar mirarle si no es necesario.

–Están buenísimos –me felicita.

–Muchas gracias –le respondo–. No había parmesano de verdad, pero el manchego siempre ha sido un buen sustituto.

–Está para chupar dedos –reconoce Landon.

Por algún motivo, la monjita se sonroja al oír ese inocente comentario. No tengo nada claro cómo era esta chica antes de tomar los hábitos. Podría haber sido perfectamente una mojigata o una espabilada. Es un enigma para mí, y eso me da curiosidad para conocerla mejor. Por lo que cuenta Olvido, ha sido de gran ayuda reuniendo pistas, y resolvió ella sola un misterio en la abadía. Me gustaría que me lo contase.

Estoy contenta porque ha quedado claro que todo el mundo se ha deleitado con los *gnocchi*. Los tres han querido repetir, y se ha

notado que no era por educación, sino porque realmente les han gustado. Me cae bien la gente a la que le gusta mi comida. Pero eso no me impide divertirme un poco con el músico.

–Oye, Landon, ¿qué tal te fue la cita con esa chica del pueblo? Al final no nos contaste nada.

Él me mira, sorprendido. No se esperaba ese revés.

–Esa chica… muy simpática. Tomamos café y dimos paseo. Pero no es… no es lo que yo estoy buscando.

En ese instante mira a Magdalena con unos ojos que transmiten con total elocuencia «Pero tú, sí». Ella no sabe dónde meterse, aunque, en realidad, le encanta. Esto es estupendo. ¡Entretenimiento en mi propio domicilio! Bueno, a decir verdad, esta es la casa de Olvido, pero he dedicado tanto esfuerzo a decorarla que la siento como mía. Es como si lo fuera.

Damos paso a los dulces que ha traído la monjita con un poco de *limoncello*.

–Son una de las especialidades…, pastelitos de miel en forma de panal. Llevan un poco de harina de almendras para que la masa admita más miel y la textura quede bien jugosa.

Efectivamente, estos pastelillos recuerdan un poco a la tarta de Santiago en la consistencia, pero su sabor es muy diferente. Hacen que la boca se llene de un aroma a miel artesana que da gloria. Y el trasfondo de mantequilla termina de conquistar mi corazón.

–Virgen Santa, cómo está esto de rico –dice Olvido.

Entonces mira a Magdalena, algo asustada por si ha metido la pata con su mención a la divinidad.

–¡No te preocupes! –la tranquiliza esta.

Se ve que es flexible, me está empezando a caer bien.

Landon carraspea.

–Magdalena, todavía no eres monja de verdad, ¿no es cierto?

–¡Landon! –le riño–. ¡Esas cosas no se preguntan!

Él pone carita de avergonzado.

–Hay que preguntar para saber.

Magdalena no entra en demasiados detalles y al poco rato se despide, entre encantada por el flirteo y algo escandalizada de sí misma. La verdad es que comprendo que Landon esté encandilado

con ella. Voy descubriendo las cualidades de esta chica, que es mucho más de lo que parece. Es inteligente y humana. Olvido no es nada tonta para juzgar a las personas, algo de lo que su amistad conmigo es la mejor prueba.

De nuevo frente a la chimenea, con nuestras infusiones calentitas entre las manos, Landon nos explica mejor la cita que tuvo. Dice que le costaba mucho encontrar temas de conversación. A la chica no le interesaba mucho la política, ni la ecología, ni la historia…, ni siquiera la música. Todos sus temas preferidos.

–No sé si esas cosas están entre las favoritas de Magdalena –le pica Olvido.

–¡Eso da igual! Ella… tan sensible, tan especial… tan sonriente.

–… y tan prohibida, ¿verdad? –le suelto–. Todo lo que es imposible parece tener mucho interés.

Yo lo sé muy bien porque he salido con un par de hombres casados, con un monje benedictino e incluso con uno budista.

Se hace un silencio mientras, supongo, Landon se replantea qué parte de su atracción hacia Magdalena es debida al legítimo encanto de esta, y cuál está motivada por la exótica fascinación de sus votos.

Olvido le da un trago a su coñac y dice:

–Qué a gusto estoy. Espero que esta noche nadie nos interrumpa y que podamos pasar una sobremesa relajada…

No ha terminado de pronunciar la palabra cuando le suena el móvil.

Pone los ojos en blanco, pero al final se resigna a mirarlo.

–Es Otto –me explica–. Voy a cogerlo.

Le hago un gesto a Landon para que guarde silencio, aunque, por el tono de Olvido, estoy segura de que ha captado que la llamada es importante. Automáticamente, regulo mi audífono.

–¿Olvido?

–Hola, Otto.

–He conseguido hablar con Virginia…, por fin. Ha sido gracias a que ella está mejor. Creo que saber que estáis investigando todo aquello le da fuerzas.

Olvido asiente, y yo noto una punzada de orgullo. A veces me da la impresión de que solo investigo para saciar mi sed de curiosidad y cotilleos. Tengo que recordarme a mí misma que hay personas reales implicadas, y que los resultados de la investigación realmente pueden suponer un cambio en sus vidas.

–Le costó mucho contármelo. Ella se sentía muy frívola por no ser capaz de recordar nada, muy estúpida por haberse tomado tantas pastillas sin saber lo que eran, y muy mal en general. Cuando ella y Sira volvieron del pueblo, no tenía nada claro qué era real y qué no lo era. Solo tenía ganas de dormir. Sira también tenía unas lagunas de memoria que no eran normales, las dos estaban rarísimas. Les pregunté si les habían dado algo en la fiesta, ellas no recordaban haber tomado nada raro voluntariamente. Sin embargo, Virginia sabía algo que no le contó a Sira… y que ha tardado mucho tiempo en contarme a mí.

Otto tarda un momento en seguir hablando.

–Tenía lesiones *ahí abajo*. Lo tenía irritado, dolorido… Y se sentía tan mal, tan avergonzada, tan culpable por haber llegado a perder el control de esa manera que no se lo contó a nadie. Menos mal que sí fue al médico para asegurarse de no haber pillado nada malo.

–Menos mal que lo hizo, sí –le responde Olvido.

–Yo creo que en ese sitio las drogaron para forzarlas –concluye Otto–. Les dieron lo que los heteros malos echan en las bebidas en los bares. Y ojalá consigáis encontrarlos y que paguen por lo que hicieron.

De repente me están dando unas ganas tremendas de ir a buscar a Jules, agarrarle por ese pelo rubio repeinado que tiene y rebozarle en las boñigas de sus propios caballos. Pero sin que los pobres animales tengan que presenciarlo, que ellos no tienen la culpa.

–Creo que haberme contado todo esto la ha hecho sentir mucho mejor. Se lo estaba guardando todo para sí misma y eso la estaba volviendo loca. Después de contármelo se echó a llorar y a llorar, y después dijo que tenía hambre y pidió *sushi* a domicilio. Hacía semanas que no la veía comer con apetito. Saber que no está loca y que los culpables están siendo investigados es lo mejor que le podría haber pasado.

–Otto, eres muy buen amigo –le asegura Olvido.

El chico se queda en silencio al otro lado.

–Todo ha sido gracias a vosotras. Por Sira no pude hacer nada. Pero a Virginia sí que puedo ayudarla.

CAPÍTULO 20

MAGDALENA



No son ni las nueve de la mañana cuando Olvido me llama para pedirme que baje al pueblo. Tengo que pedirle autorización a la supervisora, pero no parece que le importe demasiado. ¡Supongo que soy bastante prescindible!

Aunque lo más probable es que me estén dejando manga ancha por haber solucionado el problemilla del vandalismo… Y la verdad es que me viene de perlas.

Nos vemos en casa de Olvido. Alargo el cuello para ver si Landon está por allí, pero parece ser que ha salido.

–Os he llamado porque he descubierto algo… Algo que no me esperaba, pero que puede tener importancia. Hemos estado en el banco esta mañana.

–La pobre lleva una semana fina de trámites financieros… –explica Xelo.

Olvido la mira en plan «No cuentes mi vida».

–Lo importante no ha sido eso, sino el as que te has sacado de la manga –reconduce Olvido–. Un empleado del banco estaba encaprichado con una de las piezas de su anticuario, y Xelo ha conseguido que nos diera información a cambio de un descuento.

–Este caso me está saliendo caro –se queja la mencionada–. Menudo chollo se va a llevar Facundo. Tan solo las horas que he pasado restaurando el marco de ese bodegón…

–Hacer justicia no tiene precio –sentencia Olvido.

–¡Serás puñetera! –se queja.

–Gracias a ese favor, Facundo nos ha contado que Lauri hizo un importante ingreso en su cuenta bancaria. En el banco dieron por supuesto que se trataba de ganancias obtenidas en B que su madre tenía guardadas en casa, en billetes.

–Ha dicho literalmente «como todo el mundo hace en los pueblos», y por lo visto a todos les pareció normal.

–Yo también he averiguado algo –presumo–. Me lo ha dicho la hermana que se encarga de tratar con la carnicería. Unos días antes de la muerte de Carmen oyó discutir a los carniceros. A gritos en la trastienda, cuando creían que no había clientes. Damián le dijo: «No tenías derecho a hacer eso» y «tendrás que rendir cuentas ante quien todo lo ve». La hermana dio por supuesto que ese era Nuestro Señor.

–Deberíamos ir otra vez para allá –propone Xelo–. A ver si esta vez podemos hablar con Damián.

Al cabo de unos minutos, nos presentamos en la carnicería las tres. Cuando llegamos solo está Damián, y tampoco hay clientes. Me entra un poco de tiritera: en la carnicería hace mucho frío para mantener las piezas frescas durante el mayor tiempo posible.

–¿Qué desean? –nos pregunta.

Es muy difícil saber qué está pensando alguien a quien solo se le ve un ojo.

–No quieren carne, ¿verdad? Ya sé que la señora Mónica las ha autorizado a ir por ahí haciendo preguntas. Mi mujer me dijo que habían venido a husmear.

Olvido va al grano.

–Sabemos que poco antes de la muerte de Carmen aquí se produjo una discusión entre usted y su esposa.

Olvido me cede la palabra y yo repito casi textualmente lo que me contó la hermana. Damián suspira.

–Eran cuestiones de dinero.

Olvido y Xelo se miran, pensando, como lo pienso yo, que quizá eso tenga que ver con la cantidad que Lauri ingresó en el banco. Pero ¿qué negocios podrían tener Lauri y este hombre?

–Dolores se había gastado mucho dinero en compras, tonterías de poco dinero, pero que todas juntas iban sumando. Y las había pagado con la tarjeta de la empresa en lugar de con la suya personal, como si yo no fuera a enterarme. Eso nos iba a descuadrar toda la contabilidad y meternos en un lío. No podemos permitirnos un gestor. Le dije que Hacienda acabaría por darse cuenta.

–Aaah –digo–, así que «quien todo lo ve» era Hacienda.

–Pues claro.

Ya me extrañaba a mí que este hombre tan curtido en las vísceras fuera muy beato.

–Damián –le urge Olvido–, el costillar que le vendisteis a Lauri poco antes de la muerte de Carmen, ¿quién lo preparó?

Entonces el carnicero parece derrumbarse.

–Fui yo. En persona. No me fiaba de Dolores.

–Tenemos motivos para pensar que en la pieza había ácido bórico.

El ojo del carnicero se contrae y se humedece. Se queda un buen rato en silencio, y después se asoma a la trastienda, quizá para asegurarse de que su esposa no haya llegado y pueda oírle. Y después confiesa.

–El costillar se cayó al suelo. Yo acababa de echar veneno para los insectos… Lo limpié lo mejor que pude, tres veces, con el estropajo de acero, pero no tenía otra pieza. No pensé que quedaran restos.

Se me ocurre que sería posible que la sustancia en polvo hubiera penetrado aún más en la carne a causa de la abrasión de la lana metálica, pero no me parece compasivo hacerlo notar.

–Usted sabía que ese costillar era para Carmen –le hace notar Xelo.

–Era una tortura verla cada día, tan guapa, tan alegre. Tan feliz, saludando a unos y a otros. Me volvía loco saber que ella le había elegido a él, a ese moscardón, solo por el dinero.

–De modo que pensó que si al fin y al cabo le pasaba algo a Carmen, o a Fidel, e incluso a Lauri, no sería tan grave.

–A Lauri no le gusta demasiado el adobo. Me aseguré de ponerle mucho.

Nos quedamos en silencio.

–Yo no quería matarlos. Solo fue un accidente…, un accidente.

Parece devastado, como si la culpa lo hubiera estado royendo. El carnicero vuelve a mirar hacia la trastienda, inquieto.

–Siempre la quise más que a mi mujer, tienen que creerme. Cualquiera que me conozca lo sabe. No quería matarla… No quería, fue el destino. Pero necesitaba dejar de sufrir. No sabía que una vez que ella no estuviera sufriría todavía más.

De regreso en casa de Olvido, cada una de las tres estamos procesando lo sucedido. A ninguna nos cabe duda de que Damián ha dicho la verdad. Si los carniceros no tuvieron nada que ver, ¿qué sucedió entonces?

–No sé si es por haber visto tanta carne –digo–, pero no puedo evitar pensar que todo está relacionado de algún modo con la comida.

Entonces Xelo me mira con una cara muy rara. No sé si está nerviosa, preocupada o qué. ¿Le estará dando una especie de ictus?

–Magdalena, la donación de comida que hizo al convento… ¿Era comida recién comprada, o cosas que ella podría tener ya en casa?

–Nos lo trajo en bolsas, era un poco de todo. Alguna de las cocineras comentó que parecía que fueran cosas que ella tenía por ahí. Pensó que se iba a ir de viaje o algo similar.

Xelo se tapa la boca. Se ha puesto muy nerviosa de repente. Abre la boca para decir algo, no lo dice. Masculla para sus adentros «no puede ser»… Ese teatro incomprensible para nosotras dura unos minutos.

–¿Nos vas a decir de una vez lo que estás pensando? –se queja Olvido.

–Estoy pensando en lo que dijo Ernesto, el médico. Dijo que el cuerpo de Carmen estaba «como si hubieran tratado de meterla en algún sitio».

Olvido sacude la cabeza, sin saber a qué se refiere. Xelo sigue hablando:

–Los carniceros no tuvieron nada que ver con la muerte de Carmen. Y creo que Victoria, después de todo, tampoco, aunque puede que uno de sus hijos estuviera implicado…

Xelo toma aliento.

–Lauri, como hija única y predilecta de su madre, sabía que esta tenía un dinero que había estado ocultando de su padre durante años. Pero no lo tenía en casa, sino en algún lugar donde era necesario ir en persona. Solo podía retirar el dinero la propia Carmen, de modo que cuando esta falleció, quizá no se le ocurriera nada mejor que congelar el cadáver para hacer que la muerte pareciera haber tenido lugar días más tarde. Se las apañó para hacerse con el dinero antes de que la cuenta fuera congelada, y esa riqueza ilegítima se perdiera. Puede que incluso lo hiciera para proteger a Fidel de que su esposa se había pasado la vida saqueando la contabilidad de la joyería a sus espaldas.

Así que esa era la mirada tan extraña que estaba poniendo Xelo…, era la de la inspiración, o la iluminación, o como se quiera llamarlo. La mirada de resolver un crimen.

–Es una teoría interesante. Pero entonces…, ¿quién mató a Carmen? –pregunta Olvido.

–Quizá la mató un disgusto. Una muerte natural, después de todo. Creo que todo sucedió exactamente tal y como nos lo contó Lauri aquel día, solo que unos días antes. Tras la tremenda discusión con su marido, simplemente su corazón no aguantó.

–Claro…, creíamos que la discusión fue poco antes de la muerte… –interviene Olvido–. Pero quizá no lo fuera si el cuerpo permaneció en el arcón frigorífico varios días.

–Y sospecho que después pidió ayuda a Héctor, su antiguo pretendiente, su persona de confianza desde que era una niña. Por eso nos daba la sensación de que Héctor estaba escondiendo algo. Si la única manera de retirar el dinero secreto de la cuenta bancaria secreta de su madre era en persona, tenía que actuar deprisa. Necesitaba un maquillaje de primer nivel para hacerse pasar por su madre, y desde luego Telma no habría podido hacerlo, además de que Lauri no querría que nadie del pueblo supiese nada. La verdad es que esta Telma a mí misma me produce bastante antipatía desde

que una vez me dejó hecha un guiñapo…, es que me da gastritis tan solo de verla del disgusto que me llevé.

–Xelo, céntrate –le recuerda Olvido.

–Está bien. Héctor recuerda a Sira y Lauri buscar su contacto en Internet y Lauri la hace venir de Madrid pagándole una fortuna. Sira le cambia el *look* para que se parezca a su madre, y así pueda retirar el dinero del banco en el que esté. Y se las apañan para que nadie las vea.

–Entonces, ¿qué pasó con Sira?

–Creo que eso es algo que debemos preguntarle a Lauri. Mucho me temo que la persona corpulenta que estaba con Sira en Zaragoza… era ella.

Olvido sacude la cabeza de arriba abajo. Parece que esté pasando revista en su mente a una lista de cosas.

–Todo encaja…, todo encaja. No hay ningún cabo suelto. Xelo, ¡creo que lo has resuelto!

¡Vaya! Todo ha sucedido muy deprisa. La verdad es que yo pensaba que sería Olvido quien lo resolvería todo, y me parece que a Xelo le pasaba lo mismo. Sin embargo, a la propia Olvido no le sorprende en absoluto. Se abalanza sobre su amiga para darle un abrazo de oso.

–¡Eres un fenómeno!

–Pero no de feria, ¿eh?

–Tenemos que ir a hablar con Lauri –las apremio.

CAPÍTULO 21

XELO



En cuanto nos ve en su puerta a las tres, Lauri se da cuenta de lo que va a suceder. De lo que ya ha sucedido, vaya. Se nos debe de notar en la mirada, como dice la canción. O quizá ella llevara todo este tiempo esperando el momento en que la descubrieran.

–Lauri –le dice Olvido–, tenemos que hablar.

–Pasad, por favor –dice ella con un hilo de voz. No sé si está asustada o todo lo contrario.

–¿Queréis un té o algo? Tengo unos crespillos por ahí…

Supongo que las tres nos miramos unas a otras con cara de «no sé yo si es buena idea aceptar alimentos de alguien que puede que sea una asesina», y nos disculpamos como podemos. No nos queda nada natural.

–Cuéntanos qué pasó, Lauri –le dice Olvido.

Lauri se resigna a sentarse con nosotras sin poder posponerlo ya ni cinco minutos. Ni siquiera el tiempo de que hierva el agua. Antes de hablar, se pone a pensar por dónde empezar a contar su historia.

–Mi madre se pasó la vida fantaseando con el divorcio, y amenazando con él a mi padre. Pero se decía a sí misma que eso sería acabar con el negocio y que estaba atada a él por ese motivo. Yo creo… que en el fondo no quería dejarle, a pesar de que a veces no se aguantaran. Pero ella no era capaz de imaginarse su vida sin el orden que mi padre ponía en ella. La realidad es que le quería, pero odiaba quererle.

–Una situación complicada… –interviene Magdalena.

–Así era. Contradictoria. Creo que mi madre sabía tan bien como yo que podría haberse separado o divorciado en cualquier momento, y que mi padre lo habría aceptado como lo acepta todo, y que habrían seguido teniendo la empresa juntos sin ningún problema. Pero lo que se contaba a sí misma era que no podía divorciarse, al menos no sin haber ahorrado antes lo suficiente. Y se dedicaba a meter la mano en la caja todo lo que podía.

–La caja de una joyería no es como la de un kiosco de periódicos –comento.

–Efectivamente. Se llevaba buenos pellizcos a base de decir que se le habían perdido piezas y cosas así. No sé si mi padre llegó a sospechar lo que estaba sucediendo, pero es tan buenazo que ni siquiera preguntaba. Puede que pensara que mi madre lo sacaba para darse caprichos, o para comprarme cosas a mí, yo qué sé. Quizá sí que se creía lo de los despistes. Parecía que le daba igual. Nunca le ha preocupado el dinero.

Es curioso cómo funciona esto del dinero. Es el quebradero de cabeza más grande que hay para la mayor parte de la gente, que se pasa la vida viviendo bajo su yugo. Pero incluso estas personas privilegiadas a quienes nunca les ha faltado se las apañan para tener sus propios problemas con él, más extraños y retorcidos.

–Ella nunca me ocultó la existencia de ese dinero. Siempre he sido su única confidente. Pero nunca me había dicho dónde lo escondía hasta hace cuatro años. Le encontraron un bulto con mala pinta y un médico de Huesca le dijo que creía que era malo. Luego resultó ser una falsa alarma, pero, mientras tanto, me explicó que tenía una caja de seguridad en la cámara de un banco de Pamplona, y me dijo que iríamos juntas a por ella si estaba enferma. Había dado órdenes expresas de que no se autorizara ninguna retirada si ella no iba en persona.

–Como en los viejos tiempos –apunto.

–Sí. Eso le daba seguridad. A partir de ahí me hablaba de vez en cuando de esa caja de seguridad, de todo lo que haría con ese dinero cuando se divorciara. A veces se iba sin decir adónde, pero yo sabía que iba a ingresar más. En cada confidencia me iba dando más y más detalles acerca del banco, con lo que no me resultó nada

complicado saber cuál era. A veces me entraban ganas de invitarla a que diera el paso, si es que de verdad se atrevía, o de decirle que no le hacía falta divorciarse para disfrutar de ese dinero, que se podía pegar un buen viaje o algo así.

Magdalena y Olvido asienten, comprensivas.

–Cuando me la encontré allí tirada, en el suelo, poco después de discutir con mi padre, fueron los segundos más largos de mi vida. En ese momento me convertí…, no sé, en una especie de olla exprés de emociones. Susto, sorpresa, angustia, tristeza, sensación de pérdida, de que mi mundo había cambiado para siempre. ¡Pero sobre todo enfado! Porque sentía que mi madre no me había preparado para poder desenvolverme sin ella. Yo nunca había querido pensar en esa posibilidad, ni siquiera con lo de la falsa alarma del bulto aquel. Y me quedé bloqueada. No podía moverme, ni pensar ni hacer nada.

Se queda en silencio unos segundos, como si su mente y su cuerpo hubieran regresado a ese estado tan solo de recordarlo.

–Entonces me vino a la memoria aquel dinero. Y pensé que, ya que no había podido ayudar mi madre, sí que podría servir para costear la enfermedad de mi padre. Esa cantidad nos permitiría afrontar los gastos de cuidadores de manera desahogada. Pero para ello tenía que actuar deprisa… Sabía que en cuanto se diera fe del fallecimiento de mi madre, el banco podría congelar sus cuentas personales.

–Y llamaste a Héctor.

–Siempre he podido confiar en él. Me ayudó a… a levantarla, a meter el cuerpo de mi pobre madre en el congelador, y se quedó conmigo durante las dos horas que me pasé llorando sin parar después de eso. Distrajo a mi padre para que no se diera cuenta de nada. Me dio un calmante, me ayudó a lavarme la cara y a disimular los rastros de llanto, y me llevó hasta la abadía para donarles la comida que había sacado del congelador a las monjas; tirarla habría levantado sospechas. Después le dije que necesitaba una maquilladora muy muy buena, mucho mejor que la que había en el pueblo. Él me había comentado que a veces iba gente de las películas a la finca donde trabaja, y, efectivamente, me consiguió el contacto de la pobre Sira. Ni siquiera hizo preguntas.

–Igual que tu padre… –le hago notar.

Lauri asiente.

–Puede que sea por lo mucho que se parecen por lo que me siento tan cómoda con Héctor. Él me explicó cómo ocuparme de todo, me ayudó en todo lo que le pedí y me dio consejos para que no metiera la pata. Si nadie me ha pillado hasta ahora, es gracias a él.

A Lauri le brillan los ojos con una admiración auténtica. Ese chico, para ella, es más que un apoyo o una ayuda. Es su ángel de la guarda, la persona capaz de solucionar cualquier cosa, por complicada que sea. Creo que está enamorada de él, pero enamorada como una chiquilla de catorce años.

–Héctor me dio unas gotas para borrar la memoria que había encontrado en casa de su jefe. Me veía nerviosa. Me las dio por si tenía que usarla con algún policía o abogado o algo así, y me explicó muy bien la dosis que tenía que poner. Cuando le llamé desde Zaragoza, en pleno ataque de pánico por que pudieran descubrir mi delito, y le dije que le quería dar unas gotas a Sira, él me hizo prometerle que la dejaría en la cama de la habitación del hotel. Y yo se lo prometí…, pero no fui capaz de hacerlo.

A Lauri se le humedece la mirada, y esta se pierde más allá de la ventana.

–Sé que cuando habléis con él se echará la culpa de todo, dirá que él me iba guiando para tratar de salvarme…, pero no es verdad. La idea fue mía, fui yo la que le dio el doble de la dosis que me dijo y fui yo sola quien llevó a la chica a Zaragoza. Y lo puedo demostrar. Hay información sobre lo que pasó allí que no le he contado para poder demostrar que lo hice sola si fuera necesario. No sabes cómo me alegro de haber tomado esa precaución.

Me quedo pensativa.

–Sabes, me acabas de pedir algo muy parecido a lo que en su día me pidió Victoria. Ese chico debe de ser muy bueno para que las dos mujeres que mejor le conocéis hayáis querido lo mismo.

–Vayamos por orden –le pide Olvido–. Así que llamaste a Sira. Y supongo que le ofreciste una jugosa cantidad de dinero.

–Claro. Quería que no pudiera negarse, y además necesitaba asegurarme de que fuera discreta. Quedamos en Pamplona y fuimos a un hotel de esos que son superprivados, para la gente que tiene amantes. Pasé un poco de vergüenza porque se creían que ella y yo…, bueno, ya sabéis. Pero yo tenía otras cosas más estresantes en las que pensar. Le llevé a Sira mil fotos de mi madre y ella se puso a trabajar. Era increíble. Me tomó un molde de la cara, y después modeló una nariz y una barbilla. Me dejó idéntica a mi madre, tanto que menudo susto me di al mirarme en el espejo… Nadie se dio cuenta de que era maquillaje durante las horas siguientes, ni en el banco ni por la calle. Tenía muchísimo talento… ¡Y ahora ya no podrá hacer nada más por mi culpa!

Lauri se toma una pausa.

–Ella me había pedido que al acabar la dejase en Zaragoza, porque tenía amigos allí. Mientras íbamos en el taxi desde Pamplona hasta Zaragoza, Sira estaba de lo más contenta porque yo le había contado que todo había salido bien y había cobrado. Pero entonces me empezó a entrar la paranoia. Ella no dejaba de hablar y de explicarme cosas de Madrid que no me interesaban nada, y yo no dejaba de pensar en que había cometido un delito y podría acabar en la cárcel, y que ella era la única persona del mundo que lo sabía. Tenía el pulso a mil por hora. Me imaginaba a mi padre solo, mientras yo estaba en la cárcel, recién enviudado, sin nadie que lo cuidara… Así que decidí darle lo que tenía para que no recordara nada.

La confesión de Lauri lo deja todo en silencio. Se ha echado a llorar, pero sin hipo, sin angustia, sin ruido. Sus ojos no dejan de soltar lágrimas tranquilas. Es como si, por fin, algo se hubiera desatascado dentro de ella. El llanto le está haciendo bien, y no le impide seguir hablando.

–No podía imaginarme lo que sucedió luego. La dejé en la misma puerta de la pensión, pero no quise entrar para que nadie pudiera reconocerme luego. Héctor me había puesto paranoica con lo de que no se me pudiera identificar. En mala hora le hice caso… Debería haberla metido en la cama y esperar hasta que se durmiera, como él me había dicho. Debería haber aceptado que él viniera con nosotras.

Magdalena también se ha echado a llorar como una susodicha, y a mí no me faltan ganas. No puedo dejar de ver en mi mente las imágenes de las cámaras de seguridad, lo tremendamente desorientada que estaba Sira, esa manera de caminar que evidenciaba que algo no iba nada bien.

–Hubo mala suerte –admite Olvido–. Pero si hubieras sido más prudente no habría podido suceder algo así.

–Lo he pensado tantas veces… Que la debería haber metido otra vez en el coche y traérmela a casa hasta que estuviera mejor. O llevármela a un hotel y quedarme con ella, lo que fuera.

Lauri es la viva imagen del arrepentimiento. Es como un embalse que se hubiera estado llenando de esa energía durante mucho tiempo y que por fin se libera de todo, encontrando un poco más de paz al librarse de cada gota.

–Estaba muy bloqueada. No sabía qué hacer. Desde que encontré a mi madre muerta, me han pasado muchas cosas para las que no estaba preparada. Nunca me han enseñado a tomar decisiones, ¿sabéis?, para eso ya estaba ella. De mí solo se esperaba que fuera simpática y agradable, y es lo único que sé hacer en la vida. Cuando detuvieron a mi padre, quería confesar para que lo soltaran, pero entonces caí en la cuenta de que se quedaría solo. Él no podría sacar adelante la joyería, porque se le escapan todos los aspectos prácticos, y porque cada día está peor del pulso. Yo sí que podría hacerla funcionar, al menos durante un tiempo. Era su gran proyecto, al que le había dedicado su vida y que tanto esfuerzo les había costado a los dos…, bueno, y supongo que a mí también. Además… además, si yo confesaba, él sabría que mi madre murió a causa de aquella pelea. Y quizá eso acabara con él. Por favor, intentad que nunca lo descubra.

–Haremos todo lo que podamos para protegerle –le asegura Olvido.

Se nota que Lauri respira cada vez mejor. Le está haciendo bien liberarse de todas estas cosas que se estaba guardando.

–Cuando llegó el momento, Héctor me ayudó a sacar el cuerpo de mi madre del congelador. Primero lo apagamos, y lo dejamos

toda la noche descongelando. Después la sacamos, pero la ropa que llevaba se había desgarrado. Le tuve que poner lo primero que pillé.

Eso encaja con la observación de Ernesto de que Carmen solía llevar ropa muy conjuntada, excepto ese día. Él tenía muy claro que el cadáver había sido movido, solo que ni a él ni a nadie se le ocurrió sospechar de la pequeña Lauri. El hosco, taciturno y cornudo padre era el culpable más lógico. Lauri sigue diciendo:

–Cuando le dije la verdad a mi padre, poco después de que Magdalena me acompañara a visitarlo, me dijo que no le importaba ir a prisión para que no fuera yo. Cambié las fechas, dije que mamá había muerto al día siguiente de su discusión para que no se culpabilizara.

Entonces sacude la cabeza, pasando de la imagen tranquilizadora de su padre a otra que le causa emociones muy distintas.

–He tenido muchísimos sueños con Sira, y en todos estamos de nuevo en el taxi, y Sira está muy alegre y feliz, y me cuenta muchas cosas, y yo la escucho, y al final siempre me dice que me perdona.

A Lauri se le escapa un sollozo.

–¡En mis sueños ella me perdonaba, pero yo seguía traicionándola cada día! Los días que pasaron desde que murió mi madre hasta que pude enterrarla fueron una pesadilla, pero cada hora que he vivido desde que sé que Sira está muerta por mi culpa, alguien que solo quiso ayudarme… Eso ha sido el infierno.

–La memoria de Sira merece que digas la verdad.

Lauri gime, pero consigue seguir hablando.

–Pensaba que me moriría si me metían en la cárcel, pero ahora creo que necesito pasar por eso para encontrar la paz.

–La libertad no sirve de nada si no la utilizas para ser mejor que antes –asegura Olvido.

–Pues yo no he sabido utilizar mi libertad para eso…, tener que tomar tantas decisiones me sobrepasaba. Pero quizá en ese lugar sí que lo consiga. Puede que allí encuentre cierta paz, que pueda compensar algunos de los errores que he cometido. Otros… ya no tienen vuelta atrás.

Su manera de hablar es muy diferente de la Lauri risueña y alegre de siempre. Es como si hubiera madurado varios años en

pocos días.

–Lo he estado pensando mucho. Después de todo, creo que mi padre estará bien. Lo que ha tenido que pasar, la desconfianza de todo el pueblo, la mala fama, la experiencia de que se lo llevaran preso… Aunque él lo hace de buen grado porque siente que me está protegiendo.

–Le echaremos un ojo –le aseguro.

Olvido me secunda. Entonces Lauri mira a Magdalena, como si necesitara que ella también se lo prometiera. La monjita le coge la mano.

–Te prometo que cuidaremos de él.

–Mi padre es un hombre maravilloso. Sé que nadie le conoce como yo, si lo hicieran, no habrían podido sospechar de él ni un segundo. Ha sido el mejor padre que podría haber tenido, paciente, bondadoso y siempre dispuesto a escucharme. Ya sé que en el pueblo hay gente que dice que no es mi verdadero padre, y que en realidad soy hija de Damián, pero a mí eso me da igual. El padre es el que te ha criado. Lo único que me preocupa ahora es su enfermedad, que pueda estar bien atendido. Al menos, ahora podemos pagarlo.

CAPÍTULO 22

MAGDALENA



Landon se va mañana. Es extraño que me parezca conocer tanto a alguien con quien solo he hablado unos pocos días.Para despedirse, nos ha pedido que vayamos con él al bosque a pasar el día, pero antes tengo que hablar con la abadesa. Me detengo de nuevo en el despacho, decidida a atreverme a pedirle que lleve a Asunción a dar una vuelta por el pueblo, por alguna ciudad, que le permita ver coches, que es lo que más le gusta. Y esta vez sí que me atrevo a llamar.

La abadesa me indica que entre, y me la encuentro con Mónica, la gestora de Otoño. Viene a menudo a tratar asuntos con la abadesa.

–Ah, pensaba que serías Bernarda. Pero me viene bien que estés aquí. Mónica, esta es Magdalena. Resolvió el misterio del vandalismo entre nuestros muros.

–He oído hablar de ti –asegura la empresaria–. Sé que también ayudaste a Olvido y a Xelo con los demás asuntos.

Por como pronuncia la palabra «asuntos», parecería que se hubiera tratado de gestiones sin importancia, y no de cuestiones en las que estaba en juego la vida o la felicidad de varias personas. Me sorprende un poco lo fría que es. Quizá los gestores tengan que serlo. Puedo entender que tenga cosas en común con la abadesa, aunque solo sea el peso de la responsabilidad.

–Magdalena ha prestado un gran servicio a sus hermanas y le estamos muy agradecidas por ello –continúa esta.

Y aquí veo mi oportunidad. No sé cómo se tomará la madre mi intervención, pero si no lo se lo digo ahora, me da miedo no atreverme a decírselo nunca. Y si lo promete delante de Mónica, creo que no podrá negarse.

–Me ayudó mucho la conversación con la hermana Asunción. Es una de las pacientes en cuidados de salud mental, y me pidió que le transmitiera a usted su deseo de salir más a menudo. Quizá fuera posible llevarla en alguna de las excursiones.

La madre abre la boca para decir algo, pero la interrumpe la empresaria.

–¡Qué buena idea! –dice Mónica–. Magdalena, dice mucho de ti que te preocupes por las pacientes. Yo misma me encargaré de contratar un autobús para que vayan a Huesca en día de mercado. ¡Qué alegría da tener cerca a gente de Andalucía!

Me despido sin explicarle que no, que soy de Badajoz, y sin darle tiempo a la abadesa a añadir nada más, al menos conmigo delante. Espero que mi jugarretilla dé un buen resultado y no me saque de aquí…

La calesa, conducida por Héctor, me recoge en la puerta, con Olvido, Xelo y Landon ya a bordo. La hermana portera me mira con suspicacia, supongo que le parecen amistades inusuales y, por si acaso, poco recomendables. Creo que me da bastante igual.

El paseo en calesa hasta la parte más bonita del bosque es una maravilla. Landon no deja de hacer fotos y de comentar cada detalle con ese acento que tiene. Me encanta su alegría contagiosa.

Al llegar hasta los árboles, Héctor se queda cuidando de los caballos y los demás nos adentramos en la espesura. Es todo un baño de naturaleza.

Cuando nos alejamos un poco, Xelo nos cuenta que Victoria está muy contenta porque su hijo ha quedado completamente libre de sospecha y porque Héctor también está feliz, dentro de lo que cabe. Lauri fue a verle pocas horas antes de entregarse a la Guardia Civil y le contó lo que iba a hacer. Él trató de persuadirla de que no lo hiciera, pero ella le dijo que estaba convencida. También le dijo que

le quería y que le gustaría casarse con él, aceptar, por fin, la propuesta de matrimonio que él le llevaba haciendo toda la vida, pero que antes tenía que ir a la cárcel.

En la calesa Olvido le ha preguntado:

–¿Serás capaz de esperarla? Podrían caerle más de diez años.

–Llevo mucho tiempo esperándola. Diez años más no son nada. Podremos escribirnos, llamarnos, y la iré a visitar siempre que pueda.

–Eso es muy romántico –ha dicho Landon, un segundo antes de mirarme tímidamente.

Victoria le contó a Xelo que Héctor odiaba hablar por teléfono, pero que ahora aprovecha cada minuto que tiene para estar en contacto con su prometida.

Subimos a pie por la ladera, y en cada recodo nos espera una escena aún más impresionante que la anterior. ¿Cómo es posible que yo lleve aquí tantos meses y que no haya subido nunca a la montaña?

–Ya era hora de venir –dice Olvido, como si me leyera la mente–. ¡Qué bien huele a tierra mojada!

A mí me da vergüenza reconocer que llevo mucho más tiempo que ella en Otoño y que nunca me había apetecido venir. A veces las personas nos cerramos puertas por pereza o por ignorancia. Si hubiera llegado a saber que aquí me sentiría tan a gusto…

No es solo la compañía, aunque disfruto mucho de ella. Me siento muy cercana a Olvido, cada vez me río más con Xelo y Landon… Bueno, él se va mañana. Pero a su lado tengo un poquito de esa ternura de antaño, un asomo de eso que pensé que nunca volvería a sentir. Un fuego templado, gentil, que abriga, pero no abrasa.

Caminamos a un ritmo tranquilo. Sé que Olvido, si estuviera sola, iría más deprisa, pero se adapta sin problemas a la velocidad del grupo. Xelo nos ha repartido el pícnic en cuatro cestas, para que carguemos una cada uno. ¡No tengo ni idea de qué llevará para que pesen tanto!

–No puedo creer que hayáis vivido tantas aventuras –dice Landon–. Yo quiero saber más de todas estas cosas.

–Pero si ya te lo he contado mil veces, Landon –le dice Xelo–. Lauri tuvo una buena idea, pero su plan acabó en tragedia.

–Por falta de experiencia delictiva, me temo –opina Olvido.

Yo le doy la razón.

–¿Qué pasó con el hombre que vino a la casa? ¿El que *estaba* como un padre para ella? –quiere saber Landon.

–Lauri también habló con Lucho antes de ir a entregarse –le dice Olvido–. Xelo y yo le explicamos a ella lo de las joyas. Lauri dejó que Lucho le contara lo sucedido y se disculpara con ella. No le va a denunciar ni a pedir el dinero, en memoria de su madre.

–Creo que el amor que ambos sentían por Carmen los ha unido –dice Xelo–. Él la ha estado visitando en la cárcel. Siempre ayuda tener apoyos cuando se está en esas circunstancias.

Cuando Lauri fue a hablar con la Guardia Civil, les contó todo, dando los detalles que exculpaban a Héctor, y les dijo que asumiría la totalidad de sus acciones. Pero les pidió ver libre a su padre antes de que la encarcelaran. Los agentes soltaron a Fidel ese mismo día.

Fidel, por su parte… Se lo está tomando todo con filosofía, como parece ser que corresponde a su carácter. Ha cerrado la joyería y se dedica a pescar a jornada completa. Y, mientras, lee sus periódicos preferidos. Tiene la vida apacible que siempre ha deseado. Una cuidadora pasa unas horas al día con él, y por el momento parece suficiente. Sus amigos también se están volcando con el viudo del que se sienten tan culpables de haber sospechado.

–¿Qué pasó con hombre malo? ¿Hombre *fransés*? –quiere saber Landon.

–Fuimos a ver a Mónica, la que manda en el pueblo –le dice Olvido.

–Bueno, el que manda oficialmente es el alcalde –le recuerda Xelo.

No sé por qué parece que Xelo le da un poco de retintín a sus palabras…, pero ya me enteraré. Olvido la ignora.

–Mónica nos dijo que había invitado a Jules a abandonar el pueblo lo antes posible. Nosotras le preguntamos si haría algo para

investigar todo lo que sucedió con Virginia, la chica de Madrid que fue agredida, pero Mónica no parecía tener el menor interés.

Me entra un escalofrío de pensar en el rubio zalamero del francés ese, y en el día que me estuvo tirando los trastos.

–¿Así que ya está? –me indigno–. ¿Después de todo lo que hizo, se va de rositas?

–Tengo contactos en la Interpol –me asegura Olvido–. Vaya a donde vaya, estará vigilado.

–Y yo me llevo muy bien con el capitán de la Guardia Civil, ya le pasé la lista de nombres que nos consiguieron Emilia y Héctor. Esos tampoco quedarán impunes.

Olvido la mira con cara divertida.

–¿Quieres que te devuelva el comentario de antes? –le pregunta.

–No tengo ni idea de lo que estás hablando…

Las dos se ríen como si todavía fueran al instituto.

–Lo importante, por ahora –cuenta Xelo–, es que Mónica ha puesto a Héctor a cargo de las calesas. Parece justo que quien se lleve el dinero sea el que de verdad cuida de los caballos.

–Sin duda –asiento–. Algún día me gustaría ir a ver los establos.

–Te llevaremos –me promete Olvido.

A medida que vamos ascendiendo, los árboles son también más altos, más frondosos, y el bosque más oscuro. De vez en cuando oímos el corretear de un animal o la cercanía de una corriente de agua. Por lo demás, el silencio es balsámico aquí arriba.

Las montañas de hoja caduca tienen algo que te envuelve. ¡Dan ganas de quedarse a vivir aquí! Caminamos admirando el entorno, en silencio, durante dos buenas horas, hasta que siento que todo el aire de mis pulmones se ha regenerado por completo.

Hablamos de Damián el carnicero, y de lo emocionante que fue para nosotras darle la buena noticia de que la contaminación del costillar no había tenido nada que ver con la muerte de Carmen. El pobre casi se echa a llorar del alivio. Debió de quererla mucho cuando eran jóvenes, y también después. Por fin llegamos al merendero con vistas panorámicas. Nos asomamos a la barandilla para contemplar las vistas… Y vemos Otoño. El pueblo, como si fuera la miniatura de una maqueta, y la abadía detrás. No imaginaba

que sería tan bonito visto desde aquí, y me entra una oleada de agradecimiento por haber encontrado un sitio tan hermoso y lleno de paz.

–Menos mal que he podido quedarme –dejo escapar.

Xelo, a quien todavía no he contado la prueba que me pusieron, me mira con curiosidad, y entonces se lo cuento todo. Cuando termino me pregunta:

–¿Y qué será de la hermana Justina?

–Le confesó sus errores tanto al padre Andrés como a la abadesa. Creo que ambos se sintieron aliviados porque temían que pudiera tratarse de algo más grave, de un vandalismo más malintencionado, o que pudiera desembocar en otra cosa. ¡Yo quemé el papel donde había escrito todas mis sospechas solo por precaución! La única medida que estos tomaron fue poner una videocámara en el pasillo donde duerme Justina… Y otra en la ventana, por si acaso.

–Esa señora tiene muy buenos genes –comenta Xelo.

Entre los cuatro ponemos la mesa y preparamos la comida. Observo que Landon tiene unos dedos muy delicados y que trata los objetos con mucha suavidad. ¡Es lo más opuesto a los hombres que he estado acostumbrada a tratar!

El pícnic que ha preparado Xelo es una maravilla. Hojas de parra rellenas de arroz guisado, *cannoli* salados de queso y pimentón, y unos bocaditos de remolacha a los que no sé qué les ha podido hacer para que estén tan deliciosos.

Después de comer, nos quedamos un rato en silencio, escuchando a los pájaros.

–Qué plenitud –sonríe Olvido.

–Me gustaría… –empieza a decir Landon–. ¿Podría cantar para vosotras?

–¡Claro que sí! –se apresura a decirle Xelo.

–Es una *cansión* antigua, de la patria de mis abuelos –nos explica.

Landon se llena los pulmones de ese aire puro que nos envuelve, y empieza a cantar. El timbre de su voz es muy limpio, casi como si

aún fuera un niño. Tiene una voz aguda, blanca. Y con ella entona una preciosa melodía que nos lleva a otra época.

Al verle expresarse en su arte, entregado, con los ojos cerrados, y al escuchar la emoción que le pone a su canto… Por un momento, durante un solo instante, pienso que quizá ser religiosa no sea lo mío, al fin y al cabo.

Pero entonces cierro los ojos. Dejo que la música me lleve hacia lo alto, y recuerdo que un bosque es casi como una iglesia. Son lugares sagrados, los más adecuados para escuchar la verdad de nuestro interior.

Cuando termina el canto, abro los ojos, y observo la majestad de esos árboles que llevan sobre esta tierra mucho más tiempo que ninguno de nosotros…, esos seres sagrados que ahora están entrando en el otoño.

–Muchas gracias –le digo, antes de que Olvido y Xelo hagan lo mismo.

Él inclina la cabeza, recogiendo ese agradecimiento.

–Xelo –dice entonces Olvido–, bien sabes que hace unos días tenía algunas dudas, pero… tenías razón. Otoño es el sitio adecuado para mí.

Table of Contents

Portadilla
Título
Créditos
Capítulo 1: Xelo
Capítulo 2: Magdalena
Capítulo 3: Xelo
Capítulo 4: Magdalena
Capítulo 5: Xelo
Capítulo 6: Magdalena
Capítulo 7: Xelo
Capítulo 8: Magdalena
Capítulo 9: Xelo
Capítulo 10: Magdalena
Capítulo 11: Xelo
Capítulo 12: Magdalena
Capítulo 13: Xelo
Capítulo 14: Magdalena
Capítulo 15: Xelo
Capítulo 16: Magdalena
Capítulo 17: Xelo
Capítulo 18: Magdalena
Capítulo 19: Xelo
Capítulo 20: Magdalena
Capítulo 21: Xelo
Capítulo 22: Magdalena